

Fray Mocho

REVISTA

SEMANAL



"La caída de la hoja"

Por SILVIO CIANCIO

N.º 836



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

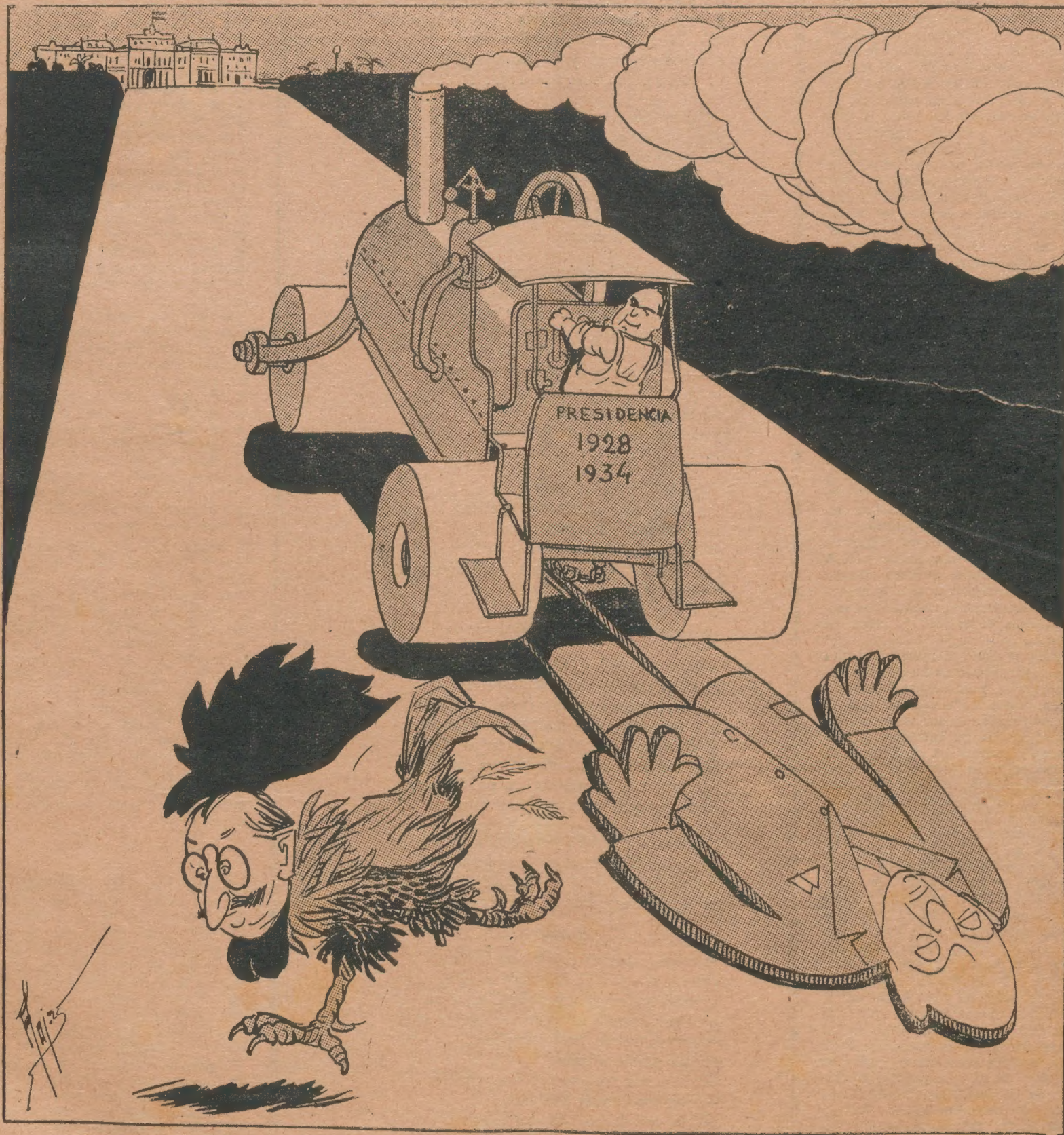
Redacción y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, mayo 1.º de 1928

N.º 836

LA APLANADORA, por Rojas



—¡Aquí ya no hay nada que hacer!

Así entra el placer carnal blandamente, mas al cabo muere y mata.

La Imitación.

Andrés se sentó al borde de la cama maciza y severa cual un catafalco; una cama de caoba con incrustaciones de marfil, donde habían muerto sus abuelos. La luz de la vela, fija en la penumbra, daba a los objetos una expresión triste, casi humana: la ropa pendiente de la percha, la flotante cortina del lecho, el espejo de luna profunda.

Después de cinco años en el extranjero, creía despertar de un sueño, en Caracas, en su antigua estancia de soltero. Andrés volvió los ojos a su alrededor reconociendo los muros que habían presenciado su adolescencia inquieta y romántica; allí el miedo le hizo ver el espectro de su padre con el arma suicida en la mano, la madrugada en que aun vagaba por los anchos corredores de la casa paterna, el olor a ácido fénico y a violetas; allí había soñado con los besos devoradores de Linda de Florencia, la divina Helena de *Mejstófeles*, y con Carmen la Sevillana, la ballarina sonora y ancha de caderas como una guitarra andaluza; allí forjó planes de poemas y de líricas aventuras, que se desvanecían con el primer clarear de la aurora; sobre aquella almohada olorosa a incienso y alhucema, había sonreído a las quimeras y vertido lágrimas sin causa.

Cinco años en París, y ahora se veía en el mismo sitio, como si sus ojos se abrieran después de un sopor producido por el opio. Experimentaba la impresión de que todo estuvo inerte y paralizado en el transcurso de su ausencia, y que al regresar, seres y cosas se habían puesto a vivir de nuevo; semejantes a esos grandes relojes de antaño, largos como urnas y cuyo péndulo, callado durante mucho tiempo, comienza a contar nuevamente los minutos cuando una mano impele el empolvado disco de bronce.

¿Era posible? Sí; allí estaban para convencerle la maleta de cuero amarillo y el ventrudo baúl de viaje, sobre los cuales se veía la marca tricolor de los vapores trasatlánticos. A su memoria principiaron a acudir los recuerdos: la barba roja del piloto, el delantal de la camarera, la frase que había oído de un pasajero: "A bordo, el mareo es una distracción"; después, en una bruma dorada, la estación de Saint-Lazare, llena de globos eléctricos, de mujeres, de kioscos de periódicos; con claridad recordaba la cara de un agente de policía y la de un mozo que traía apresuradamente una copa de ajeno; luego el tren en marcha, una pared, un seto que pasa, un cordón de brasas encendidas, que la máquina deja atrás en su vértigo y que se apaga en el silencio. Con el mentón apoyado en las manos y los codos sobre las rodillas, Andrés comenzó a recordar los días de su vida pasada. Al través de la almilla se dibujaban las finas y nerviosas líneas de su cuerpo. Un suspiro se oyó en la estancia.

Fué en París, una noche ya a fines del invierno, cuando conoció a Marión. Atraído por los violines

de una orquesta de zingaros, entró en una taberna de Montmartre, donde Jehan Rictus acababa

de terminar uno de sus soliloquios; el poeta de los pobres, con un codo apoyado en la tapa del piano, era

O P O P O N A X

Por Pedro Emilio Coll

LA PRIMERA CANA

Lucía era de aquéllas a quien llaman "estrellas del arte, de la escena y la hermosura"; y entre aplausos y orgías vió transcurrir sus juveniles días exentos de pesar y de amargura.

Joven aún, mirándose al espejo, que era su confidente reservado, en tanto que atusaba su tocado, y de quien sólo requirió consejo, sobre su faz lozana vió con dolor el brillo plateado de la primera cana.

Con mano incierta se arrancó el cabello, que sus lindos abríles deslucía y lo guardó en un dije que solía llevar pendiente al cuello. Mas, ¡ay!, desde aquel día, la cana, representada en su clausura, le hablaba tristemente de su vida presente y del fiero rigor de la futura.

Todo nos habla, todo; las cosas más livianas y fugaces nos hablan a su modo; y con voces veraces, que no nos deja oír nuestra flaqueza, en cualquiera momento con inmortal acento su consejo nos da Naturaleza.

Las verdes hojas, que a su tronco asidas al rigor de los hielos descaecen; las olas, de su propia furia henchidas que a medida que avanzan desfallecen; el claro sol, que al tramontar la sierra descende de su altura paso a paso y arrastra el manto de oro por la tierra mientras que va cayendo en el ocaso...

Todo nos habla, y en cualquier paraje Naturaleza es madre consejera aunque el hombre, ni escuche su lenguaje, ni sepa interpretar su voz sincera.

Sin embargo, Lucía su vida comedió desde aquel día; prudente puso al desenfreno tasa, guardó su cuerpo y ordenó su casa, y al ser llegado el trance en que la vida sazónada se ve, casi cumplida, la respetable anciana decía a sus amigos con voz grave: —¡Dichoso aquél que sabe oír la voz de su primera cana!

Rafael TORROME.

una extraña figura angulosa, un Cristo de larga levita, cuyos labios enunciaban los dolores y las rebelías de la plebe. El humo de las pipas envolvía las figuras en una penumbra azulosa. Andrés se sentó junto a una mesa de mármol, y mientras bebía su copa de cerveza, un perfume intenso se extendió de pronto cerca de él, como si un frasco de opoponax se hubiese derramado sobre sus labios. Aspirando aquel aroma carnal, Andrés vió a su lado una mujer alta y ondulante, la boca pulposa, cárdenas las ojerías; los senos arrogantes levantaban el abrigo de pieles, de donde emergía una cabeza de ángel boticellesco que la orgía hubiese desgredado; al agitar el traje esparcía en la atmósfera cálida del café un ambiente de alcoba, poblado de infinitas corrupciones. En las tabernas conocíase con el nombre de *Mademoiselle Opoponax*, por ser éste su perfume predilecto, el señuelo invisible de que se valía para atraer a los hombres...

Detrás de la iglesia de San Severino, que alzaba su masa gótica en la noche color de perla enferma, caminaba Andrés oprimiendo contra su brazo el cuerpo enervante de Marión, la mano febril y pálida entre el abrigo de tibias pieles. El aire pasaba helado por sus mejillas ardorosas, y a lo lejos se oía la canción obscena de un estudiante.

Después, la eterna historia de la Safo parisiense: el amancebamiento, los besos, los golpes, la reconciliación mentirosa, la carne triunfante y la carne triste, el crapuloso hermano de Marión que se pone las corbatas y se viste con la ropa de Andrés, la disolución lenta de la voluntad, Marión que se burla, Marión que le da de comer cuando no recibe la pensión que desde su casa le envían, Marión que lo engaña y huye al fin con un obrero de Montrouge...

Sentado al borde de la cama maciza y severa de sus abuelos, Andrés suspiraba. De repente, poniéndose de pie, abrió de par en par la ventana para respirar la brisa nocturna, y le pareció que el paisaje natal se precipitaba hacia él para abrazarle: El Avila azul bajo el plenilunio de estío; en los tejados los gatos maullaban, y sus pupilas semejaban turquesas, rubies y topacios, iluminados por una satánica chispa interior. La ciudad dormía entre su anfiteatro de montañas, entre su inmensa sortija de rocas, cerrada, como un anillo episcopal, por la pura esmeralda del abra.

En el restaurant celebrábase el regreso de Andrés con una comida. Los rábanos, las hojas de lechuga, el tono gualda de la mantequilla, la púrpura del vino, destacándose en el mantel, alegraban con vivos colores la mesa, según observó uno de los comensales, y la conversación giró al tema de la pintura.

—Cristóbal Rojas—dijo Marcelo Cazal—es nuestro gran pintor; su *Purgatorio* es una visión de Dante Rossetti; nuestro público prefiere a Michelena, porque es realista.

—Todos los pueblos nuevos son realistas; el idealismo no es comprendido sino por las razas que han recibido una larga cultura estética—asentó Ramiro Arcil, el bi-

zarro autor de *Cuentos de Opio*, de los cuales dijo grotescamente un periodista que hacían dormir.

—Señores, Michelena y Rojas perdieron su castiza originalidad en los talleres de París; son espíritus franceses; nuestro verdadero pintor nacional no ha aparecido aún, ni hay síntomas de que aparezca por ahora—agregó Kraun, quien con un nombre alemán, tenía un alma intransigentemente criolla y autónoma.

—Se prohíbe hablar de moral—interrumpió Marcelo.—¿Han observado ustedes—siguió diciendo—cómo el vino se hace más suave y delicioso a medida que la copa que lo contiene es más delicada y frágil? En ésta, tersa como una epidermis femenina y sutil como un encaje, el vino es una melodía de Chopín... ¡Señores, brindó por el feliz regreso de nuestro querido compañero, quien pronto nos sorprenderá con su traducción de los pequeños poemas en prosa!

—Mi traducción de Baudelaire no está aún terminada—dijo con cierta turbación Andrés.

La verdad era que nada había hecho durante su permanencia en París. La melancolía formada de fuerzas juveniles y energías sin empleo, que en la adolescencia pareció revelar en Andrés un temperamento de artista, se convirtió en una dicha animal entre los brazos de Marión. Una especie de inconsciencia había reemplazado el exquisito malestar viril de sus diez y ocho años.

A un lado de Andrés estaba Sebastián Ferreiro, con su enjuta cara de asceta y de bobalicón, y del otro lado Chucho Díaz, de labios húmedos y ojos saltones e inyectados. Chucho había ido también a París a estudiar escultura, pero de allá volvió convertido en mediocre fotógrafo, y, sin embargo, con cien proyectos de grupos colosales, que debían adornar, según él, parques y edificios; llevaba siempre en el bolsillo paletas para trabajar el barro, y llegaba tarde y jadeante a las citas, disculpándose con que venía de concluir en el taller una de sus obras.

Ferreiro aprobaba todas las opiniones con la cabeza, por contradictorias que fuesen, pues aspiraba a saberlo y comprenderlo todo, a ser un Leonardo de Vinci, mientras penosamente terminaba su tercer año de Medicina en la Universidad. Frente a Andrés, Pepe Valenzuela lo acariciaba amistosamente con la mirada; el pobre no había podido realizar su ilusión de vivir en el Barrio Latino, pero quería, con una sinceridad rayana en sacrificio, al último recién venido de París; consolábase con la amistad de los que, más afortunados que él, habían tomado el ajeno con Gómez Carrillo y otros escritores americanos que viven en la gran ciudad. El simple anuncio de un hotel extranjero le llenaba de ternura y de ansias de viajar, y en su larga nostalgia, con sólo contemplar un sombrero de casa de Delion, imaginábase el bulvar tumultuoso y pimpante, según se lo habían descrito, y en el bulvar, entre la multitud, veía siempre las caras de los literatos y de las atrices célebres, cuyos retratos conocía.

Pocas veces se había reunido tan selecto grupo de jóvenes "intelectuales" como en aquella comida con que se obsequiaba a Andrés. Días antes, separados por vanas rencillas, se despedazaban mutua-

mente; pero, sin saber por qué, con el regreso de Andrés sentíanse unidos por un lazo fraternal; simpatizaban en un ideal común de revolución artística; sí, era llegado el momento de trabajar en obras de mayor aliento; bastaba ya de croquis, acuarelas y apuntes críticas!

—Sergio sólo falta aquí—exclamó alguien.

—Ayer recibí una carta de él—dijo Kraun—que tiene de filípica y de égloga tropical; algunos párrafos no están del todo mal pa-

do el polvo de los libros, mi ojos ven por primera vez el espectáculo que me rodea; ya no es para mí la Naturaleza la materia prima de un artículo literario; si hay un arte noble está en la contemplación sin objeto del mundo; los árboles, las nubes, la luna, el rocío, no son ya un pretexto para unos cuantos parrufitos triviales. Al fin vivo hundido hasta las entrañas en el amplio universo.

"El río es claro y fresco, con un fondo de áureas arenillas. He presenciado en la pequeña ermita del

"Vente a pasar unas semanas conmigo; te enseñaré a cuidar las vacas y a pastorear los becerros. Mi rancho tiene dos adorables cuartos de bahareque, y no faltan hamacas y guitarras..."

—Sergio está chiflado—exclamó Cazal cuando Kraun terminó de leer la carta.

Durante la lectura, Andrés permaneció taciturno. Aquel pueblo montañés, apenas ebozado por Sergio, tomaba románticas proporciones en su mente; era como si una brisa rústica hubiese pasado por su árido espíritu; su fantasía divisaba un rincón de verdura, que lo llamaba como un regazo para su corazón enfermo. La capital era una ridícula copia europea, la montaña algo grande y verdadero, obra de los cataclismos de la tierra en el transcurso de los siglos. El nombre de María Luisa, pronunciado en medio de la cena, entre los dicharachos, carcajadas y las emanaciones casi nauseabundas de la comida, habían despertado en él un repentino disgusto por cuanto le rodeaba.

Encendidos los tabacos y aturcidos por los licores, bajaron en tumulto la escalera del restaurant y se dispersaron en grupos. Andrés rehusó acompañar a Marcelo Cazal a un baile en los barrios bajos, adonde diz iba a tomar notas para su libro sobre la vida silenciosa en Caracas. A lo lejos se perdieron los pasos de Cazal, quien al caminar balanceaba la brasa de su tabaco. Oíase el golpe seco de las mariposas nocturnas contra un foco eléctrico. Un cochero se dormía en su asiento con las riendas caídas sobre el lomo escuálido de los caballos, y el reloj de la Catedral dió las doce en el silencio profundo de la noche.

Bajo la maravillosa claridad de la luna, la ciudad se embellecía. Las calles desiertas eran como ríos de un agua luminosa; en la plaza de la Universidad las magnolias deslumbraban y las rosas empalidecían; las hojas de la ceiba gigantesca fingían innumerables pupilas verdes y plateadas. Solo, en medio del arroyo, Andrés se sentía invadido por la inefable poesía de la hora; amaba así a su vieja ciudad, sin ruidos, sin parodias de civilización, sin gentes que la afearan. Por un minuto creyó el único sobreviviente de un pueblo desaparecido.

Sentóse en un escaño del Capitolio, y la imagen de María Luisa, tal como la recordaba antes de su partida, apareció con candidez de lirio en el horizonte de su alma. ¡La interminable cabellera de María Luisa! Sí; la recordaba con la castaña trenza sobre la espalda, a la salida del colegio. Sus compañeras gustaban peinarla, por hundir los dedos en aquella profunda fuente de seda. Andrés, desde lejos, la seguía, tímido, avergonzado, sin atreverse ni siquiera a mirarla de frente; fué su primer amor de niño, un amor casto, inmaterial, incógnito, hecho con la más pura esencia, con la mayor blancura de su espíritu.

Con los párpados cerrados se presentó Andrés a Sergio, espionando sigilosamente a María Luisa entre los cañaverales del río; y un impetuoso acceso de rabia lo hizo poner de pie. Doliánle las sienes, y echó a caminar a la loca, hasta encontrarse en el sitio donde, en su niñez, esperaba a la colegiala linda y ágil de la larga trenza so-

FLOR DE PESADILLA

Quando gire la luna su alba rueda,
En el fondo otoñal de esa alameda
Donde la fuente carcajea y canta,

Tomaré un gran puñal agudo y largo
Y abriéndome una vena en la garganta,
—Nevado en luna—llegaré al letargo.

Pausadamente arribará la muerte;
Ella en el sueño de mi paz inerte,
Tal vez se incline hacia mi estrecha herida.

Y entonces, cual fragancia inesperada,
La muerte aspirará mi exhausta vida
Del clavel de mi roja puñalada.

L. GONZALEZ CALDERON.

ra ser leídos de sobremesa; ellos nos ayudarían a hacer la digestión de estos platos malsanos y afrancesados.

—¿La tienes ahí?—preguntó Andrés.—Léela.

Todos guardaron silencio. Kraun leyó:

"Quisiera hablarte con entera sencillez, pero aún no me he liberado de la atroz manía de hacer frases. Desde que se ha puesto en moda la publicación póstuma de las cartas íntimas, ha decaído la ingenuidad epistolar, pues allá en el fondo todos escribimos como si un día nuestras cartas debieran ser conocidas por el público. Hasta en la lista del lavado somos artificiales.

"Junto con el aire de las montañas, creo respirar y recuperar un alma joven y nueva, el alma de esta raza de campesinos, de los cuales descendo. Ahora, que sacu-

lugar una primera comunión y el bautizo de una campana; imagínate que visten la campana con velo y azahares como una novia, y en medio de un coro de niñas, la embalsaman con incienso y pesjua y la arrojan flores. El toque de Angelus, en el divino crepúsculo de los campos, me está haciendo cristiano, y como no hay por lo regular amigo que me vea y zahiera, me descubro a esa hora con la fe del carbonero.

"No me fastidio, no. Aquí está de temporada María Luisa, la amiga de tu prima Isabel. Traidoramente he sorprendido, tras los cañaverales del río, su interminable cabellera suelta, el tesoro de gracias de su cuerpo virginal. No ha dejado de contrariarme la noticia de que María Luisa se va pronto para allá en compañía de la hermanita y de su tía gruñona y bigotuda.

LA FE EN SI MISMO

¿Qué me importan las enfermedades, los dolores, los pesares, los trabajos y el desprecio de los tontos, si lo que tengo dentro de mí persiste libre, sano y alegre?
¿Qué me importa que me abandone todo el mundo, si mi conciencia nada me reprocha y Dios me da a entender que me quiere?

A veces, el desamparo es un bien positivo; y el no tener nada, tenerlo todo; y el ser rechazado en todas partes, la mejor compañía; y el estar enfermo, prepararse para la verdadera salud; y el cegar, ver; y el hundirse, subir, subir y llegar hasta arriba...

Todo se reduce a esperar en calma, esperar siempre, pensando en la verdadera vida.

B. PEREZ GALDOS.

bre la espalda. La antigua casa del colegio había sido derribada, y ahora veíanse las fuertes puertas de un almacén, atravesadas con barrotes de hierro. Y Andrés sintió romperse un globo de lágrimas en su seco corazón.

Tres días después, en la sala de la Exposición de Bellas Artes, estaba Andrés al lado de Ernestina, contemplando las soberbias carnes desnudas de las amazonas del cuadro de Arturo Michelena.

El caso de Ernestina era singular. Casada muy joven con un médico, comenzó a estudiar el canto; hacendosa como una hormiga, honesta y reposada fué, hasta que la música comenzó a efectuar en ella una transformación. Bella y de altiva apariencia, las más altas notas de su garganta enuncian el grito delirante de una oculta sensualidad. Cuando cantaba, quería Ernestina experimentar los sentimientos que inspiraron al autor de la obra lírica en el momento de la concepción, y de ese modo, inconscientemente, su propia voz fué penetrando como un mágico filtro en sus nervios, hasta convertirla en una exquisita máquina de perversas y complicadas sensaciones. Semejante a la heroína de *El Fuego*, llevaba en el rostro la huella de cien máscaras que habían simulado las pasiones mortales.

La imaginación, aguzada por la música, despertó en ella el gusto por las literaturas de decadencia, el amor secreto por los hombres de alma errante, envenenados por el arte. Amiga de la familia de Andrés, sabía que era de una sensibilidad enfermiza, y hasta sus oídos llegó la historia de los desórdenes de Andrés en París; así, a la llegada de éste, buscó la oportunidad de encontrarse con él, y ninguna mejor que aquella Exposición, donde un ambiente de elegancia y refinamiento favorecía las conversaciones, que en otro lugar hubieran pasado por imprudentes.

—¡Qué hermosas carnaciones! ¿No le parece a usted, Andrés? —decía Ernestina con su voz de contralto. —¡Oh, yo tendría en mi alcoba esta *Pentesilea*! Ya que nuestro siglo prosaico nos condena a la monotonía, ese fresco admirable sería para mí un baño de juventud. ¡Oh, en un paisaje agreste, ir a horcajadas en un caballo, acariciada por la crin, sentir palpar sus flancos sudorosos!

Una orgiástica ola de vida pagana hinchaba el pecho y la voz casi andrógina de Ernestina, mientras Andrés pensaba en la inspiración, que, cual un soplo de efímera salud, había guiado la triste mano tísica del pintor.

Ernestina guardó silencio, y como Andrés, con un suspiro, exclamara: "¡Pobre Michelena!", tendió ella desdenosamente el tibio guante de cabritilla, diciéndole con un mohín en los labios:

—¡Estáis muy filosófico, Andrés! Y al alejarse nerviosa, murmuraba:

"Debe de ser mentira cuanto de él se cuenta; es un hombre como todos."

El recuerdo de María Luisa, cre-

ciendo en el alma de Andrés, había derramado una amable paz en sus sentidos. París se esfumaba en su memoria; la abominable Marión había al fin desaparecido para él, y, como si hubiera vuelto a nacer, sentía revivir el antiguo candor de la niñez.

Nunca como aquella noche experimentaba Andrés mayor bienestar

con estrépito, y desde lejos veíanse avanzar los triángulos blancos de las pecheras. Al entrar al salón, Andrés recibió una caliente bocanada de aromas, un effluvio de gasas, de flores, de epidermis. Bajo los árboles lánguidos del patio, quemados por los globos eléctricos, se amontonaban las parejas; de los senos escotados colgaban en un



—Mira, Rosa, desde el mes que viene, y en vista del tiempo que hace que estás con nosotros, te trataremos como si fueras de la familia; así es que te suprimiremos el sueldo.

al hundir el rostro en el agua de la jofaina. La fresca batista de la camisa lo acariciaba dulcemente; un ligero calofrío recorría su cuerpo. De frac ante el espejo, colocaba en el ojal un botón de rosa.

Después de interminables días iba a ver a María Luisa en el baile con que el Club obsequiaba a los marinos alemanes.

En la calle los coches resonaban

hilo de seda los diminutos lápices de los programas, que aleteaban como mariposas, en los corpiños. Entre un grupo reconoció Andrés la ancha espalda de Sergio, quien, como atraído por un poder magnético, se volvió rápidamente, y, soltando una carcajada, cayó en brazos de Andrés:

—¡Chico!... eres el mismo...

¡Caramba! —exclamaba Sergio en



Prepárese Ud. mismo la goma fijadora del cabello, con agua y vistina. Le resultará 70 cts. el 1/4 kilo y muy superior en calidad y perfume a la que se vende ya preparada. Pida vistina en las farmacias.

alta voz y atolondradamente — ¡cuánto tiempo sin vernos!... Tenemos que hablar mucho... he venido... ya sabrás por qué...

Un arranque de celos y desconfianza atortojaba a Andrés, hasta el punto de no saber qué contestar a los ruidosos cariños de Sergio.

—María Luisa está aquí y me ha preguntado por ti — continuó Sergio.

¡Cómo! ¿Le recordaba? ¿Había adivinado la colegiala el amor del joven que la seguía? ¿Había pensado en él? Tales preguntas surgían en tropel en la turbada mente de Andrés.

—Ven—dijo Sergio. Y con el brazo, campechanamente echado sobre el hombro de su amigo, se abrió paso entre la multitud.

En un banco del jardín, cerca de la orquesta, estaba María Luisa, junto con Isabel, la prima de Kraun. Vestida de violeta, el traje diseñaba las formas de su busto de magnolia y las líneas firmes y redondas de sus piernas.

Al llegar ante ellas, Andrés se inclinó con cortedad, y en este instante pensó que había olvidado la corbata, llevándose rápidamente la mano al cuello, para asegurarse de que no era así.

—Señorita: mi amigo Andrés — dijo Sergio a María Luisa.

—Ya sabía por los periódicos que había llegado usted — respondió María Luisa, con una franca sonrisa de sus labios en flor.

—Sí, señorita; va para tres semanas que estoy en Caracas.

—Y tendrá usted ganas de regresar... es tan divertida, según cuentan, la vida de París.

Un letargo se apoderaba de Andrés, un veneno sutil penetraba por los poros; como Marión, el cuerpo de María Luisa emanaba un perfume de opoponax. ¡Por sus ojos, por su garganta, por su boca asomábase el alma pervertida de Marión!

Y en la melodía voluptuosa de un vals de Strauss, Andrés, giraba vertiginosamente con María Luisa, por cuyas venas parecían correr mil fuentes de opoponax.

En una fiesta moría entre sus brazos la blanca ilusión, del puro ideal, el ingenuo candor de la niñez; e invisible para todos, menos para él, sobre las negras casacas y las espaldas descotadas, surgía desnuda y triunfante la lúbrica imagen de Marión.

EL HOMBRE DEL AMOR OCULTO

Ocultó más que el Tasso a Leonor de Ferrara,
En lo más recoleto de su reino interior,
Una emoción, tan honda, que hizo su vida rara,
Altiva y exquisita, como de gran señor.

El Tasso nunca supo guardarla en tan avara
Soledad penetrante que la hiciera mayor.
Y fué purificando su sentido en la clara
Contención dolorosa de un silencio de amor.

De un amor intocado, ascendente, plenario,
Que trabajó su vida de artista extraordinario
Sin ahogarlo en el nudo vulgar de la pasión.

Y este hombre fué grande, armonioso, sereno,
Y, pues hubo belleza en su interior, fué bueno,
Paseando entre las hembras su enorme distinción.

René ZAPATA QUESADA.



El alma de los niños? — dijo pensativo Carlos Savennes. — Se dice, por lo general, que nosotros no la conocemos... Pero al fin, desde que nosotros también hemos sido niños, deberíamos saber lo que ha sido nuestra propia alma.

Yo sé muy bien que mis pasiones infantiles eran igualmente intensas como las pasiones de mi juventud... Pero mis alegrías eran más brillantes, mis penas más amargas... Y mis amistades, ¡qué profundas eran...! Y mis odios, ¡qué odios salvajes!

Es únicamente por su duración, que difieren las agitaciones del niño de aquellas del adulto. Con la misma presteza que crece, que aprende infinidad de cosas en pocos años, con la misma rapidez va de una impresión a la otra, a excepción de aquellos niños muy testarudos, que más adelante llegan a ser, por lo común, más obstinados aún.

Yo recuerdo sobre todo dos emociones frenéticas, relacionadas con mi viejo profesor de música, Bullant. Era en aquel tiempo ya un hombre de alguna edad, de alta estatura, algo encorvado, de cabellos y barba de un gris desagradable, tez color frambuesa y ojos sanguinolentos. Era de carácter violento, iracundo y tenía severidades impetuosas con los alumnos. Me vi una tarde bochornosa de verano, en la clase sombría—la luz entraba del norte,—en la que, sin embargo, reinaba un calor extraordinario. Los niños sufren con más intensidad que los grandes, del frío y del calor. Estábamos como entorpecidos, cuando Bullant nos hizo cantar en coro "Las rosas de mayo". Yo me encontraba entre las voces de bajo, irritado contra los que cantaban la parte de soprano, cuyo canto me parecía demasiado diferente del nuestro: yo jamás he podido cantar sino al unísono.

Nos desempeñábamos muy mal; Bullant no tardó en impacientarse y ponerse de mal humor. Para empeorar las cosas, uno de mis pequeños compañeros dejó caer al suelo un puñado de bolitas, y al profesor le acometió uno de sus acostumbrados accesos de ira... La emprendió conmigo gritando: —¡Savennes, dos horas de arresto!

Indignado por tamaña injusticia, yo exclamé:

—¡No he sido yo, señor!...

—¡Cuatro horas de arresto!

Lo que en aquel momento pasó por mi alma fué algo espantoso. Los peores cataclismos no me habrían causado esta sensación de fin de mundo; me asaltó de súbito un odio tan salvaje por Bullant, como nunca he sentido nada parecido durante mis años de adolescente y de adulto. ¡Ah, este odio! Llenaba mi pecho de llamaradas y helaba las plantas de mis pies. Deseaba con toda la fuerza de mi alma, encontrarme al paso de Bullant, escondido detrás de una roca, desde donde le lanzaría una piedra enorme... O bien, emboscado en un matorral con una cerbatana le arrojaría flechas cuyas puntas estarían empapadas en el curare. Y lo veía caer... paralizado, pero conservando aún su sensibilidad... Y yo amontonaba leña seca, la encendía, y lo quemaba vivo con una voluptuosidad extraordinaria.

¿Cuánto tiempo duró esto? Ni lo recuerdo... Yo seguía cantando

maquinalmente con los demás; no peor que ellos, quizá mejor que aplicándome. Después de haber repetido tres o cuatro veces el coro, Bullant nos dió nuestros deberes para la semana próxima, y se retiró.

desgraciado... Me fuí a caminar por las galerías, con el corazón henchido de pena y con un sentimiento de degradación, de proscripción, que me hacía repetir como un loco:

—¡Soy un paria! ¡Jamás en mi



UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP DE UVAS)

PARA ESTREÑIMIENTO

LOS NIÑOS LA COMEN CON EL PAN. LA TOMAN COMO POSTRE



EXCELENTE REGULADOR INTESTINAL
DE ACCION SEGURA TOTALMENTE
INOCUA Y DE SABOR AGRADABLE.

PREPARADA POR EL

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes RIVADAVIA 1745 - Buenos Aires

Yo permanecí como clavado en el mismo sitio, aún hirviendo de rabia, sacudido a cada instante por tales estremecimientos de indignación, que sentía dolorosas puntadas en el pecho.

Creía que aquella tarde no terminaría nunca; pero dieron las cinco en el gran reloj central. A la violencia había seguido el abatimiento más completo. Me sentía

vida he tenido un momento de felicidad...!

Y en aquellos momentos, así lo creía.

Ahora, mientras yo franqueaba la gran puerta al lado de la cual permanecía de pie nuestro conserje de cabeza de búfalo, me encontré de pronto frente a frente con Bullant que acababa de encender su pipa.

ANECDOTA

El Rey Humberto I de Italia quiso premiar la gloria de Verdi concediéndole el título de marqués de Bussetto. Verdi declinó tal honor respetuosamente. Y justificando su renuncia al marquesado decía a sus íntimos:

—¿Qué diría la nobleza — decía riendo — si viera a un marqués dirigiendo la orquesta en mangas de camisa?

Toda mi rabia volvió a posesionarse de mí, y por un momento creí que me abalanzaría sobre él, dándole una trompada en el vientre... Pero me limité a quitarme la gorra y a murmurar:

—No fui yo, señor, el que dejó caer las bolitas... ¡No fui yo!

El me contempló un rato fijamente con sus ojos sanguinolentos, los que después de todo, no eran ojos malos, dió dos o tres bocanadas a su pipa, y dijo:

—¿No has sido tú? Y bien, ¿quién fué?

Las leyes de los escolares prohíben "acusarse"; pero aunque así no hubiese sido, mi instinto personal habría sido suficiente para que esto me fuera odioso. Me habría dejado matar antes que denunciar a un compañero. Y respondí con los dientes apretados:

—¡No puedo decirlo!

—¡Ah, muy bien! Conque no puedes decirlo... ¿Y por qué?

—No quiero denunciar a nadie.

—¿Y si te perdonara el arresto?

Tampoco, señor. ¡No puedo, no puedo!

—¿Podrás decirme a menos, por qué no puedes?

—Porque sería una cobardía.

—¿Así lo crees?

—Estoy seguro, señor.

—Entonces — dijo él, posando bruscamente su pesada mano sobre mi cabeza,—está muy bien... Me gusta mucho... ¡Y no tendrás ninguno!

¡Qué confusión en mis ideas, qué trastorno! ¡Qué cambio en toda mi cólera, mi odio, mi desesperación! Me pareció de pronto que me encontraba inundado de luz: el júbilo resonó en todo mi ser, como las campanas de Pascua, y sentí por Bullant una ternura sin límites... Habría querido abrazarlo y besarlo como hacía con mi padre en las grandes alegrías...

En suma: después de haberlo odiado como al mismo Satanás en persona, no estaba lejos de confundirlo ahora con el mismísimo buen Dios...

LLEGO TARDE

Un asaltante, revólver en mano, pregunta a un transeunte:

—Me hace usted el favor de decirme qué hora es?

El transeunte contesta:

—Si no le es molesto, pregúnteselo a un compañero suyo, que es el que tiene mi reloj hace un ratito.

FLIRT

El. — Yo no me casaré hasta que venga al mundo la mujer perfecta.

Ella. — ¡Oh, Enrique! ¡Yo... la verdad...! una declaración así tan inesperada!...

FARMACOLOGICA

El idóneo nuevo. — ¿Y en ese frasco encarnado, qué hay?

El viejo dependiente. — Esta es la medicina que despachamos cuando no entendemos la receta.

NINERA LISTA

La madre. — ¿Has puesto el termómetro en el baño del niño?

La niñera (negra del Sudán). — No hay necesidad. Niño rojo, baño demasiado caliente; niño azul, demasiado frío.

LA OTRA VOZ

Por Rina María Pierazzi

Cuando la criada entró en el saloncito anunciando a Augusto Verdager, Irma Castellanos turbóse ligeramente y no respondió. Dejó sobre la mesita el libro que estaba leyendo, fué a mirarse en el espejo del ángulo, detúvose a contemplar su silueta menuda pero esbelta, su rostro no bello pero iluminado por dos grandes pupilas oscuras llenas de inteligencia y de bondad; y esbozó una leve sonrisa, más triste que dulce, quizá dirigida a sí misma, quizá destinada al visitante a quien no conocía sino de nombre y a través de una larga correspondencia. Augusto Verdager... ¿Qué rostro tenía? ¿Cómo era?

Tiempo atrás, Irma había leído de él un libro de prosa fresca, vigorosa, violenta, donde halló expresada gran parte de sus propios inexpressados sentimientos: escribió entonces, a la dirección del editor, pocas y corteses líneas de felicitación y de aprobación, y él se apresuró a responder. Una cosa vieja como el mundo, pero que para Irma, en su infinita soledad espiritual, revistió caracteres de dulcísima aventura.

Ahora se encontrarían frente a frente. ¿Cómo? Ninguno de los dos, por un tálito y misterioso acuerdo, había enviado al otro su propia fotografía: eran dos almas desconocidas, ocultas en dos cuerpos ignotos. Jugaba el destino.

Irma volvió a mirarse, deteniéndose a prender dos rosas rojas en la cintura de su leve vestido blanco: quería adoptar una expresión tranquila, una sonrisa espontánea. Augusto Verdager no debía apercibirse de su turbación. Pensó, para confortarse, que él sería feo, no muy elegante, no muy joven, mientras ella sentíase aún agradable y elegantísima, a pesar de haber ya dejado bien atrás el umbral de los treinta años; pensó, también, que su demora podía hacer suponer al visitante un coquetón acicalamiento; y, fastidiada por esta idea apresuróse a dirigirse a la sala.

Inmóvil junto al piano, Augusto Verdager miraba a su alrededor con cierta ansiedad; parecía pedir a los muebles, a los cuadros, a los ramos de rosas rojas que languidecían en los floreros de cristal y en las ánforas de brillante cobre, un indicio que le revelase la personalidad de Irma Castellanos. De ella sólo conocía el fino y profundo espíritu revelado desde hacía seis meses, hablándole de arte, de "su" arte, sobre todo, incitándolo a trabajar, a trabajar, a trabajar...

Pero su rostro, el rostro de aquella desconocida, ¿cómo era, Dios mío? El lo imaginaba muy dulce y muy serio, bajo una pesada mata de cabellos oscuros. Sólo esto sabía de ella: que era morena.

El pesado cortinón de brocado fué levantado sin que él se apercibiese; dos ojos luminosos corrieron ávidamente hacia su alta y juvenil persona, hacia su cabeza rubia. Un instante de palpitante indecisión; luego, una voz dulce,

grave una voz más armoniosa que la música:

—¿El señor Verdager?

Augusto se estremeció, volvióse bruscamente, y al mirar a la mujer vestida de blanco, con dos rosas rojas a la cintura, palideció y quedó mudo; en la fresca penumbra de la sala, también el rostro de ella pareció palidecer.

EL PERDON DE OFELIA

Ante el Tribunal Supremo, compuesto de tres ángeles, comparecía el alma de Hamlet para dar cuenta de sus crímenes y pecados. La voz del mundo, después de acusarle con abrumadora elocuencia, había terminado así:

—Por fin, has torturado a tu madre, has muerto a Polonio y has enloquecido de pena a su hija, aquí presente. Quisiste hacer justicia por tu mano sin esperar la obra del Señor. Te burlaste del cariño, pecaste contra el Espíritu: no mereces misericordia.

Hamlet no contestaba. Sentíase tan abatido que no quería defenderse. Ofelia, entonces, dijo con aquella voz que parecía un canto, mientras deshojaba, por timidez, un racimo de verbena silvestre:

—El fué más cruel de lo que se ha dicho, y sus palabras más mordaces; pero sin él yo no hubiera podido llegar aquí. El era más desventurado que yo; pues perder el juicio no es tanto como perder la fe. Me trataba mal porque yo le obligaba a ser bueno, y él no lo quería ser. Fué desleal por debilidad, y su alma no tuvo la suerte de enloquecerse del todo, como la mía. Yo no dudo que mi locura fué la causa de mi salvación.

Los ángeles la oían emocionados. De pronto, Hamlet gritó:

—No creáis en ella. Es mujer como mi madre; y como ella sabe engañar.

—Ya véis — exclamó Ofelia maternalmente. — Ya véis de qué manera duda, ¿puede haber una desgracia mayor? En el mundo, mi piedad le fué inútil; ahora aquí, quiero que le salve mi perdón.

—Es un caso de misericordia — dijo el ángel primero.

—Es un caso de justicia — dijo el segundo.

—Es un caso de amor — murmuró el último.

Pero véase que estaban de acuerdo, y que con palabras distintas, querían decir la misma cosa.

En aquel instante Hamlet se puso a llorar espantosamente y la audiencia se interrumpió. Entonces, Ofelia, comprendiendo que era un momento decisivo, habló así:

—Ahora que sé cómo me amaba, ya ni en el cielo podría ser feliz. Deseo que estén unidos nuestros destinos como estuvieron enlazadas nuestras vidas. El era un alma que se había quedado sin corazón, y yo era un corazón que se había quedado sin alma... Hoy mi príncipe se ha vuelto bueno, porque empieza a comprender. ¡Dios mío, yo creo que este llanto suyo, bien le puede salvar!

Y cuando terminó sus palabras, vió que los tres ángeles sonreían dulcemente, con aquella sonrisa que es el signo de la clemencia divina.

confieso una gran cobardía: tenía miedo.

Ella comprendió, pero quiso disimularlo; y preguntó con una sonrisa de sorpresa:

—¿Miedo de qué?

—¡Dios mío! — exclamó Augusto clavándole en el rostro sus profundos ojos color de acero. — Tenía miedo de que fuese usted distinta de lo que es.

Irma enrojeció y bajó la mirada sobre sus manos cruzadas.

—Sí; tenía miedo de encontrarme con una mujer demasiado vieja, demasiado fea, demasiado mal vestida... Vamos, una especie de sufragista.

Rieron ambos. Augusto, al contemplar aquellos rojos y húmedos labios que reían con tanta gracia,

ECZEMAS
y
Picaduras de Insectos
se curan con
PASTA VASENOL

Irma lo interrumpió con un leve ademán; pero también ella estaba turbada. No suponía que Augusto Verdager, el famoso filósofo, el sabio erudito, fuese tan joven, tan rubio, tan gentil y tan primaveral como las cartas que ella le escribía. Eperimentó una pena y una dicha tan agudas que le hicieron daño al corazón.

—¿Por qué quiere hacerme callar? — preguntó Augusto, apresando la manecita que había cumplido el ademán amonestador. — Y bien, callaré; pero déjeme usted contemplarla.

Irma se estremeció; sonrió.

—Le prohibo que me haga el amor; eso es todo. Hablemos de cualquier otra cosa.

Augusto abandonó bruscamente aquella mano, con un impulso de desdén.

—Yo no le hago el amor; no soy un don Juan. Le digo lo que hubiera deseado decirle hace mucho tiempo, desde la segunda vez que le escribí; si no se lo dije antes ha sido porque temía... lo que usted sabe. Ahora, tengo el derecho de hablar: su rostro es como su alma: bello, de una belleza que puede huir a muchos; es porque su rostro, como su alma, están para mí demasiado en sombras...

Hizo movimiento de levantarse. Irma temió que quisiera abrir las persianas, inundar la sala con la cruda luz estival mal velada por los altos tilos del jardín, y experimentó verdadero terror, repentina angustia.

—¡No, no! ¡Se lo suplico! — exclamó, tendiendo las manos para retenerlo. — ¡No! La luz demasiado viva me ofende.

Augusto no se percibió de su turbación; volvió a su sitio, mirándola con una sonrisa.

—Quedemos en la penumbra, entonces — dijo dócilmente: — pero hableme usted. Su voz es maravillosa: parece una música.

Irma pareció tranquilizarse: pasóse una mano por la frente, se alisó los cabellos.

—¿De mí? ¿Qué quiere que le diga de mí? ¡Mi vida es tan incolora! Soy enemiga de la sociedad y la sociedad es enemiga mía. Soy huérfana: esto se lo había escrito.

El joven, que le miraba atentamente los labios, hizo un gesto afirmativo.

—Soy viuda. Me casé a los dieciocho y aún no había cumplido veinte cuando perdí a mi marido. También esto se lo había escrito.

—También esto — repitió Augusto, elevando sus ojos de aquellos labios rojos para clavarlos en las grandes pupilas oscuras. — ¿Y luego?...

—Y luego... ¿qué?

—Y luego... ¿no ha vuelto a amar? ¿No ha amado nunca?...

Los labios y el ceño de ella dibujaron un gesto desdenoso.

Pedro Miguel OBLIGADO

no se apercibió que temblaban.

—¡No, no, no! — apresuróse a decir. — No es eso, precisamente... Una mujer fea, vieja; una especie de sufragista, como dije antes, no podía escribir cartas tan gentiles, tan primaverales como las que escribe usted. ¡Ah, sus cartas!... Las guardo todas, ¿sabe?; todas. En mis horas de ensueño, al pie de un árbol o en mi refugio de rocas, las leía, temblando como un colegial. No eran cartas de amor; y, sin embargo, yo aspiraba el amor en cada una de sus palabras... Se lo he escrito; ahora se lo repito: no creía que una mujer pudiese tener el alma tan profunda y a un mismo tiempo tan suave; hoy, al mirarla a usted, lo comprendo...

—¿El señor Verdager? — repitió Irma avanzando con las manos tendidas.

El joven tomó aquellas diminutas manos sin anillos y se las llevó a los labios.

—¡Ah, por fin!

Ella sonrió, las retrajo y miró al joven en los ojos.

—¡Por fin, sí! — respondió, recobrando su autodomínio. — ¡Debíamos habernos conocido hace mucho tiempo!

Fué a sentarse en un sofá, y señaló al literato una poltrona colocada frente a ella. Más Augusto fingió no percibir aquel ademán y sentóse a su lado.

Amiga mía... Me permite, ¿verdad?, seguir llamándola así, como en mis cartas... Amiga mía, le

—Eso no debe importarle a usted—respondió fríamente.

El joven púsose bruscamente de pie.

—Perdone—murmuró. — No debe importarme, lo sé. Ha sido una pregunta estúpida. Le ruego que la olvide.

Fué a observar con ostentada atención los libros bien alineados en el anaquel situado junto al piano; el pesado silencio fué interrumpido por el canto de las cigarras, proveniente del jardín. De pronto, sin darse vuelta, él dijo:

—En sus cartas es usted mucho más dulce.

Irma no abrió los labios: miraba con los ojos entornados la alta figura del joven, y sentíase desfallecida. ¡Ah, que no le pidiese su amor; que no pusiese su bella y floreciente juventud en las manos de ella, ya en el ocaso de la vida, obligándola a un engaño doloroso o a una más dolorosa verdad!

—Mucho más dulce — prosiguió el escritor, como hablando consigo mismo. — ¡Dígame el por qué!

Irma siguió callando, mirándose las manos que temblaban.

—¡Dígame! — insistió él con impaciencia.

—¿Cuántos años tiene usted, Verdaguer? — preguntó, en cambio, Irma, sin levantar los ojos.

El joven pareció sorprendido de aquella pregunta, pero respondió:

—Veinticuatro.

No se apercibió de que el rostro de ella se turbaba súbitamente y volvió a tomarle las manos, a estrechárselas fuertemente entre las suyas, con pasión.

—Amiga mía, amiga mía, escúcheme—suplicó. — Le parezco joven, demasiado joven quizá para ofrecerle mi amor. Yo ignoro su edad: no me importa saberla; ¡es usted tan juvenil, tan bella, tan suave! ¿Qué importan los años?

Yo la amo y veo mi vida con usted, para usted. Su alma es ya mía; me lo ha dicho en sus cartas; déjeme la esperanza de hacer mío todo su ser, para siempre... para toda la vida...

Irma, palidísima, ya no sentía fuerzas para responder: temía prorumpir en sollozos. Dejóse besar las manos dulcemente, sin rebelarse; sentíase desfallecer. El seguía hablando, pero el sentido de sus palabras le huía; no percibía más que su sonido, tan profundo, tan impregnado de amor. Pero supo aún vencerse; reunió sus fuerzas y dijo con esa su grave voz:

—Ahora, déjeme.

Augusto Verdaguer abandonó sus manos. Tenía el rostro encendido, las pupilas brillantes de dicha.

—¿Me echa usted?

—Sí.

—¿Y me permite volver?

Irma vaciló un instante; luego, respondió:

—Sí.

—¿Cuándo?... ¿Mañana?...

Se sonrió él mismo de su impaciencia de niño. Irma murmuró, levantando hacia su rostro sus hon- das pupilas.

—Mañana. Pero antes telefonéeme.

—¡Gracias!

Inclinóse hacia ella y le besó los cabellos, murmurando:

—¡El porvenir con usted, para siempre, para siempre!...

Y sonrióle de nuevo, contento de que ella no se hubiese rebelado ante aquel impulso de amor. Luego salió.

Irma abrió la ventana, dejando entrar en su aposento la viva luz estival; acercóse al espejo, miró anhelante su rostro, de una belleza delicada y gentil, pero surcado ya por las primeras huellas del tiempo: sus cabellos un poco descoloridos en las raíces a pesar de

conocida, estridente, completamente distinta a su voz dulcísima y grave, respondió:

—¡Hola!... ¿Con quién hablo?

—Con el señor Augusto Verdaguer. ¿Es posible hablar con la señora?

Ella arañó el respaldo de la silla con sus dedos convulsos.

—La señora no está.

—¿Cuándo vuelve?

—No va a volver.



—¿Ese perro, es de usted?

—No.

—¿Pues se le parece!...

la tintura... Sus ojos se llenaron de llanto. Abandonó la cabeza sobre sus brazos cruzados y rompió en roncós sollozos, como si su pobre corazón quisiera despedazarse.

La campanilla del teléfono vibró largamente en el amplio vestíbulo. Irma, que estaba vistiéndose, corrió rápidamente a la puerta, haciendo señas a la criada de que no se moviera. Estaba pálida, desfallecida; cuando descolgó el auricular del aparato tuvo que apoyarse en una silla: ni siquiera podía sostenerse. Con una voz des-

—¿Cómo! ¿No regresa? ¿Quién es usted?

—La criada...

—¿Pero explíquese, por Dios! ¿A dónde ha ido la señora?

—Se ha marchado.

—¿A dónde?

—No lo ha dicho.

—¿Por cuánto tiempo?

—Para siempre.

En el receptor sonó el eco de un grito.

—¿No es verdad!

Irma esbozó una sonrisa que contrajo convulsamente sus labios.

—Es verdad. ¡Se ha marchado!

EL TRABAJO

El trabajo es la más valiosa herencia que puede adquirir el hombre. Es el más poderoso tónico moral y la más eficaz medicina mental. La naturaleza nos lo enseña. El agua estancada se corrompe. El agua corriente y viva es pura. La tierra que pisamos, el aire que respiramos, serían insalubres sin las agitadoras fuerzas de vientos y mares. En las regiones tropicales donde la pródiga exuberancia del suelo provee de abundantes medios de vida, el hombre cae en laxitud enervante; pero despliega todas sus energías y alcanza el dominio de sí mismo allí donde ha de luchar contra las formidables fuerzas de la naturaleza por el pan cotidiano.

M. FARRAR.

—¿Sola?... ¡Hola!... ¡Conteste usted! ¿Sola?

Una llama encendió sus mejillas: el espejo de enfrente reflejó una mujer pálida, mísera en el batón azul sin el artificio que tornaba aún graciosos sus próximos cuarenta años; tembló de pies a cabeza y pronunció la dolorosa respuesta, que era mentira:

—¡No!

Se hizo un silencio pesado, cruel. La línea telefónica parecía recoger los estremecimientos nerviosos de los dos pobres seres que sufrían en cada uno de sus extremos. Ni Irma ni Augusto cortaban la comunicación, como si aguardasen el advenimiento de algo milagroso. Esperaban...

—¿Sola?—pronunció Verdaguer, como interrogándose a sí mismo.

—No, sola no—dijo Irma ya sin fuerzas.

Y colgó el receptor para que su verdadera voz no la llegase a traicionar.

MARAVILLAS DE LA CIENCIA

Varios médicos discuten sobre el valor de las inyecciones inventadas por uno de los presentes, el cual asegura que el producto rejuvenece a los viejos y da a los jóvenes un vigor y una valentía insospechadas.

En esto cruza un ratón por el despacho, y el inventor le agarra y le pone la inyección al instante. Y a los tres minutos, el ratón empieza a vociferar con gran coraje:

—¿Que me traigan seis gatos, que me los como!...

EN EL RESTAURANT

Un cliente que está ya harto de que le sirvan platos indecorosos, rechaza una vinagrera, en la que hay una mosca colosal.

El camarero. — ¿Pero no quiere señor la vinagrera?

El parroquiano. — ¡No! ¡Porque estoy viendo que voy a acabar por amoscarme!...

HABLANDO CON PROPIEDAD

Se encontraba un borracho sentado (porque no podía tenerse de pie) frente a una pescadería, y el dependiente voceaba:

—¡Buena merluza hoy!!

Y al cuarto pregón, el borracho, muy serio y digno, le increpó diciéndole:

—¡Oiga usted, amigo: yo no tengo una merluza! ¡Lo que yo tengo es una ballena!!

CLASE DE ARITMETICA

—De seis a seis, ¿cuántas van?

—Doce.

—¡Caramba! ¿Cómo?

—Sí, señor. Desde las seis de la mañana a las seis de la tarde, van doce horas.

AUTOMOVILISMO

—¿Cuánto tiempo tarda usted en aprender a guiar un automóvil?

—¡Oh! Tres o cuatro.

—¿Semanas?

—No; automóviles.

LA RABIOSA

Por Paul Heyse

Una niebla gris cubría el Vesubio, extendiéndose hasta detrás de Nápoles, ensombreciendo los pueblos cercanos. El mar encontrábase sereno, y en la playa, al pie de las rocas de Sorrento, los pescadores y sus mujeres arrastraban sobre la arena sus barcas llenas de redes. Otros aparejaban a izar las velas; hasta los viejos, que ya no salían al mar, llevaban las redes.

—Mira, nuestro señor cura — dijo una viejecita a su nieta —. Antonino va a conducirlo ahora hasta Capri.

Todos los pescadores detuviéronse en la orilla, para ver partir al sacerdote, el que los saludaba amistosamente.

Antonino empujaba ya su barca, cuando en el camino de Sorrento apareció una joven agitando su pañuelo. Vestía con modestia y traía un pequeño paquete bajo el brazo, pero erguía la fina cabeza con una altivez casi aristocrática y sus negras trenzas formábanle como una diadema, arrolladas en torno de la frente.

—¡Buenos días, Rabiosa! — exclamaron todos los jóvenes marinos; los que, seguramente habrían agregado algo más, a no mediar la presencia del señor cura—. Este también dijo con suavidad:

—Buenos días, Lauretta; ¿quieres ir a Capri?

—Si usted me lo permite, padre...

—Yo no soy el dueño de la barca, es Antonino... pregúntaselo a él.

—Sólo tengo medio carlín — dijo la muchacha, alcanzando la moneda al joven barquero, pero sin mirarlo.

—Guárdalo; lo necesitas más que yo... — dijo éste a media voz — empujando para hacerle sitio, dos canastos llenos de naranjas, que pensaba vender en Capri.

—No acostumbro a viajar gratis — repuso ella, mientras un movimiento nervioso, y altanero agitaba sus párpados.

—Ven, hija mía, sube — aconsejola el cura — Antonino es un muchacho honrado que no quiere enriquecerse con tu pobreza.

Ella subió entonces, pero rechazando la chaqueta que el barquero había colocado en el asiento para ella.

Después de partir la barca, interrogó el cura a la muchacha qué era lo que la llevaba a Capri — su trabajo, que consistía en sedas e hilos — y sobre su madre, siempre enferma en cama, y luego indagó:

—¿Por qué te llaman la Rabiosa? No es nombre apropiado para una criatura...

El rostro bronceado de la joven tiñóse de carmín y sus ojos centelleaban al contestar:

—Crean poder burlarse de mí porque yo no ballo, ni canto, ni converso con ellos, como las otras muchachas. Bien podrían dejarme en paz; yo nada les hago.

—Pero podrías ser amable con ellos.

Ella nada contestó; bajó la cabeza y frunció el ceño.

Siguieron navegando en silencio. El sol ya dominaba las montañas, y las casitas blancas brillaban entre los naranjales.

—Lauretta, ¿no has vuelto a oír nada de aquel pintor napolitano que quería casarse contigo? — preguntó de pronto el cura.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

te dan. ¿No piensas que por tu obstinación sólo conseguirás hacerte más dura la vida? ¿Qué razones tan importantes tenías para rechazar aquella mano leal que te tendía para ayudarnos a tu madre y a ti? Cuéntame, pues, Lauretta.

—Sí, sí... tengo un motivo — contestó ella muy quedamente — pero no puedo decirlo...

—¿Ni aun a mí, a tu confesor? Tú bien sabes que quiero tu bien, ¿no es así?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Abreme, pues, tu corazón, hija mía.

Lauretta miró de soslayo al barquero. Sentado en el fondo de la barca remaba con ardor y el gorro hundido hasta las orejas. Parecía abstraído en sus pensamientos. El

MOSAICO MEXICANO

Para FRAY MOCHO.

SARAPE

En las franjas multicolores de tu felpa están reflejados los matices de todas las flores.

JARANO

Galoneado y bizarro, tienes la majestad de una corona en la cabeza indómita del charro.

HUIPIL

Sutil y bordado, acaricias los senos morenos, dos jazmines pálidos.

REBOZO

Envuelves sedño las frentes, besas los ojos y gargantas y ciñes flotando los bustos ardientes.

JARABE

Veloz, agitado, vibrante, tienes en tus giros y en tus taconeos, con fiera energía, gracia cautivante.

Justo G. DESSEIN MERLO.

—Y también quería hacer tu retrato... ¿Por qué no consentiste tampoco a esto?

—¿Y qué necesidad tenía de hacerlo?... Hay muchas otras más hermosas que yo... Y luego, ¿quién puede saber lo que habría hecho con el retrato?... Podría haberme hechizado o perder mi alma... hasta matarme — decía mi madre.

—No creas tales cosas impías. ¿Y por qué le rechazaste como esposo? Era un hombre honrado y era rico; me parece que tan pronto no te caerá otro así del cielo...

—No quiero casarme... no me casaré nunca... — dijo la joven como para sí misma.

—¿Has hecho algún voto o te atrae el convento?

En voz muy baja contestó ella que no.

—La gente no deja de tener razón al reprocharte tu terquedad, aunque no apruebo el nombre que

cura acercó su oído a la boca de la muchacha.

—Usted no ha conocido a mi padre... es la causa de la enfermedad de mamá: la maltrataba, la golpeaba, la pisoteaba... Recuerdo bien las noches que volvía a casa, furioso... Ella nunca decía una palabra, hacía todo lo que él mandaba y él le pegaba hasta romperme el corazón... Yo me hacía la dormida, me tapaba la cabeza con las manos y lloraba la noche entera. Y luego, cuando él la veía en el suelo, se transformaba por completo: la levantaba, la besaba y la abrazaba con tanta fuerza que ella gritaba que se ahogaba... Mi madre no quiso que yo nunca contara una palabra de esto, pero quedé enferma para siempre, y después de la muerte de mi padre tampoco ha podido reponerse. Y si muere aún joven — lo que el cielo no permita — sé bien que él la ha matado... Y es por esto que

Si Usted Tiene Tos.

TOME

PASTILLAS RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja

quiero quedarme soltera. Yo ya sabré defenderme si alguno pretendiera pegarme o abrazarme... Mamá no sabía defenderse ni de los golpes ni de los besos, porque amaba... Yo no quiero amar a nadie para que no tengan poder sobre mí.

—Todos los hombres no son como tu padre, juguetes de sus caprichos y de sus pasiones. ¿No has visto a tu alrededor muchos matrimonios felices?

—Nadie sabe, tampoco, cuánto amaba mi madre a mi padre; habría preferido morir antes que quejarse. ¡Si ese es el efecto del amor, jamás amaré a un hombre!

Antonio encontrábase sentado después de mediodía, delante de la taberna de los pescadores cuando apareció Lauretta por la calle de Anacapri. Saludó con gesto rápido y permaneció indecisa. Antonino levantóse presuroso.

Despidióse de prisa y metió su barca al agua, desató la cuerda y esperó a la muchacha. Esta miraba a todos lados, como esperando ver llegar a otros pasajeros; pero el embarcadero estaba solitario... Lauretta no pudo mirar mucho tiempo, pues antes de que hubiera podido impedirlo habíala tomado Antonino en sus brazos, y como a una criatura la llevaba a la barca. En seguida saltó él adentro y en pocos golpes de remo encontráronse en plena mar.

El mar estaba liso como un espejo; apenas si la barca levantaba algo de espuma en su trayecto; hasta los blancos pájaros de mar, que anidan entre las rocas, dejábanse caer sin ruido sobre sus presas.

Un año atrás, cuando llegara aquel pintor a Sorrento, jugaba Antonino un domingo a las bochas, en una playa cerca de la calle principal. Fué allí donde el pintor vió por primera vez a Lauretta, la que llevando un cubo sobre la cabeza, pasaba sin mirar a nadie. El napolitano detúvose lleno de admiración para mirarla, aunque se encontraba en medio del juego. Una bocha, que le pegó violentamente en el talón, le advirtió que no era aquel un lugar a propósito para permanecer parado; dióse vuelta, esperando una excusa. Pero vió al joven pescador que había causado el golpe, en actitud provocativa, en medio de sus camaradas... el extranjero creyó prudente evitar un encuentro desagradable y se marchó. Sin embargo, el asunto no pasó inadvertido y volvió a mencionarse cuando el pintor pidió la mano de Lauretta. Cuando él le preguntó que si era por aquel muchachote grosero por quien le rechazaba, respondió ella con impaciencia: "no lo conozco..."

En la barca, ahora, parecían dos enemigos... y el corazón les saltaba a punto de romperse... Habían hecho ya la mitad del camino; no se veía una vela, ni lejos,

ni cerca. La isla quedaba detrás de ellos... Antonino miró en torno suyo y un pensamiento pareció germinar en su cerebro. De pronto dejó caer los remos. Lauretta lo miró sorprendida pero sin temor.

Es preciso concluir — dijo el muchacho con voz algo ronca; — esto dura ya demasiado y sólo me asombra no haberte matado ya... ¿Dices que no me conoces? ¿Y no has visto, cuando, desde hace mucho tiempo, paso como un loco delante de tí, con el corazón desesperado por el ansia de gritarte su secreto?

—¿Qué necesidad tengo de conocerte, ni de hablar contigo? — repuso ella con rapidez. — Bien he visto que querías tener relaciones conmigo, pero yo no quería que se murmurara de nosotros, porque no puedo aceptar por marido ni a tí ni a nadie.

—No siempre dirás lo mismo. ¡Bah! Algún día te sentirás demasiado sola, y, criatura loca como eres, tomarás al primero que se te presente.

—Tal vez cambien mis ideas; nadie conoce el porvenir. ¿Qué te importa el mío?

Antonino levantóse tan bruscamente que la barca se inclinó.

—¿Qué me importa? ¿Y te atreves a preguntármelo cuando bien sabes lo que siento por tí? ¡Desgraciado de aquel a quién trates mejor que a mí!

—¿Acaso tienes algún derecho sobre mí? ¿Acaso estoy comprometida contigo?

—¡Oh, no hay nada firmado, sin duda! Pero tengo tanto derecho sobre tí, como sobre mi parte de paraíso, siendo un hombre honrado. ¿Crees por un momento que yo permitiría que fueras con otro a la iglesia, y que las muchachas del pueblo me miraran por sobre el hombro y riesen al pasar por mi lado?

Haz lo que quieras... no me asustan tus amenazas. Yo también haré lo que me parezca.

—No seguirás hablando mucho tiempo así—replicó él, temblando como un azogado—; soy hombre capaz de no permitir que se me atormente de esta manera... que no dejará arruinar su existencia por una mala cabeza como tú... ¿No ves que ahora estás en mi poder?

Un ligero estremecimiento agitó a Lauretta. Con ojos centelleantes exclamó:

—¡Mátame, pues, si te atreves!

—Nada debe hacerse a medias —dijo Antonino con voz más suave.—En el mar hay sitio para los dos... —y hablaba con ternura.— ¡Debemos morir los dos... y juntos... en seguida!... — Súbitamente la tomó entre sus brazos; pero en el mismo instante retiró su mano derecha, de la que corría la sangre: ella lo había mordido ferozmente...

—¡Ah! ¿Estoy en tu poder? — con un movimiento brusco desprendióse de sus brazos.—¡Eso lo veremos!

Saltó de la barca, desapareciendo por un instante entre las olas. Casi en seguida subió a la superficie con el cabello desatado que le caía pesadamente sobre la nuca. Nadaba a grandes brazadas, alejándose de la barca hacia la costa. Una horrible angustia apoderóse de Antonino... De pie, en la barca, contemplaba atónito como si ante sus ojos se desarrollara un milagro.

Sacudiendo luego su estupor, precipitose sobre los remos, y con todas sus fuerzas lanzose en seguimiento de la muchacha, mientras que el fondo de la barca se enrojecía con la sangre que corría de su mano. A pesar de los esfuerzos de la joven, muy pronto estuvo a su lado.

—¡Por la Santísima Virgen! — le gritó. — Vuelve a la barca... Yo estaba loco... No sabía lo que decía, ni lo que hacía... ¡Perdóname, Lauretta y sube a la barca! Ella continuó nadando.

—¡Piensa en tu madre! No podrás llegar a la orilla; faltan más de dos millas... Si te sucediera una desgracia, ella moriría de pena.

Con una mirada midió Lauretta la distancia que aún la separaba de la costa. Luego, sin contestar, nadó hacia la barca y se asió de la borda con ambas manos. El quiso ayudarla, y su chaqueta, extendida sobre el banco, se deslizó al mar cuando, al subir la joven, se inclinó el bote.

Viéndola en seguridad él se puso a remar. Ella torció sus vestidos empapados y enjugó sus cabellos; sus miradas se deluvieron en el fondo de la barca y sólo entonces reparó en la sangre... Arrojó una mirada rápida sobre la mano que seguía remando como si estuviera sana.

—Toma... — dijo, tendiendo su pañuelo a Antonino; — pero éste movió negativamente la cabeza y siguió remando. Entonces levantóse la muchacha y acercándose a él le vendó fuertemente con el pañuelo la profunda herida. En seguida, y sin que él pudiera impedirlo, tomó uno de los remos, y sentándose frente a él, sin mirarlo, con la vista fija en la madera roja de sangre, remó vigorosamente.

Cuando se aproximaron a la costa encontraronse con varios pescadores que salían a tender sus redes por la noche; les dirigieron alegres bromas, pero ellos no los miraron ni les contestaron una sola palabra.

—¡Adiós! —dijo Lauretta, comenzando a subir el camino escarpado.

—¡Adiós! —repuso el joven.

Sacó luego sus utensilios fuera de la barca, tomó los canastos y subió los peldaños de la pequeña escalera de piedra que conducía a su cabaña. Sentóse en un escabel y quitó la venda de su mano, que le hacía sufrir cruelmente. La sangre comenzó de nuevo a correr; la mano estaba muy hinchada alrededor de la herida. La lavó con cuidado, dejándola refrescar largo rato en el agua. Al retirarla, advirtió claramente la huella de los dientes de Lauretta.

—Tenía razón... — murmuró—. Yo no merecía otra cosa. Mañana pediré a José que le lleve su pañuelo... porque yo no debo volver a verla...

Luego lavó el pañuelo con toda precaución y lo extendió para que se secara; después de haberse vendado de nuevo la mano lo mejor que pudo, se arrojó sobre el lecho y cerró los ojos.

Al poco tiempo despertó de su medio sueño por el doble efecto del dolor y de la clarísima luz de la luna. Saltó del lecho para calmar con agua el violento dolor, cuando oyó ruido en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, abriendo la puerta—; vió a Lauretta en el umbral. Entró sin proferir pa-



Las buenas marcas de pianos solamente pueden conseguirse en las casas especializadas en artículos de primera calidad.

Los más grandes artistas del teclado y todas las personas de buen gusto artístico prefieren para sus conciertos o para sus casas el Bechstein o el Erard los mejores que se fabrican en Alemania y Francia respectivamente.

Véalos y admírelos en nuestros salones de exposición y venta.



Casa Iriberry
Iriberry, Bellocq & Cia.
FLORIDA 431.U.T.31.Retiro 3656



labra; quitóse el pañuelo con que se había rodeado la cabeza y puso sobre la mesa una pequeña cesta.

—Hubieras podido evitarte la molestia de venir a buscar tu pañuelo... mañana te lo habría llevado José.

—No he venido por eso; he ido a la montaña a buscar hierbas que restañen la sangre... Aquí están —y levantó la tapa del canasto.

—Te has preocupado demasiado —dijo él sin aspereza—; esto ya está mejor, y, de todos modos, lo he merecido. ¿Y qué vienes a hacer aquí a estas horas? Sabes que la gente es murmuradora...

—Nada me importa de nadie —repuso ella con violencia—; quiero curar tu mano poniéndole estas hierbas, porque tú no podrás.

Lauretta tomó su mano antes que él pudiera impedirlo y desató la venda. Cuando la vió, se estreñeció...

—¡Jesús María! Está tumefacta...

—No es nada; se ha hinchado un poco; pero mañana estará bien. Ella sacudió la cabeza.

—No; tienes para una semana sin poder remar.

—¿Y qué te importa? —rezongó el muchacho.—Pero ella había ya tomado una vasija con agua y de nuevo lavó la herida. El la dejaba hacer como un niño. Después colocó las hierbas curativas, que inmediatamente adormecieron el agudo dolor, y le ató la mano con las vendas que había traído.

—Te doy las gracias —dijo por fin Antonino— y escucha: si quieres aún hacerme un bien, olvida mi locura... y todo lo que hoy he dicho y hecho. Yo mismo no sé cómo pasé; tú no me habías dado motivo para proceder así...

Lauretta lo interrumpió:

—Soy yo quien debo pedirte perdón... esta herida...

—Ha sido un caso de defensa propia; no hables de perdón. Y ahora me has hecho bien y te doy las gracias. Vete ahora a dormir; aquí tienes tu pañuelo.

Al levantar los ojos hacia el rostro de la muchacha quedó mudo de sorpresa: gruesas lágrimas corrían por sus mejillas y ella nada hacía por contenerlas...

—¡Virgen Santísima! —exclamó él—; ¿estás enferma? Tiembles entera...

—No... no es nada... ya me voy...

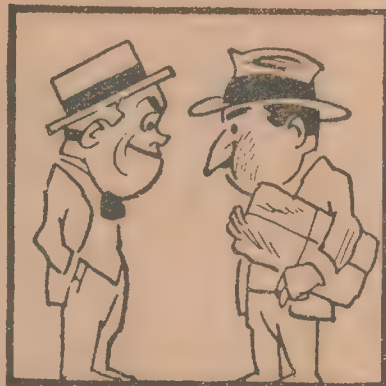
Acercóse a la puerta con paso vacilante, pero el llanto la dominó; apoyó su frente entre la muralla y comenzó a gemir y a sollozar con desesperación. Y cuando él quiso acercarse a ella para consolarla, dióse vuelta y bruscamente le rodeó el cuello con los brazos, estrechándose a él como un moribundo a la vida, y con voz entrecortada dijo:

—No... no puedo soportar que me digas buenas palabras... y que me dejes ir con este remordimiento sobre mi conciencia...

¡Maldiceme! ¡Golpéame! Y si es cierto que me amas... que puedes aún amarme, después de lo que he hecho, tómame y haz de mí lo que quieras, pero no me rechaces así... y nuevos sollozos le interrumpieron.

El la sostenía en sus brazos, sin poder hablar; por fin gritó:

—¿Qué si te amo aún? ¡Santa Madre de Dios! ¡No sientes latir mi corazón como si quisiera escaparse del pecho y volar hacia tí? Y si todo esto que dices es tan só-



—¿Si adivinas lo qué llevo en este paquete, te doy una copa y comes admirablemente?



—No digas más. Una botella del famoso "Hierro Quina Bisleri".



—¿Cómo adivinastes?
—Muy sencillo. Porque no hay nada mejor para abrir el apetito.

lo por lástima, vete pronto... y también yo trataré de olvidar. Pero no imagines que me debes compasión...

—¡No... no! —exclamó ella, con la cabeza sobre su hombro y mirándolo con los ojos húmedos aún.

—¡Te amo! Hace tiempo que no quiero confesarlo y me refugio en

acompañes... no temo a nadie más que a tí...

Deslizóse fuera de la habitación, desapareciendo en la sombra...

El miró largo rato por la ventana hacia el mar, y todas las estrellas le parecían más hermosas y centelleantes.

LOS POEMAS DEL DESEO

TU PALIDEZ

En un pliegue nocturno me oculté; tú pasaste...
¡y fué una estrella nueva tu rara palidez!
Fulgía, entre las sombras para hacerlas más densas,
con un brillo diabólico que me incendió la sién...

Incubo nocherniego... Me encadena, me punza,
me calcina y destruye tu fatal palidez...
Sin embargo es la estrella que acaricio extasiada!
La acaricio...
y la agrando, sin quererlo, tal vez...

Alicia PORRO FREIRE.

mi orgullo... Pero de hoy en adelante seré otra, pues no puedo seguir mirándote con indiferencia cuando pases por mi lado... Y si alguna vez entra la duda a tu corazón, acuérdate que te he abrazado, y Lauretta no abraza sino al que será su marido...

Volvió a abrazarlo y luego se desprendió de sus brazos.

—Hasta mañana, amor mío...
Duerme y cuida tu herida; no me

Los entierros en China.

La gran preocupación de los chinos parece ser el destino que tendrán sus despojos mortales. La

principal obligación de los hijos es la de asegurar a los padres difuntos los honores a los cuales tienen derecho. Las pompas funerarias, por esta razón, tienen allí una importancia excepcional. Hasta los más pobres trabajan y abonan para asegurarse un hermoso féretro. Las demás ceremonias corren por cuenta de los hijos o parientes cercanos. El hijo mayor es el encargado de la importante ceremonia de "fijar el alma", ceremonia que es de carácter mágico.

Delante del altar familiar, se coloca una tablilla conmemorativa que relata los grandes hechos y que hace el elogio de las virtudes del difunto. Por efecto de sus oraciones, y únicamente las del hijo mayor consiguen ese resultado, una de las almas, pues los chinos consideran que cada hombre tiene varias, se fija en esta tablilla, que se vuelve desde entonces el objeto más venerado de la casa.

En los entierros chinos se utilizan los servicios de las "lloronas" de alquiler, costumbre que existió antiguamente en algunos lugares de nuestra América. Los "llorones" o "lloronas", llevan en China, durante la ceremonia funeraria, los objetos que fueron de pertenencia del difunto: la pipa del opio, la taza de té, etc.

Antiguamente, además, todos los objetos personales del difunto, y hasta su mobiliario, eran enterrados con él, pues, lo mismo que los antiguos egipcios, los chinos piensan que la vida terrestre del muerto se prolonga en la tumba. Hoy día están obligados a contentarse con simulacros pequeños objetos o siluetas de papel negro fabricados en cantidad por comerciantes de sombras. En Pekín y en Shangai se encuentran en sus tiendas los objetos más variados: mesa de té, teteras, sillas, camas, baúles, relojes, cochecitos... y hasta sirvientes en traje de trabajo.

Los grandes personajes llevan con ellos una gigantesca muñeca que reproduce los rasgos de su esposa preferida. Así hizo el general Tchang-Tso-Ling, y es el último vestigio de la antigua costumbre que obligaba a la mujer a seguir a su marido en la muerte.

Enterrado, el muerto vive aún no solamente en su tumba, sino en el hogar familiar. Durante tres años conserva su sitio en la "mesa de los antepasados", donde se le sirve, en minúsculos platos, las primicias de la comida.

Es el poder de ese sentimiento familiar lo que ha hecho de la China el más tradicional de todos los países del mundo, y que, en medio de las revoluciones, sea para ella un poderoso elemento de estabilidad.

ANECDOTA

En plena campaña de Italia, estuvo Napoleón varias veces en peligro por motivos verdaderamente insignificantes. Una de ellas nos la cuenta la siguiente anécdota:

Después de perseguir al enemigo en todas direcciones, el general, acompañado de una pequeñísima escolta, se detuvo en un palacio a la orilla del Mincio, con objeto de tomar un baño de pies que le libraba de un fuerte dolor de cabeza que sufría.

Se hallaba cuasi sólo, tomando su baño, cuando un destacamento del ejército contrario llegó hasta la puerta del palacio. El centinela solo tuvo tiempo de cerrarla violentamente gritando:

—¡A las armas!

Napoleón se vió obligado a escapar ligero por una ventana, con un pie calzado y otro descalzo.

A este cómico episodio se debe la formación de la famosa guardia imperial.

Vivió, escribió, amó

La vida de Stendhal

I

La aspiración a durar, ansia de inmortalidad, es tan profunda en nosotros, que aceptamos y proponemos cual la más cabal medida para evaluar el talento o el genio el número de generaciones que atraviesa resplandeciente su recuerdo. Y en aquellos escritores negados por sus contemporáneos nace y se clava en su idea que el mundo progresa, que, al correr de los años, los hombres se nacen más inteligentes y sitúan en un porvenir más claro de pensamiento el triunfo de sus obras.

Así, mirando el caso Stendhal, advirtiéndole que ochenta y tantos años después de su muerte se le considera como a uno de los más grandes escritores franceses, se le puede ya dar por clásico, es decir, clasificado entre los que definitivamente hay que enseñar a admirar, y, por otra parte, recordando que en vida fué, no despreciado, pero mal valorado excepto por Balzac, habrá que dar razón a Henri Beyle, o sea al mismo Stendhal, y reconocer que veía con justeza al pensar que sus lectores vivirían por estos años nuestros.

La adhesión a Stendhal, muy vivaz desde el 80 del siglo pasado, ha cambiado de motivos. Zola y los jóvenes de hoy aman por distintas razones *Rojo y negro* y *La Cartuja de Parma*. Y muchos, muchos lectores de hoy, leen las obras de Stendhal por comunión con Stendhal mismo. Yo he conocido varias personas suficientemente sinceras para confesar que sin los diarios, o memorias, o recuerdos, de Stendhal, nunca hubieran leído sus novelas. Pero el personaje, tan humano, los atraía invenciblemente. La pasión por el autor les llevaba a la defensa de sus libros.

Hoy tampoco vemos a Henri Beyle como le veían sus contemporáneos. Porque hoy nosotros conocemos los bastidores de la comedia, Beyle, en sus páginas íntimas, se nos presenta sin afeites, al natural, como nunca se presentó ni a sus más próximos compañeros. Amigos no tuvo. Quizá este desnudarse ante nosotros, éste habernos escogido, él, hombre de tanto pudor sentimental, para tan delicada operación, prefiriéndonos a los que le rodeaban, quizá nos induce a estarle agradecidos y a intimar con él.

De las líneas que preceden pudiera deducir quien no conociera las páginas autobiográficas de Stendhal que lo que nos ha legado es una apología de sus actos y de su talento. No hay nada de eso. No es un preparado alegato; son hojas escritas al correr de la pluma, al azar de los recuerdos, con un esfuerzo evidente por decir la verdad. Son las dudas, las vacilaciones, no frente a distintas ideas, sino frente a sí mismo. Intenta analizarse, justipreciarse, y duda continuamente en la valoración. Ya sé que, al fin, acaba por pensar que él no es un hombre vulgar; pero no tanto desde el punto de

vista del talento como del carácter.

Hay más que nada en él un ardor apasionado en la busca de la verdad de sí mismo, y en esta investigación no teme referir acontecimientos íntimos de los que, en general, los hombres se avergüenzan, porque dejan en mal lugar lo que se tiene por principal en ellos: su capacidad viril. (Véase la preciosa edición de *Sauvenirs d'égoïsme*, recién publicada por Martineau).

Toda su vida: aspiración a la elegancia, a la libertad, a la gloria; y la vida, contrarrestando todos sus anhelos, no logrando sino hacer trampas para obtener un simulacro. Logrando engañar gracias a su cerebro, a su cálculo: él, hombre de sentimiento y de pasión.

Todo fué contradicción en su existencia. Por eso, al recorrer la historia de su vida, escrita por el tan fino crítico Paul Hazard, *La vida de Stendhal (Nouvelle Revue Française)*, páginas llenas de devoción, en un estilo suavemente irónico, atrayente, capaz de hacer amar a Stendhal por los que aun no le conozcan; páginas documentadas, no se puede uno impedir de pensar con emoción en aquel terrible Henri Beyle que aparecía en los salones con una cara "de carnicero italiano y lanzaba frases feroces".

II

"Es una perversa criatura", decía de él, cuando era niño, su tía Séraphie, y apoyaba su dicho con pruebas: "Estaba en la cuna todavía cuando mordió en un carrillo a una dama que quería darle un beso, y no tenía tres años cuando desde el balcón de la casa dejó caer un cuchillo, que por poco mata a una respetable señora". De esta manera comenzaba a juzgarlo la sociedad por boca de persona tan caracterizada en las buenas ideas: de orden y de religión. Esta tía, hermana de su padre, era aún más agria que éste, y una y otro intentaron siempre someter al niño a las reglas que imponen los sanos principios.

Mas el niño, ¿era en él antipatía por las personas o por los principios? Se rebelaba continuamente. Su corazón se inclinaba con violencia hacia su madre, delicada figura de mujer; su inteligencia prefería la familia materna: el abuelo, el doctor Gagnon, hombre culto, que en peregrinación fué a visitar a Voltaire; su tía Elisabeth novelesca, imbuída de grandes y caballerescas ideas "a la española"; su tío Romain, el Don Juan de Grenoble, villa que vio nacer a nuestro héroe en 1783.

La Revolución fué para él unos grupos de gente del pueblo en los que se destaca una mujer gritando: "¡Y me sublevo! ¡Yo me sublevo!", y una serie de clérigos y hombres antipáticos a quienes escondía su familia, y que se comían lo mejor de la despensa. Su adhe-

Turismo Nacional

Las Sierras de Córdoba

El clima en las Sierras es soberbio en la primavera, delicioso en el verano, ideal en el otoño, agradable en el invierno y siempre saludable.

No tiene Vd. porqué pensar en realizar viajes de placer fuera de su país, teniendo en él múltiples y variadas bellezas panorámicas que podrá visitar y admirar sin sufrir las molestias consiguientes que proporcionan las excursiones por tierras extrañas.

LOS FERROCARRILES DEL ESTADO tienen un servicio de trenes directos y combinados que permiten la realización de viajes rápidos y cómodos a las hermosas e incomparables SIERRAS DE CÓRDOBA.

A lo largo de ellas, y abarcando todas las pintorescas poblaciones que dan animación a sus deliciosos valles, existe un amplio servicio de trenes locales.

Aproveche Vd. las facilidades y comodidades que le ofrecen los **FERROCARRILES DEL ESTADO**, para pasar una temporada de descanso placentero en los lugares y villas que, como:

San Roque, Bialeto Masse, Cosquín,
Valle Hermoso, La Falda, Huerta
Grande, Capilla del Monte,
La Cumbre, Los Cocos,
Los Molles, Cruz Chica, etc.

brindan al forastero un clima agradable, aguas purísimas y la belleza de recónditos lugares que han hecho famosa a la región serrana.

Cualquier época del año, es sencillamente deliciosa en las sierras cordobesas.

En todas las villas serranas existen hoteles y casas de pensión.

Cacería, Deportes Modernos, Excursiones

En todas partes hallarán los turistas grandes facilidades y numerosos elementos de esparcimiento como para aprovechar gustosamente su tiempo.

Subscríbase Vd. a la Revista "RIEL Y FOMENTO" que editan estos ferrocarriles. Publicación mensual. Número suelto 0.20 centavos. Suscripción anual \$ 2.—

Por mayores datos:

Administración General: SAN JOSE 180
BUENOS AIRES

sión a los principios revolucionarios fué inmediata.

Pero la vida en Grenoble, con su familia, le era odiosa, y so pretexto de ingresar en la Escuela Politécnica de París — para motivar este pretexto había estudiado con ahínco las Matemáticas—, marchó a la capital de Francia, a la conquista de la felicidad. "Ser feliz es no sentir el peso de ninguna cadena, es soñar, es hacer lo que se quiere cuando se quiere. Es amar para que os amen. La felicidad es todo lo inmediato y todo lo accesible, y más aún las dulces promesas de que está lleno el porvenir".

Su vida de hombre empieza, Tiene apenas diez y siete años.

La independencia, la libertad, y gracias a ellas caminar hacia la gloria y hacia el amor. Pero, ¡ay!, que esa independencia no es más que relativa: sus recursos económicos le obligan inmediatamente a plegarse, a conformarse. No es rico; tiene que trabajar. Además, la gloria, decididamente, no va a venir a su encuentro. El amor, tampoco. Para conseguir una y otro es preciso frecuentar la sociedad y, en apariencia por lo menos, someterse a ella. La sociedad está representada por sus parientes los Darn, personajes importantes de la corte de Napoleón.

En el camino de la gloria des- empeña cargos en la administración del Ejército. Gracias a ellos conoce Italia, esa Italia a la que amará más que a su propio país. Rodeado de gentes de armas, groseros y cínicos, él, por amor propio, por adquirir las costumbres militares, se hace grosero y cínico... en público. ¡Pero cómo se deshace en tiernos suspiros y en anhelo de puro amor encerrado en su habitación! Sus amores, goces soldadescos aparte, que le han de dejar recuerdo en la sangre, no son más que vanas tentativas. Abandona la gloria militar. La ideología de Destutt de Tracy le enseñará no sólo a conocerse a sí mismo, sino a conocer a los demás hombres y a dominarlos. Por otra parte, Mélanie Guilbert le aportará el amor.

Mélanie va de primera actriz al gran teatro de Marsella, y Henri Beyle la sigue; por seguirla se convence de que su carrera más indicada es el comercio. Entra en un almacén de comestibles al por mayor. Gradualmente se persuade del erróneo camino, y su pasión por Mélanie disminuye.

Vuelta a París, vuelta al Ejército. Campaña de Rusia. En la famosa retirada, gracias a él, se aprovisionarán las tropas. En esta ocasión adquiere alta idea de sí mismo, y se acrecienta su desprecio por los generales. En plena catástrofe, diariamente, se presenta afeitado a sus jefes, y en aquel momento crítico sabe mandar.

De regreso, premio a sus servicios, nuevas campañas. Napoleón, vencido. Entre expedición y expedición militar, Beyle no había olvidado el amor, y una obsesión de Italia se había apoderado de él. En uno de esos intervalos en la vida guerrera se sitúa el logro de un profundo anhelo amoroso. Angela Pietragrua, la divina para él, la humana para muchos otros. Gracias a que ella se da, él la conquista; tan grande es la timidez

del pobre Beyle. Pero es feliz porque ama apasionadamente.

De este modo, Italia, Milán, se aureolan aún más. Y cuando el Imperio cae, decide ir a instalarse en la tierra de predilección.

Es un momento de plenitud. Las campañas militares le han dado confianza en su carácter; las aventuras amorosas le han dado con-

le satisface la relación con una Angela Pietragrua; es necesario algo más elevado: el amor de Matilde Viscontini.

Terrible amor que ella jamás comprendió; que le tuvo anhelante, desesperado, loco, años y años. Terrible amor que le hacía ridículo, impertinente, odioso, a la mujer que adoraba. Terrible amor que le consumía y le llenaba de angustia. Para escapar irá a Francia y a

más o menos plagiados; luego, de su carne viva, dolorida por el desamor de Matilde, ha hecho un libro: *Del amor*. En fin, una novela, *Armancia: son billetes para la lotería de la gloria*, billetes que no son premiados.

En París frecuenta los salones, varios salones, en donde es acogido agradablemente, en donde se ha creado una fama de hombre terrible, mordaz, agresivo, ingenioso, frío, cerebral.

Y esta comedia que representa en público le halaga y le entristece sucesivamente. Se regocija de engañar a la gente, de encubrir sus penas, sus desengaños, su pesar. Representa un papel de cínico y es un pobre sentimental. Aparece seco, distante, indiferente, y es apasionado y tierno.

Hay que vivir. Colabora en periódicos ingleses, sin que nadie lo sepa. Lanza *Rojo y negro*. ¿Cómo este panegírico de la ambición, de la pasión, puede gustar a esos franceses de 1830? ¿Cómo un personaje tan fuerte, tan seguro como Julián Sorel, ha de conquistar a los lectores de su época? ¿Cómo ese estilo, tan potente, tan directo, puede emocionar a los embobados de metáfora y de verbalismo?

Hay que vivir. Sus obras no logran venderse. Sus amigos, que aprecian mucho su ingenio, no dan señales de apreciar tanto sus obras. La gloria no viene. Los recursos económicos escasean. La revolución de 1830 le proporciona un destino de cónsul, primero en Trieste, de donde le echa el Gobierno austriaco; luego en Civita-Vecchia.

Al principio, la situación es soportable. Viaja continuamente, casi se establece en Roma. Pero cuando más tarde le es imprescindible servir su puesto, cuando los achaques de los años aportan flaquezas y la distancia prolongada de París acarrea olvido, Beyle se siente impregnado de una gran melancolía. Se complace en repasar su vida, en hacer examen de conciencia, tan sólo para mejor conocerse, para darse más perfecta cuenta de cómo ha sido.

Un día, al fin, la gloria llega. Balzac publica en París un gran artículo de setenta páginas consagrado a su novela *La Cartuja de Parma*. "Obra maestra, la mejor novela del siglo..." Pero la gloria llega tarde. Beyle se siente enfermo; los médicos no aciertan.

Marcha a París. ¿Es la alegría de volver al mundo? Se siente mejor. ¿Es la alegría de las colaboraciones aceptadas, de los encargos de librerías? Va a ponerse al trabajo.

No puede. Cae en la calle. Le llevan a su hotel. Muere unas horas más tarde, el 23 de marzo de 1842.

Ha muerto. ¿Qué es morir? "Se sufre, se asombra uno de las extrañas sensaciones que se experimentan, y de repente ya no se sufre, el momento ha pasado; se está muerto". Después de ese instante, nada.

Quiso, en su amor por Italia, que en su tumba se le calificara de milanés. No lo hicieron al enterrarle. Más tarde, la fama y la gloria, dándole admiradores y discípulos, se cumplió esta su voluntad. Así figura, y con el epígrafe que indicó: "Vivió, escribió, amó"

Tal fué su vida.

M. NÚÑEZ DE ARENAS

TODA YO

Yo tengo algo del agua: el alma pura;
yo tengo algo del fuego: el pecho ardiente.
Siempre hay llamas azules en mi frente
y en mis ojos hay llanto de ternura.

Yo tengo de las ondas la dulzura;
yo tengo de la hoguera luz fulgente,
toda yo soy un lago transparente;
toda yo soy un fuego que perdura.

Tengo del mar ese salvaje encanto
de revelarme siempre misteriosa
en instantes sombríos o risueños.

Soy una llama azul que me levanto,
sonriendo al infinito temblorosa,
inflamada de amores y de ensueños.

Alcira BONAZZOLA

fianza en su capacidad par gustar; un pequeño peculio le hace olvidarse de la vida económica. La existencia será lo que él quiere que sea. Será el triunfo de su placer, el triunfo del yo: egotismo. La pintura y la música le atraen y le emocionan. Pero, sobre todo, lo más importante: el amor. Ya no

Inglaterra. Poco a poco, el recuerdo perderá agudeza, y al saber la muerte de la amada pensará que sólo él conservará de ella la idea que merecía.

En el perpetuo vaivén que es su vida entre el amor y la gloria, ambos inasequibles, ha lanzado varios volúmenes, los primeros,

APOLOGIA DEL DOLOR

Cuando la vida está en flor, cuando la salud y la felicidad nos embriagan, el pensamiento de la muerte espanta... Pero la soledad, la meditación, la tristeza de la enfermedad y la vejez, nos inclina hacia la tierra pensativos y cansados: nos familiarizamos con la muerte y llegamos a esperarla sin temor. Hay un momento en que se siente la pesadumbre de vivir, una fatiga física, un cansancio espiritual, una sensación de invencible dejadez nos invade, la voluntad se anula, el deseo se evapora, huye el espíritu como una burbuja, y queda sólo el animal enfermo, la carne amiga de la tierra... Antaño, en la noche, cuando escuchaba el golpe acompasado de mi corazón me estremecía al pensar que de pronto pudiera pararse este motor de mi vida...

Hoy ya no siento esos terrores. Cuando la enfermedad se apodera de un órgano, cuando la carne viva empieza a podrirse, cuando el cuerpo empieza a morir a pedazos, no hay mayor consuelo que acostarse, abandonarse, dejarse morir...

En el profundo silencio de la noche se escuchaban sollozos lejanos. Un viejo reloj cantaba la hora con timbre grave; imperturbable, sereno, con su voz sorda, como la voz de un anciano, dejaba caer gota a gota las horas con el tic-tac de su péndulo de cobre. Aquel viejo confidente familiar, aquel compañero de las tristes soledades, seguía su marcha perpetua.

Ricardo LEON

DE ARTE

(Especial para FRAY MOCHO)

Las recientes conferencias de Marinetti — el apóstol del futurismo — en Madrid y Barcelona, no han servido a granjearle afectos; antes bien, han generado un cúmulo de detraiciones, publicadas en rotativos y revistas, como clamoreo unánime de protesta.

Futurismo, vanguardia, cubismo y otros tales términos han sido desacreditados, evanescidos en el fracaso por las mismas producciones de sus teorizantes. El amante de las Bellas Artes — culto y sensitivo — ha llegado a desengañarse de tales señuelas de innovación, convencido de que en el fondo de todo ello no hay sino una serie de efugios habilidosos con que tratan de justificarse quienes carecen de imaginación creadora.

Los elementos básicos del Arte, son ideas de profundidad y valor metafísicos. No podemos destruirlas, ni aún variarlas. De ellas — cual de cantera infinita — derivan esos cánones eternos, inmutables, que rigen así la estructuración como el contenido de lo que en la plena aceptación del vocablo llamamos una obra de arte.

En arte no hay antigüedad ni modernidad: el factor tiempo le es totalmente ajeno. Al referirle los conceptos adjetivos de antiguo o moderno, sólo discriminamos sus modalidades extrínsecas. La Venus de Milo — por ejemplo, producirá eternamente — si eternamente viviera el hombre — esa sublime emoción estética que al decir de Kant nos convierte en sujeto puro de conocimiento. Porque ella es la forma visible de una idea arquetipo — las ideas de Platón — de la Naturaleza. En ella está plasmado lo que podríamos denominar el genio formal de la "especie".

La representación de la Orestíada de Esquilo, al presente, lo mismo que siglos allá en lo futuro, producirá el escalofrío, la agitación, la emoción subyugante de lo trágico en el espectador sensibilizado por la cultura.

Pese a las nuevas complicaciones de la técnica polifónica, una sencilla sonata de Beethoven, nos acongojará bajo la sensación del gran dramatismo en ella vibrante. A opinión de los técnicos de hoy, será sencilla, de poca complejidad en su sonoridad, pero *¡dice tanto...* Es nada menos que el lenguaje del genio, angustiado ante las fatalidades del Cosmos. Es la voz de un alma sedienta de liberación.

Convenimos en que la música se ha enriquecido en cuanto a sonoridad. Pero creemos que el sonido no pasa de ser el vehículo material de que ha de valerse un alto espíritu para sus maravillosas revelaciones, para traernos el divino mensaje de la armonía universal. Esos océanos sonoros que desbordan de la actual polifonía orquestal, nada nos dirán al alma — aunque recreen al oído — hasta que agite sus ondas el huracán de la inspiración y los vientos de los anhelos y las pasiones: es decir, hasta que visiten este planeta esos espíritus superiores que se llamaron Beethoven, Wagner, Listz, Schubert, Chopin...

Cuanto al teatro de vanguardia y a la pintura suprarrealista y post-expresionista, baste por todo comentario el interrogar qué obras han producido dignas del fervor de un alto intelecto. Seguimos anonadados ante las pinturas de Miguel Ángel, Rafael, Tiziano, Rubens, Velázquez, Goya, y otros pintores que no necesitaban de subterfugios para realizar la maravillosa hazaña de asomarnos a un mundo de figuras y paisajes insospechados, a través del plano del lienzo, convertido por la taumaturgica potencia de su arte, en ventanal abierto a la zona suprema donde gravitan misteriosamente, en eterna dinámica, las formas creadas por la fantasía, o acendradas de todo lo efímero, arrebatadas a esa manifestación de la muerte que es el perderse en el olvido.

Fidias y Scopas, lo mismo que Miguel Ángel y Rafael de Sanzio, no necesitaron convencernos de que un caballo al galopar da la sensación de poseer muchas patas que forman un triángulo — teoría dinámica del cubismo —; ni intentaron presentarnos lo consecutivo como simultáneo.

Shakespeare no necesitó presentarnos al hombre en uno sólo de sus planos — como dicen los vanguardistas del teatro — sino al contrario, en la plenitud de deseos, pasiones, inquietudes, voliciones... Hamlet, Coriolano, Bruto, Macbeth... ¿no serán siempre arquetipos del vastísimo poder de individualización?

¿Tienen su equivalente en el teatro de vanguardia?... La Escuela de Atenas, de Rafael y el JUICIO final de Miguel Ángel, ¿hallarán su equivalente en esos cuadros de vanguardia que parecen hechos por niños?

¿Cuánto más noble no sería el reconocerse sin potencia creadora, que renegar de esas normas eternas del Arte, cuyo estadio es infinito, inagotable; normas que son — nada menos — atisbos hechos en lo hondo del mundo, gracias a esos colosos de la intuición que se llamaron: Platón, Kant, Schopenhauer, Hegel, Schlegel etc.

No deja de ser una falacia el abroquelarse

con afirmar que estas nuevas modalidades del arte pretenden hablar solamente al cerebro: la emoción intelectual: como si no existiese por sobre nuestro plano intelectual el superno: el del espíritu: precisamente el elemento inmortal, que sólo se nutre de altas intuiciones, irrazonables, porque la razón es un pequeño juguete frente al cosmos.

Beethoven no extrajo sus melodías del seno del mundo por la razón, sino en un estado irrazonable de espiritualidad, apto para intuir más allá de las apariencias e epifenómenos. Y la razón — el fetiche del intelectual — no puede explicarnos una sinfonía de Brahms, ni el techo de la Capilla Sixtina, ni la Venus de Milo.

El vanguardismo — y sus similares — será el arte predilecto de quienes posean intelectualidad, más o menos capaz, pero no espíritu, ni sensibilidad estética.

Gregorio G. PUIGDEVAL

ACIEGAS...

Pedir en la farmacia un nuevo remedio, recomendado solamente por la propaganda del fabricante, es simple y sencillamente comprar a ciegas. Cómo puede Ud. saber si es eficaz e inofensivo?

De los muchos calmantes de dolores que aparecen, cada uno pretende ser el mejor y no afectar el organismo. Pero, seguramente, todos no son así. Unos son ineficaces; otros alivian, pero deprimen, causan sueño o afectan el corazón.

En este laberinto, el mejor guía es su médico o su propia experiencia. Como Ud, millones de personas han tomado la CAFIASPIRINA durante muchos años y se han convencido de su incuestionable eficacia y falta absoluta de efectos nocivos para el organismo. Las tabletas "Bayer" de CAFIASPIRINA no sólo calman los dolores, sino también levantan las fuerzas y aumentan el bienestar en general.

AL COMPRAR, FIJESE EN LA CRUZ BAYER

A propósito de la interesante conferencia que recientemente pronunciara, visitamos a Monseñor Gustavo de Franceschi, en la Iglesia de San Miguel Arcángel.

Nos recibe con esa su característica sonrisa y saludámonos en nombre de FRAY MOCHO, revista para la que tiene frases de elogio y por cuya suerte se interesa... Y ya, cómodamente sentados, le expresamos:

—Monseñor: Su conferencia sobre "La angustia contemporánea", ha interesado vivamente, y es deber periodístico nuestro entrevistarlo al respecto.

Con un gesto, Monseñor nos invitó al diálogo, que resultó substancioso y brillante por lo que atañe a su palabra.

—¿Hace mucho que se ocupa del tema que ha abordado en estas conferencias?

—Directamente lo estudio hace más de un año; indirectamente en 1918 ya indiqué la incertidumbre del porvenir en una conferencia que sirvió de base a mi librito sobre "La democracia y la iglesia".

—¿Cuál es su idea céntrica sobre este asunto?

—Vea, señor, el gran error de hoy día es considerar que los diversos problemas que se plantean a la sociedad contemporánea nada tienen que ver unos con otros; que se los puede tratar independientemente, que por ejemplo la cuestión filosófica no interesa más que a los filósofos, que la cuestión económica atañe exclusivamente a los banqueros, etc., y que los vínculos entre todos estos asuntos no pasan de una simple coincidencia de tiempo: el haberse producido en la misma época. Más precursor que todos estos hombres fué Poudhon, el precursor del socialismo, al decir que "en toda cuestión social se encierra una cuestión teológica". No hay uno solo de los problemas que hoy día agitan al mundo que no reciban una solución distinta según se los resuelva con criterio materialista o espiritualista. Ahora bien, la historia entera de la civilización demuestra que siempre que los problemas se solucionan con criterio materialista se resuelven mal. No es de extrañar entonces que suceda hoy otro tanto.

—¿La vinculación de los problemas está entonces en el criterio con que se encaran?

Precisamente. Como todos los verdaderos problemas que en el andar de los tiempos se han presentado a la humanidad, finca en los espíritus y no en los cuerpos. Los ciegos no lo ven, ni los que están dominados por los prejuicios. Y sin embargo, lo repito, les bastaría estudiar, no digo teología, ni filosofía, sino sencillamente historia. Los griegos del tiempo de Milcíades son grandes, los del tiempo de Pirro son pequeños; ¿es que se come peor en tiempo de Pirro que en el de Milcíades?; no, es que se piensa y consecuentemente se vive peor. Y cuando digo "consecuentemente" no es porque crea que todo depende del pensamiento en cuanto es instrumento de conocimiento abstrato, sino porque es el verbo del espíritu, y expresa no sólo su actitud propia, sino también de la voluntad.

—¿Por esto ha dado a sus conferencias el giro que hemos visto?

—Sí señor. Por esto debía en primer lugar examinar los elementos de la angustia contemporánea,

remontarme luego a sus causas primeras, e indicar finalmente, sus soluciones. Y éstas descansan antes que todo en un saneamiento de los conceptos.

—Vd. es el primero que ha abordado este tema?

Dame de París pronunciadas en 1925 ha examinado el asunto con criterio más teológico. Tengo puntos de coincidencia, y también de discrepancia, con todos estos hombres cuyas opiniones he citado con lealtad. He procurado ser lo más

LOS QUE HABLAN A FRAY MOCHO

"La angustia contemporánea", por monseñor Gustavo de Franceschi



*Q "Fray Mocho" muy
atte.
Gustavo de Franceschi
20/4/928*

—No señor. Encarándolo bajo otros ángulos lo han examinado diversos escritores. Berdaief, uno de los pensadores esclavos de mayor capacidad, venido al espiritualismo de los campos del socialismo revolucionario, ha escrito sobre la crisis del naturalismo páginas espléndidas, a las que he aludido en mis conferencias. Henri Massis, un ex positivista, que por los caminos de la filosofía intuitivista llegó hasta el catolicismo, ha tratado las relaciones del occidente con el oriente y el valor de las teorías de Spengler y de Keyserling de superior manera en su libro "Defensa de Occidente" Jacques Maritain, otro bergsonista de la primera hora, en dos volúmenes "Antimoderne" y "Trois reformateurs", ha encendido algunos de los orígenes de la angustia de hoy día. El P. San-

son, en sus conferencias de Notre

sintético posible, y si no he explicado mi pensamiento sobre algunos puntos es porque materialmente en tres conferencias de una hora no es posible salir de ciertos límites.

—¿Publicará Vd. sus conferencias?

—Ellas aparecerán dentro de un mes, y en el texto escrito desarrollaré con la amplitud necesaria algunas cuestiones que en la lectura he debido, u omitir, o indicar a penas.

—¿Cree Vd. que existen en el país muchos hombres orientados en el sentido que Vd. indica?

—Muchos más de lo que vulgarmente se cree. Fuera del núcleo ruidoso que se impone a la atención pública por los clásicos procedimientos del autobombo y del bombo mútuo, existe un núcleo, varios mejor dicho, que se consagran

a estudios severos y que forman su criterio en los mejores pensadores occidentales. Por debajo de la multitud más o menos materialista, o cuando menos materializada, se está levantando una nueva generación muy distinta de la anterior.

No la sugestionan ciertas nomenclaturas consagradas entre nosotros; estima Anatole France como literato pero no como pensador, cree que Le Dantec no puede ejercer ya influencia más que sobre los débiles de espíritu, bebe en otras fuentes, y prepara sin ruido un porvenir brillante para la filosofía y la sociología espiritualista en la República Argentina. Podría citar apellidos y mencionarle grupos organizados para el estudio. Confieso que en gran parte he hablado con la esperanza de que vieran sistematizados los pensamientos que en una u otra forma les son familiares. No constituyen mayoría cuantitativa pero son un valor dinámico respetable. No se reclutan en una sola clase ni forman organismo general, pero son una vida que nace.

—¿En síntesis, entonces?

—En síntesis puedo decirle que no considero mis conferencias tan sólo como un discurso casual entre los que me veo obligado a pronunciar. Responden a un pensamiento íntimo y muy anterior al ofrecimiento de la tribuna de la Opera. He hablado sobre este tema porque ello representaba para mí un verdadero deber de conciencia. Dios mediante, he de completar con algunos otros este trabajo. Pienso que en la hora actual el hablar sobre ciertos temas es más que palabra, acción. Y creo en la eficacia de este género de acción.

Nos despedimos. En su franco apretón de manos, Monseñor reafirma su saludo para FRAY MOCHO.

Ya en la calle, las impresiones recojidas en la entrevista y los recuerdos que se asocian nos llevan a pensar que nuestro Monseñor, orador sagrado de casta, sabe descender y cuadrarse en la tribuna en la plaza o en el salón, conservando del orador perfecto, casi ideal, del Maestro Cicerón, cualidades de filósofo, de poeta y de actor...

Cuánta verdad ilumina en esta afirmación del Monseñor: "Pienso que en la hora actual el hablar sobre ciertos temas es más que palabra, acción".

Damián Norberto CORTE

Las manos

Las manos largas fueron un tiempo consideradas como privilegiadas y peculiares de grandes hombres; así llevaron el sobrenombre de Cojimanos o Machocheir, Artajerjes, el conquistador persa, Artemidor, el quirósopo del tiempo de Antonio, Julio César que no admitía a nadie a su servicio sin antes examinarle las manos. Hipócrates el padre de la medicina, Arnaldo de Villanova, el jesuita Kircer, Paracelso y tantos otros cuya enumeración sería interminable.

—¿Saldrás esta noche? — preguntó Matilde secamente.

—Sí — repuso Adolfo Latorre con aire distraído; — debo ir al Círculo; necesitamos elegir nuevo presidente y varios amigos presentarán mi candidatura...

—¿Y luego, dónde vas?

—Al café.

—¿Y después?

—¿Qué sé yo!

La conversación desmayaba. Matilde, despechada y celosa, miró a su amante de hito en hito, queriendo ofenderle, deseando reñir; y Adolfo en virtud de misteriosos magnetismos, sentía la intención agresiva de aquellas miradas. El también experimentaba deseos de disputar, por pasar el rato. Hay momentos en que los amantes antiguos no tienen nada nuevo que decirse, y el mutismo y las miradas interrogadoras del uno, parecen acusaciones dirigidas a la discreción y cariño del otro; entonces conviene hablar para romper el canto siniestro del silencio: en amor hay silencios más ofensivos que una bofetada.

Estaba concluyendo de cenar; la criada acababa de marcharse después de servir el café; la lámpara suspendida en el comedor de la habitación recortaba un círculo luminoso sobre la mesa, con sus botellas de vino a medio vaciar, sus platos sucios y sus copas que los labios mancharon de grasa.

Adolfo y Matilde continuaron hablando, excitándose mutuamente a la pelea, poniendo cada vez más acrimonia y torcida intención en sus palabras: con la diferencia que ella disputaba de buena fe, y él frívolamente por decir algo y no aburrirse.

—¿Por qué — preguntó Matilde, — cuando salgas del círculo no vuelves aquí?

—Porque saldré muy tarde y a esas horas no hay tranvías. Supongo que no querrás traermela a pie...

—Hace dos años venías todas las noches, sin que la distancia, ni el frío, ni la nieve, te importasen un ardite.

—¡Tú lo has dicho! — exclamó Latorre riendo; — ¡hace dos años!

Ella levantó la cabeza bruscamente; sus mejillas palidieron hasta la lividez; en sus ojos grandes y negros chispeaba el rencor. Adolfo Latorre sostuvo impasible aquella mirada, lancinante y fría como un saetazo. De pronto la joven, obedeciendo a un indomable movimiento impulsivo de todos sus nervios, se levantó, derribando su taza de café.

—Según eso — gritó, — creo que debemos concluir.

Estaba erguida, con una mano apoyada sobre la mesa y el ceño adusto, en la actitud de una reina absoluta que da órdenes. Adolfo, molestando por aquella acometividad, repuso friamente:

—Como gustes.

—¿No te importa reñir conmigo.

—Sí — me importa... y hasta lo siento. Pero no olvides que, cuando más, lo siento tanto como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que si tienes valor para despedirme... ¿Cómo han de faltarme bríos para dejarte?

—Acaso no tardes en arrepentirte de haber hablado así.

—¡Oh!, si no retiras tus desdenes, yo... ¡creélo!... no retiro los míos.

Matilde sintió que el dolor y la

REMORDIMIENTO

Por Eduardo Zamacois

ira arrasaban sus ojos en lágrimas y dió media vuelta para marcharse.

—Adiós — dijo.

—Adiós — repuso Latorre; — ¿hasta cuándo?

Ella tuvo un momento de vacilación: luego murmuró:

rrada; Adolfo acercó los labios a la cerradura.

—Me voy... — ¿Quieres que hagamos las paces?...

Ella replicó colérica, dando firmeza a su voz:

—No, hemos concluido. ¡Vete!

—¿Para siempre?

EN EL DESIERTO

Aridez de tu tierra!... Inútilmente
prodigué la simiente a manos llenas,

pues en ella perdióse la simiente!...
¡La sed terrible, sed de las arenas

rojas, sin la esperanza de una fuente;
la sed de los chacales y las hienas;
la sed que en nuestras carnes clava el diente
hasta dejar exhaustas nuestras venas!...

¡Cansancio, sed, asfixia, calentura,
sin la más leve sombra de frescura!
Ni el más tenue rumor la brisa entona...

Y en la desolación de lo Infinito,
—monstruo mitad mujer, mitad leona—
la esfinge de tu alma de granito!

Francisco VILLAESPEA

—Hasta nunca.

Y se fué.

Adolfo permaneció inmóvil, estrujando nerviosamente una servilleta entre sus manos, reconociendo que las palabras de Matilde habían mortificado bastante su amor propio de hombre que se cree muy querido. Después se levantó, salió del comedor y fué al recibimiento en busca de su sombrero. Al pasar por delante del dormitorio de Matilde, oyó llorar a ésta. La puerta de la habitación estaba ce-

—Sí, para siempre... ¡Adiós!...

—¡Tú lo quisiste! — repuso Latorre; — acaso no pueda vivir sin tí, pero, importa; adiós... ¡hasta nunca!...

Después mientras bajaba la escalera encendiendo un cigarrillo con aire tranquilo, pensó:

—¡Bah, cosas de mujeres! Estoy seguro de que mañana viene a buscarme para que almorcemos juntos...

Aquella noche de Agosto la pasó Adolfo Latorre muy alegremen-

LA PAZ

*Ser fuerte: he aquí el gran principio de la paz.
Desde que el mundo es mundo, las leyes del honor no han cambiado.*

Inculcar al niño el sentimiento de su dignidad, de su fuerza, enseñarle a respetar estas dos palabras inseparables: Patria y Familia, he aquí las sólidas bases sobre las que descansará la paz futura.

Los ladrones no atacan a las casas bien guardadas: guardemos la nuestra, porque vale la pena.

Pasteur escribió esta frase sublime y profética: "Creo firmemente que la ciencia y la paz triunfarán de la ignorancia y de la guerra; que los pueblos se reunirán, no para destruir, sino para edificar, y que el porvenir pertenecerá a aquel que haya trabajado más en favor de la humanidad".

Trabajar por la paz es nuestro primer deber.

Y. SARCEY

te; primero en los jardines del Buen Retiro, después en Fornos, cenando con amigos de buen humor. Volvió a su casa a las tres de la madrugada. Entretanto la pobre Matilde, transida de dolor, le había escrito una carta que empezaba diciendo:

"Perdona mis arrebatos; estoy loca, no puedo vivir sin tí..."

Al llegar a su casa Adolfo Latorre se puso en mangas de camisa y salió al balcón: el calor era sofocante; bajo un cielo acribillado de estrellas, Madrid dormía el sueño letárgico de las noches estivales: en el fondo de la calle que avanzaba en zig-zag, algunos faroles parpadeaban, ejerciendo sobre Latorre atracción siniestra. Era inexplicable el hechizo que tenían las piedras del regajo, vistas desde la altura de aquel piso tercero.

Adolfo, algo mareado por los vapores de la cena, permanecía acodado sobre la barandilla del balcón, e inconscientemente iba adelantando el busto más y más... como atraído por un imán diabólico. De pronto perdió el equilibrio y cayó al espacio, haciendo una contorsión trágica. Su cuerpo fué a estrellarse sobre las piedras de al acera con un ruido seco; el sereno y algunos transeúntes que acudieron a socorrerle le hallaron inmóvil, con el cráneo deshecho...

Al día siguiente los periódicos publicaron el sangriento fin de Adolfo Latorre bajo el epígrafe: "El suicidio de anoche". Para el público aquella noticia no tenía importancia y la olvidó pronto; Latorre era uno de tantos desdichados que se suicidan sin decir por qué...

La desesperación, en cambio, en Matilde, no tuvo límites.

—¡Yo le maté!... — pensó.

Un remordimiento sombrío embargó su alma, horrorizada de sí misma renunció al mundo, visitó de luto y gastó su hacienda en obras caritativas.

Pasaron veinte años.

Un día los guardas del cementerio la encontraron muerta, sobre la tumba de Adolfo Latorre, con un ramito de flores en la mano.

A PESAR DE TODO

—Acabo de comprometerme con el señor Ramiro, mamá.

—¿Pero tú sabes los que has hecho, querida? Yo lo rehusé hace veinticinco años.

—Lo sé; él y yo nos hemos reído mucho de eso mismo.

ENTRE "HUMEDOS"

—Yo acostumbro a beber solamente en dos ocasiones.

—¿De veras?

—Sí; cuando llueve y cuando no llueve.

VIDA SOCIAL

En una reunión juegan a prendas.

La señora de la casa, pide un nombre de varón que empiece por Do y acabe en O.

Uno de los asistentes dice Doroteo; otro, Domingo; otro, Donato; y así sucesivamente. Pero ninguno acierta; hasta que por fin se dan por vencidos, y entonces la señora exclama orgullosa:

—¡El nombre de Dionisio!

Curiosidades

La mina más antigua del mundo es la "Stora Kopparberget" de Suecia, de la cual viene extrayéndose sin interrupción, desde hace 800 años.

En la miel hay 70 partes de azúcar, y 30 de cera y de otras materias.

Las mujeres rubias deben evitar las luces azuladas, que dan a su cutis un tono ceniciento.

Los microscopios más poderosos que se conocen pueden aumentar diez mil veces el diámetro de las cosas.

Los japoneses cultivan, una planta que produce una especie de cuero vegetal, tan suave y excelente como la cabritilla.

En el Universo todo está en movimiento: ni un sólo átomo goza de reposo absoluto.

El jugo del plátano contiene tanto tamino, que con él se puede hacer una tinta indeleble y magnífico betún.

La mezcla de la sal y el hielo, es aún más fría que el mismo hielo.

La construcción del templo de Jerusalén duró desde el año 976 al 1016, antes de Jesucristo.

Phaya Thai, un palacio real de Siam, ha sido entregado por el rey a una compañía ferroviaria, que lo convertirá en un hotel para turistas.

El pesado y zumbador abejorro que tropieza torpemente en todas partes, antes de tener alas vive durante tres o cuatro años bajo tierra, comiéndose las raíces de la hierba y del trigo.

El secretario de la Asociación vegetariana de Londres lleva veintiún años sin probar carne de ninguna clase y trabaja catorce horas diarias.

El lago más profundo que se conoce es el Baikal, en Asia, que tiene más de dos mil metros de profundidad.

Los escarabajos pueden entenderse y comunicarse entre sí mediante el ruido que hacen golpeando, aún cuando se encuentren a tres o cuatro metros de distancia uno de otro.

Los científicos proponen, actualmente, el uso de los gases asfixiantes para matar los mosquitos.

Las dos partes del pico de un loro son móviles; la mayoría de los otros pájaros pueden mover solamente una parte.

En las bibliotecas públicas de los Estados Unidos hay 70.770.000 libros.

Un elefante puede recoger del suelo una aguja con la trompa.

Se calcula que todo el gran universo está compuesto por mil a tres mil millones de soles (estrellas), muchos de los cuales deben regir, indudablemente, sistemas planetarios, por lo menos como el nuestro, y en los que existe, acaso, la vida.

Las ranas, tienen, como los camellos, la facultad de almacenar humedad en su cuerpo, por lo cual pueden pasarse sin beber durante espacios de tiempo que ocasionarían la muerte a otros animales.

La invención del papel de algodón se atribuye a los chinos, 181 años antes de Jesucristo.

El campanario de San Marcos, en Venecia, tiene 98 metros de altura.

El número de pelos es, con corta diferencia, el mismo de todas las razas humanas: se cuentan unos 260 por centímetro cuadrado.

Los esquimales enseñan a sus hijos a patinar y bañarse en el agua helada, desde muy pequeños.

La "fragata" o águila del mar, vuela con tal velocidad, que en menos de un día puede trasladarse desde América del Sur al Senegal.

A Toda Edad



Qué hacer para no toser? Tener siempre a mano una caja de Pastillas Iodeína Montagu

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir.

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeína (producto descubierto por Montagu), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

Las pastillas Iodeína Montagu son remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.

Montagu 49, Bd. de Port Royal - Paris

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

YACO

Conferencia de don Ramiro de Maeztu.



El embajador de España, don Ramiro de Maeztu, pronunció en el salón de la Biblioteca del Jockey Club, su anunciada conferencia sobre el Quijote, de Cervantes. Un calificado y numeroso auditorio escuchó la interesante disertación del distinguido diplomático y pensador español, tributándole al final calurosos aplausos. — El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, el conferenciante, don Ramiro de Maeztu, su señora esposa, el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Antonio Sagarna, el presidente del Jockey Club, Dr. Tomás E. de Estrada y otros caballeros después del acto.



HOMENAJE A LA MEMORIA DE ALEJANDRO VOLTA



Con la asistencia del intendente municipal, doctor Horacio Casco, llevóse a cabo la ceremonia de la colocación en la calle Volta, de una placa conmemorativa, donada por la Asociación Argentina de Electrotécnicos, como un homenaje que la ciudad tributa a la memoria del insigne físico italiano. — A la izquierda: los concurrentes al palco oficial, escuchando la ejecución del himno nacional. — A la derecha: momento en que el intendente municipal descubre la placa.

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONÓMICAS



La mesa directiva de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, durante la incorporación del nuevo miembro de la entidad, doctor Nicolás A. Avellaneda.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la incorporación del doctor Avellaneda, quien con tal motivo, pronunció una conferencia sobre el tema: "Caracteres del presupuesto. Corruptelas y malas prácticas entre nosotros, medios para combatirlas, corregirlas y extirparlas."



Demostración al poeta Vicente Bove.

Con motivo de su próximo enlace, el poeta Vicente Bove, fué objeto de una demostración, consistente en un banquete servido en el restaurant Florida, y organizado en su honor por un grupo de compañeros y amigos. Ofreció la demostración el señor Emilio Alberto Noya. Parte de los comensales que asistieron al acto.

Visita del presidente de la República al Centro Gallego



El primer magistrado y su señora esposa, el embajador de España, don Ramiro de Maczta y la suya, el intendente municipal, el jefe de policía, el presidente del Centro, don Laureano Alonso Pérez y otras damas y caballeros, durante la recepción ofrecida al doctor Alvear.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la recepción del presidente de la República, en el Centro Gallego. Durante el acto hicieron uso de la palabra el doctor Alvear, el embajador de España y el presidente de la mencionada institución.

Inauguración de una placa en homenaje a Méjico



El intendente municipal, doctor Horacio Casco, el embajador de Méjico, doctor Alfonso Reyes y otros altos funcionarios, en la ceremonia inaugural de la placa colocada en la calle Méjico, como homenaje a la República del mismo nombre.



Vista general del palco oficial, mientras el concejal señor Angel Giménez pronunciaba su discurso.



En honor de la señorita Beltrán Núñez y del señor Llanes.



El señor Pablo de Román Vago, ofreció una comida en honor de la señorita Rosario Beltrán Núñez y del señor Ricardo M. Llanes, con motivo de la aparición de los libros "Sol de amanecer" y "Felicidad", de que respectivamente son autores. — Vista parcial de los comensales.

Enlace Errig Gorton - Drysdale



Postejando su reciente enlace, los contrayentes señorita Errig Gorton y señor Drysdale fueron obsequiados con una cena organizada en su honor. — Un aspecto de la mesa



Los novios obsequiados

Banquete en honor de los gobernadores de Tucumán y de Santiago del Estero.

♦♦♦
Un crecido número de amigos y correligionarios políticos de los ingenieros José Sortheix y Santiago Maradona, gobernadores electos de las provincias de Tucumán y de Santiago del Estero, respectivamente, concurrieron al banquete que, en honor de los citados futuros mandatarios, se sirvió en el Hotel España. — Un detalle de la becerera de la mesa.



Los señores Sortheix y Maradona rodeados de un grupo de comensales que tomaron parte en la demostración.



Liga Patriótica Argentina.

♦♦♦
El presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, después de iniciar el ciclo anual de conferencias nacionalistas, en el atrio de la iglesia de Belgrano, acto en el cual hizo uso de la palabra el vicepresidente de aquella institución y presidente de la brigada local, vicealmirante Angel J. Elías

Comida ofrecida al señor Enrique de Gandía



En el restaurant "Royal Keller" sirvióse la comida que un grupo de amigos ofreciera al señor Enrique de Gandía, con motivo de ausentarse para Europa. — El obsequiado y algunos de los comensales.

Necrología



Señora Estela Núñez de Alvarez, cuyo reciente deceso ha sido muy lamentado

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Francis X. Bushman (Belgrano), Jacqueline Logan (Mónica) y Guido Trento (Monteros) en "Una nueva y gloriosa nación", producción Ajuria a estrenarse en mayo.



Francis X. Bushman y Anna Q. Nilsson en "Su propia defensa", cinta Jewel que la Universal estrenará hoy.



Renée Adorée, el director King Vidor y John Gilbert, durante la filmación de "El gran desfile", que la Metro Goldwyn-Mayer estrenará el viernes próximo.



Escena de "Cuatro diablos con polleras", extra arte 1928, que el domingo 6 estrenará la Corporación y que tiene por intérpretes a Bárbara Bedford, William Collier y Alberta Vaughn.



Sidney Chaplin en "El eslabón perdido", que la New York Film estrenará esta semana.

LAS PELICULAS

EXTRA ARTE (1928)

SON LAS MEJORES

No deje Vd. de verlas

Estrenos del mes de Mayo:

Cuatro Diablos con Polleras

con BARBARA BEDFORD, WILLIAM COLLIER y ALBERTA VAUGHN, estreno el DOMINGO 6 DE MAYO

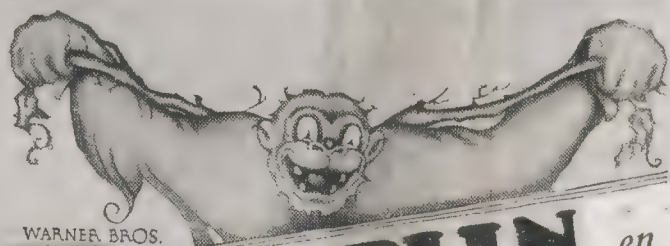
ROSTROS DESTROZADOS

con FRITZIE RIDGEWAY, GENE GOWING BETTY BAKER, estreno el DOMINGO 13 DE MAYO

LA ESPOSA IMAGINARIA

con BETTY BLYTHE, ROBERT AGNEW, LILLIAN RICH, estreno el DOMINGO 20 DE MAYO

CORPORACIÓN ARGENTINO AMERICANA DE FILMS

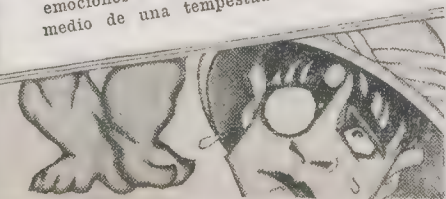


WARNER BROS.

Syd CHAPLIN en EL Eslabón Perdido

El film que le hará experimentar las emociones de una cacería en Africa, en medio de una tempestad de carcajadas.

Véala en los buenos cines.



New York Film Exchange



Escena de "Padre e hijo" producción H. Brenon interpretada por H. B. Warner, Anna Q. Nilsson Alice Joyce, Nil Asther y Carmel Myers, que Artistas Unidos estrenará el 9 del corriente



Janet Gaynon protagonista de la originalísima y bella película "Amanecer", que la Fox estrenará el viernes próximo.



Leila Hyame protagonista, con Monte Blue y Clyde Cook, de "Al primer round", que la General estrenará el viernes 4.

En el MES de MAYO

El acontecimiento cinematográfico del año

UNA NUEVA Y GLORIOSA NACION

Episodio romántico de la Independencia Argentina,
con **Francis X. Bushman, Jacqueline Logan y Paul Ellis.**

Producción **AJURIA**

SOCIEDAD GENERAL CINEMATOGRAFICA

Los premios nacionales y municipales de literatura



Señor Ricardo Güiraldes, autor de "Don Segundo Sombra", primer premio nacional: \$ 30.000.



Señor Jorge Max Rhode, autor de "Las ideas estéticas en la literatura argentina", segundo premio nacional: \$ 20.000.



Señor Alberto Gerchunoff, autor de "Historias y proezas de amor", "El hombre que habló en la Sorbona" y "Pequeñas prosas", tercer premio nacional: \$ 10.000.



Doctor Anibal Ponce, autor de "La vejez de Sarmiento", primer premio municipal (prosa): \$ 5.000



Señor Alvaro Melian Lafinur, autor de "Las nietas de Cleopatra", segundo premio municipal (prosa): \$ 3.000.



Señor Leonidas Barletta, autor de "Royal Circo", tercer premio municipal (prosa): \$ 2.000.



Señor Ezequiel Martínez Estrada, autor de "Argentina", primer premio municipal (verso): \$ 5.000.



Señor Tomás Allende Yragorry, autor de "Transfiguración", segundo premio municipal (verso): \$ 3.000.



Señor Horacio A. Schiavo, autor de "Aventura", tercer premio municipal (verso): \$ 2.000.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO. — Enlaces: Sta. Agueda Jaquinto con el señor Vicente Aiello



Sta. Magdalena Rodríguez con el señor Crisóstomo Heredia



SALADILLO. — Sr. Santos Elizalde, intendente municipal, cuya actuación es muy elogiada.



Señora Sofía Galeano de Elizalde, esposa del intendente municipal



Srta. Odila Maldonado Rivarola



Sta. Estela Maldonado Rivarola



Sra. del doctor Améndola



Sr. Florencio del Campo



LA PLATA. — Placa colocada en la tumba de la señora Julia C. de Espeche, fundadora de la Asociación Pro Filantropía y Cultura.



SAN LUIS. — Miembros que integran el comité infantil "Hipólito Irigoyen", que dirige el señor Guiráldez.



La señorita Matilde Beraja declamando durante un festival organizado por la Sociedad de Beneficencia Israelita.



Concurrentes a la fiesta infantil realizada en casa de la familia de Mollo.



LOMA VERDE. — Puente costado por los vecinos del partido de General Paz, tendido en la vía del Ferrocarril Provincial de Buenos Aires, recientemente inaugurado.



TAPALQUE. — Sr. Ramón García últimamente fallecido.

A GRANDES MALES GRANDES REMEDIOS

Por A. Parsons

Que el holandés estaba mal humorado, era evidente a juzgar por el golpetazo que dió con la tapa del baúl cerrado.

—Tenga eso, gruñó a tiempo que alargaba un traje bien cortado pero muy pasado de moda. No tengo otra cosa. Vea si le sirve".

—¡Magnífico!, exclamó Ricardo Sandling decidido a no poner de peor humor a aquel hombre, y poniendo los pantalones delante llevando la pretina a la cintura añadió: Esto me va a estar como si estuviere hecho a mi medida.

—Arrégleselas como pueda.

—Muchas gracias por todo, replicó Sandling suavemente. ¡Y es bonito este terno!

El holandés sin decir una palabra dió media vuelta y salió de la estancia dejando solo al recién llegado.

—¡Qué tipo más raro! pensó, mientras se despojaba de sus ropas caladas por la lluvia.

¡Qué noche! ¡Qué aguacero! y menos mal que he encontrado donde guárderme.

Se acordó de la luz que le había servido de guía hasta aquella choza aislada entre la selva y del momento en que chorreando agua había llamado a su puerta pidiendo hospitalidad.

De lo que no cabe duda, se decía mientras se desnudaba y colgaba las prendas de una cuerda para que se secasen; es de que mi visita no le ha agradado a ese hombre. No quiere huéspedes—eso se ve claramente:

Cogió la chaqueta que el holandés le había procurado y al examinarla notó que en la espalda tenía un agujero. Era un agujero hecho por una bala de buen calibre, y como el huésped no le había dado camisa ni camiseta, se le vería la carne por aquel ventanillo abierto en la tela.

—¡Bueno! comentó alegremente: El buen soldado nunca mira hacia atrás; pero cuando se dispuso a abrocharse la prenda, sus dedos tropezaron con otro agujero también redondo en el centro del pecho, y su habitual buen humor desapareció como por encanto quedando sombrío y pensativo.

No tenía nada de cobarde. Ricardo Sandling pero el descubrimiento de los agujeros en la chaqueta, que coincidían en directa oposición hizo que su pulso se acelerase más de lo normal. No hacía falta cavilar mucho, ni ser un lince para comprender que alguno había sido atravesado de un balazo cuando llevaba puesta aquella prenda. El tiro tenía que haber sido mortal de necesidad.

—Esta chaqueta tiene mucho de mortaja pensó al volver a ponerla después del examen.

Se peinó con los dedos la revuelta y húmeda cabellera; se secó la cara con el pañuelo pensando siempre en el holandés y en la mala acogida que le había dispensado. Ese hombre se dijo está molesto con mi visita. ¿Por qué?

Diez minutos después, el dueño

—¿Le sienta bien el traje? Preguntó al entrar Ricardo en el círculo de luz que formaba una lámpara suspendida de una viga del techo; y sin aguardar contestación añadió:

—Acerque esa silla y tome asiento. Supongo que no le hará usted ascos y si trago.

Sandling aprobó con un gesto de cabeza. En efecto, necesitaba beber

habitaciones de los blancos, ni tampoco había dado con un carácter misterioso como el de aquel holandés, en toda el Africa Austral.

—¿Quiere agua?

—No, gracias, lo beberé solo, contestó Ricardo.

Bebió de un trago el contenido del vaso y creyó morir.

Aquello era fuego líquido; pero una vez ingerido y pasado el primero y desagradable momento se sintió mejor y con más ánimos.

—Esto conforta, exclamó:

El holandés no bebió nada.

—Dígame usted; ¿para qué ha venido aquí? preguntó de sopetón a Sandling.

—¿Qué por qué he venido?, replicó este último, repitiendo la pregunta sorprendido: Ya se lo he dicho tres veces. Le he contado, cómo salí esta mañana temprano de la cabaña, para seguir la pista de un elefante, con tan mala suerte que no solo perdí la pista, sino a mi guía.

—Bueno, sí, pero ¿cómo me ha encontrado a mí?

—Vi una luz en la distancia, replicó Sandling y a ella me dirigí. Después, ya sabe usted con la frialdad que he sido recibido.

—¿Pero venía usted a buscarme a mí?, preguntó insistente el holandés, recalcando su tono de mal humor.

—¡A buscar a usted! ¿Para qué?

—Pero lo ha hecho.

—¿Yo? Ni por pienso. No tenía la menor idea de que hubiese un blanco a doscientos kilómetros de mi choza.

—Entonces es que se ha perdido usted, ¿no es así?

—Así es, y por lo visto, aún sigo perdido.

—¿Pero usted no sabía que yo vivía aquí?

—De manera que no ha venido a buscarme.

—Ni remotamente.

—¡Qué demonio!, —gritó Sandling, dando un puñetazo en la mesa. ¿No se lo he dicho mil veces? No y no. ¿Para qué le iba a buscar? Pero, vamos a ver: ¿Qué pretende usted saber con esas preguntas? ¿A dónde quiere ir a parar? ¿De qué tiene usted miedo?, —preguntó, pensando otra vez en los dos agujeros de la chaqueta.

—Pues tengo miedo... —confesó el holandés, tengo miedo de que sea usted un agente de la policía.

—¿Cómo?, —exclamó Ricardo, sorprendido mirando fijamente a su huésped? —¿Yo, un agente de la policía? ¿Y por qué se figura semejante cosa?



de la cabaña entraba lentamente, pesadamente, haciendo resonar las pisadas con sus fuertes y herradas botas de campo.

El holandés se sentó a la mesa enfrente de Ricardo en la misma posición que tomara antes de salir.

Una larga y enmarañada barba cubría su pecho hasta la cintura y sus manos cruzadas se apoyaban sobre el tablero de la mesa.

algo y si era cosa fuerte, mejor.

El descubrimiento de los dos agujeros, no solamente le habían impresionado, muy desagradablemente, sino que habían despertado en él una terrible sospecha.

Veinte años de vagar por aquellas selvas y aquellas soledades le habían hecho ver muchas cosas, pero nunca se había encontrado con una casa tan solitaria como aquella, tan fuera, tan separada de

ANECDOTA

Federico el Grande estaba un día asomado a una ventana del Palacio cuando, a sus espaldas, un paje tomó un poco de rapé de una tabaquera que había abierta sobre una mesa. El monarca le dejó hacer, y luego, volviéndose al paje, le preguntó:

—¿Te gusta esa tabaquera?

El otro, confuso, permaneció sin proferir palabra.

—Contesta: ¿te agrada?—insistió el rey?

—Sí, Majestad—contestó el paje, tembloroso.

—Pues, entonces, guárdatela, ya que resulta demasiado pequeña para que la usen dos personas.

El holandés antes de contestar examinó con la vista de arriba abajo al joven y al cabo de unos minutos de silencio explicó:

—Porque sucedió que el último blanco que me visitó era un policía secreto.

—¡Ah, sí!

Sandling empezaba a comprender. Ahora se explicaba el por qué el holandés se había mostrado tan reacto por recibirle y tan frío después, y, ahora, comprendía el sentido de sus persistentes preguntas.

Es necesario averiguar más, se dijo Ricardo.

—Y además, — añadió el otro, llegó aquí en una noche tormentosa como ésta; igual que usted.

Sandling haciendo un gran esfuerzo por ocultar su emoción le preguntó:

—¿Y a qué vino?

—Para detenerme.

—¿Y por qué motivo?

—Por asesinato, — replicó el holandés dibujando una sonrisa satírica que dejaba ver unos dientes largos y amarillos.

—¿Por asesinato?

—Sí. El no me dijo a lo que venía, naturalmente, pero yo lo adiviné antes de que me dijese una palabra. Miró a Sandling, vió la expresión de horror pintada en su rostro y añadió:

—Ya ve usted qué raro; al entrar me pareció que era usted el mismo hombre.

Ricardo se limitó a mover la cabeza en señal de negativa. En aquel momento le hubiera sido imposible hablar.

—Ahora veo que usted no es aquel, dijo sonriendo el holandés. ¡Cómo que lo enterré yo mismo!

—¿Lo enterró usted mismo?

—Sí, después de atravesarle el pecho de un balazo, contestó tranquilamente.

Sandling se quedó con la boca abierta, como quien ve visiones. Durante largo tiempo, a él le parecían horas, permaneció en silencio, sin poder articular una palabra, casi perdida la facultad de pensar, sus ojos seguían los movimientos de las manos de su compañero mientras atacaba la pipa y fijándose en la callosa condición de aquellas extremidades.

Pasado un buen rato, el holandés emprendió de nuevo la conversación en esta forma:

—Pues, sí. Era una noche igualita a ésta y yo le presté el mismísimo traje que tiene usted puesto. Por cierto que dijo lo que usted, que parecía hecho a su medida. Bebió el aguardiente puro, sin agua, exactamente como usted, y después de beber dijo las mismas palabras. "Esto conforta". Ya ve la semejanza que existe entre los dos.

—¿Tenía este traje?, — gritó Sandling.

Su cabeza ardía. Por lo que había dicho, aquel monstruo había asesinado, no a un hombre, a dos; y lo confesaba con toda tranquilidad. Sus dedos fueron a parar al agujero delantero de la chaqueta.

—Eso es, eso es; afirmó el holandés, ahí le dí. Buena puntería y eso que había mala luz.

Ricardo no sabía lo que hacer, ni lo que decir. Para su imaginación ya calenturienta, un pedazo de plomo había penetrado por aquel agujero y le atravesaba el pecho. Aquellas dos aberturas en la tela le abrasaban la piel. Sentía



—¿Es usted el caballero que ayer me dió una bofetada?
—No, señor.
—¿No lo es?
—¡Le digo que no, y basta!
—¿Pues usted quién es?
—Yo soy el caballero que se la dará hoy.

ganas de quitarse aquella prenda y tirársela a la cara a su interlocutor. Todo lo que había pensado era cierto; sus temores tenían sobrado fundamento.

Con imperturbable calma, el asesino siguió diciendo:

—Le enterré aquí cerca, al pie

del gran baobab al otro lado de la pequeña explanada. Quizás se haya usted fijado en él al venir; y eso que con la tormenta se le habrá pasado desapercibido, pero allí está descansando protegido por la barrerita blanca.

Sandling no comprendía bien y

ROMANCE CAMPESINO

Hoy me fuí de nuevo al haza
con el alma a flor de labios;
tanto verde me cercaba,
que traigo el pecho colmado
de perfume y agua clara...
Instantes como éstos, gratos,
ha tiempo el alma buscaba
pordiosera, andando... andando...
Mas hoy — ¡oh, bendición santa! —
ante mis ojos pasmados,
natura sorbióme el alma
y hallé el placer por ensalmo...

Hoy me fuí de nuevo al haza
con el alma a flor de labios...
Y ante el fruto de las bayas
junto a las aguas del caño;
al aspirar la fragancia
que viene del huerto arado;
o al sentir que a mis espaldas
vuelan bandadas de pájaros...
toda una dicha en mí vaga,
transfundiéndose en un canto,
que sólo escuchan las almas
que alguna vez han llorado...

José Mauricio PEIXOTO.

menos esta última frase.

—¡La barrerita blanca?, repitió. ¿Qué barrera es esa?

No había barrera por allí cerca, lo sabía, pues mientras aguardaba a que le abrieran la puerta había dado la vuelta a la casucha y examinado sus cercanos alrededores.

—¿Qué barrera? preguntó por tercera vez ya confundido y abrumado de terror.

El holandés quitó la pipa de la boca y preguntó a su vez.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Digo que, ¿qué barrera es esa?, repitió levantando la voz y mirando asustado a su alrededor como un animal que ha caído en una trampa. Fué a hablar, pero se arrepintió y permaneció en silencio.

—¿Qué?, exclamó el holandés burlonamente. ¿Qué le pasa?

Después se levantó lentamente de su asiento; se tocó la cabeza despiadadamente y con aire de gran misterio añadió, agitando un calloso dedo bajo la nariz de Ricardo:

—Le voy a decir una cosa; esa barrera es una cosa muy rara; unas veces se ve y otras es invisible. A mí también me tiene preocupado y soltó una bárbara carcajada burlona, cruel.

Sandling hizo un esfuerzo por sobreponerse y también se rió, imitando una explosión de hilaridad.

No sabía qué había de gracioso en aquello para reírse, pero se le ocurrió que así lo debía hacer. La cosa no tenía maldita la gracia. La locura en las soledades africanas no es rara entre los blancos y Ricardo creyó que el holandés estaba completamente trastornado. Era una víctima de la soledad: el fantasma de las selvas africanas que persigue a los blancos que allí pasan años y años había acabado por apoderarse de aquel hombre a quien había transformado en monstruo o en demente.

La risa desapareció y un silencio sepulcral invadió la estancia.

—¡Pobre desgraciado!, pensó el joven mientras contemplaba el incesante movimiento de los dedos de su huésped. Aquella historia de los dos asesinatos quizás fuese falsa; una observación de la mente trastornada del holandés. ¿Cómo no caería antes en ello? Ahora lo veía claro como la luz del día. Aquel continuo agitar los dedos; aquel constante balanceo de la cabeza; aquellos ojos; aquella mirada, todo denotaba al loco; pensaba mientras este buscaba algo en un gran bolsillo del pantalón, pero quedó mudo de terror, cuando vió que el otro sacó un tremendo revólver de cinco tiros.

—Pues, verá usted, dijo siguiendo la narración que se había cortado al hablar de la barrera pintada de blanco. Allí fué donde le caí. Yo tiro muy bien; tengo una gran puntería y soy muy seguro. Donde pongo el ojo, ¡zás! allá va la bala.

Todo esto lo dijo con una frialdad, con una calma incomprensible.

Sandling aterrorizado, con los pelos de punta, no sabía lo que hacer. El movimiento había sido tan rápido, tan inesperado, que pálido, lívido de espanto quedó como petrificado con los ojos fijos en el revólver amenazador.

Entonces, cuando ya era tarde, se dió cuenta de que había caído en una trampa sin salida. Y aquellos agujeros de la chaqueta le es-

taban diciendo el fin que le aguardaba. La verdad, la realidad las vió claramente. Iba a ser miserablemente, indefensamente asesinado. Lo que tenía delante no era un demente inofensivo, un idiota de la selva, sino un peligrosísimo maniático homicida.

Y estaba armado.

El holandés, con deleite, relamiéndose de gusto, como vulgarmente se dice, añadió:

—Mire usted; tñ, tñ; bien: que si quiero meto otra bala por esos mismos agujeros.

Sandling temblaba y no apartaba los ojos de la boca del cañón del revólver que le apuntaba. Una ligera presión del dedo en el gatillo y estaba hecho.

Sabía que el mejor movimiento, la más mínima señal de terror, le enviaría a descansar al pie del gran baobab. Hizo un esfuerzo sobrehumano para poder hablar y mirando fijamente al holandés, exclamó:

—¡Ya lo creo que podría usted! Y también podría darme otro trago, pues tengo mucha sed, y haciendo como que no hacía caso del arma que le apuntaba, alargó el brazo y cogió el vaso de peltre que estaba sobre la mesa, diciendo:

—¡Venga otro trago!

El holandés bajó el arma y alargó el frasco de aguardiente al joven, diciendo:

—Sírvese a su gusto, y al mismo tiempo empujó su silla hacia atrás separándola cosa de un metro de la mesa.

Sandling trataba de ocultar el terror que de él se había apoderado y sonreía. Aquel movimiento del holandés dificultaba su plan de ir a hacerse con un rifle. Por muy loco que estuviera aquel hombre, era bastante astuto para darse cuenta de aquella situación y al separarse de la mesa sabía que se ponía fuera de un inesperado ataque de Sandling.

Este se daba perfecta cuenta de cómo los otros dos visitantes habían sido asesinados y no pensaba sino en el modo de escapar del holandés. De todas maneras le era indispensable apoderarse de su fusil.

Una vez en posesión de él, podría dominar al loco asesino; pero, ¿cómo hacer para ir a la pequeña alcoba donde se había mudado de ropa y donde había dejado su arma?

Rompiendo el silencio el holandés exclamó:

—No me gustan las visitas. Los que vienen aquí lo hacen para espiar. Llevo viviendo aquí muchos años y nadie sabe donde estoy, ni nadie lo sabrá, porque el que aquí llega...

Sandling creyó que había llegado su última hora.

Bien se daba cuenta de por qué nadie sabía el paradero de aquel hombre. El que le descubría iba a parar al pie del baobab. El secreto quedaba enterrado con el descubridor. Aquel individuo era un malhechor escondido en medio de la selva y como una araña aguardaba en el centro de su tela a que algún incauto tropezara con ella para exterminarle.

Afuera, seguía la tormenta con furia. El viento soplaba con fuerza y sacudía la puerta y las ventanas de la casucha con furia, se filtraba por las rendijas y hacía columpiarse la colgada lámpara. La lluvia caía a torrentes y los truenos y relámpagos se sucedían con cortos intervalos.

“¡Mi rifle, mi rifle!” pensaba. Necesito hacerme con él. ¿Y cómo?

Buscó alguna excusa para poder dejar aquel sitio y llegar a la alcoba, algo que fuese lógico y después de mucho pensarlo dijo al viejo.

—Bueno; si no dispone usted otra cosa, me acostaría con gusto, tengo mucho sueño; estoy rendido; he pasado un día muy agitado y ya no puedo más.

Después de estas palabras siguió un largo silencio.

Ricardo había querido levantarse y meterse en la alcoba, pero el revólver del holandés, siempre apuntándole al pecho le tenía clavado en la silla.

¿En qué pensaba el asesino? ¿Qué diría? ¿Qué determinación tomaría?

Sandling alargó la mano cogió el vaso de metal, apuró su conte-

nido y haciendo un esfuerzo sobrehumano se puso de pie.

El holandés hizo lo propio y durante unos segundos permanecieron uno en frente de otro mirándose fijamente.

—Bueno; como usted quiera; acuéstese si gusta, dijo, y descolgando la lámpara que oscilaba sobre sus cabezas, se la alargó a su huésped con inesperada cortesía diciéndole:

—Llévesela usted; puede hacerle falta. Yo me pasaré muy bien sin ella. ¡Vaya buenas noches!

—¡Buenas Noches!, contento Ricardo sorprendido por la fácil solución, que se daba a aquella situación.

Tomó la lámpara que le ofrecían y andando hacia atrás, sin apartar los ojos del amenazador revólver, llegó a la puerta que era la estera y en un momento se encontró dentro de la alcoba.

Dió un profundo suspiro de sa-

EL “COMPLIT”

Cuando yo apenas tenía doce años resolvieron mis padres que debería casarme con Berta Martedot, y yo acogí esa designación con indiferencia. ¡Estaba aún tan lejos para mí la época en que tendría que contraer matrimonio!

Pasaron muchos años, acabé mi carrera e hice mis servicios militares, sin que me volviese a acordar de tal compromiso. Hasta que una mañana — dos años después de morir mis padres — recibí una misiva del señor Martedot, en la que, a más de recordarme el compromiso contraído, me estimulaba a cumplirlo lo más rápidamente posible.

¿Qué hubieran hecho ustedes en lugar mío? Pues sencillamente; hacer lo que yo hice, o sea trasladarme a la capital de provincia en que vivía mi futura esposa.

—Tal vez sea bonita — pensé. Y si al fin y al cabo he de acabar casándome, más vale que sea con esta que tiene una buena dote.

El señor Martedot me estaba aguardando en la estación, y apenas me vió vino hacia mí y me llamó “hijo mío”.

Era hombre de aspecto severo, que encuadraba su rostro bajo una barba gris. Sus primeras palabras fueron:

—Me agrada que seas hombre de palabra. Berta y tú estáis prometidos hace mucho tiempo y no hay necesidad de prolongar más esta situación. He determinado, por consiguiente, que os caséis dentro de quince días.

Estas palabras me hicieron estremecer; pero cuando verdaderamente me estremecí fué al presentarme a la que dentro de poco había de ser mi esposa. Era de una fealdad tan horrible que pronto me di cuenta de que no sería capaz de casarme con Berta.

Me quedé a comer en su casa y dicha comida — en la que tuve que corresponder a las atenciones que los Martedot tuvieron conmigo — fué para mí un suplicio espantoso. Pero tan es-

pantoso como el esfuerzo que tuve que realizar al llegar a los postres, cuando el cabeza de familia, levantando su copa, gritó:

—¡Brindo por vuestra eterna felicidad! ¡Abrazaos!

Al retirarme a mis habitaciones comencé a dar vueltas a mi cabeza buscando un medio que me permitiese salir honorablemente del compromiso en que me había metido. Y, aparte del suicidio, no se me ocurrió más que una, que puse en práctica inmediatamente.

Y fué que a media noche comencé a pedir socorro a grandes voces, fingiendo las convulsiones de un ataque nervioso y echando por la boca gran cantidad de espuma, proveniente de un trozo de jabón que tuve el cuidado de meter en mi boca.

—¡Que venga un médico! — grité.

Y cuando apenas éste estuvo junto a la cabecera de mi lecho le expliqué:

—Perdone usted, doctor, pero... todo esto no es más que una comedia. He venido con intención de casarme con la señorita Martedot, a quien no conocía personalmente. Y no me siento tan héroe como para hacerlo. Le ruego a usted haga creer al padre que estoy muy enfermo y de este modo me habrá salvado el compromiso. Yo sabré recompensarle.

El médico recapacitó algo, pero, al fin, me contestó:

—Bien; no tengo inconveniente.

Y saliendo de mi aposento declaró al padre de mi prometida:

—Este muchacho es un epiléptico incurable.

—Entonces... ¿cree usted que no debo casarlo con mi hija?

—¡De ningún modo!

Dos horas después salía de aquella casa completamente libre de mi compromiso.

Bien es verdad que como el médico tenía una hija muy linda, tuve que casarme con ella en señal de agradecimiento.

Roger REGIS



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas.

COMPANHIA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401

O. T. 1387 y 2524, Central

tisfacción y con ansia se apoderó de su fusil.

Ahora, se dijo, esto es otra cosa. Gracias a Dios que tengo esto en mis manos, ya puedo defenderme.

Cerró la puerta por dentro y empezó a despojarse de aquel traje que le horrorizaba y volverse a poner sus ropas húmedas, para después de una carrera abandonar la casucha maldita. Por nada del mundo pasaría allí la noche. Eso de ninguna manera. Allí podría salvarse; dentro era seguro que lo asesinaría aquella fiera, mientras dormía; y si al salir, el holandés quería interceptarle el paso, entonces peor para él y se preparó a cargar el arma.

Sandling quedó paralizado de horror. Habían quitado los cartuchos del depósito.

¿Cómo había sido aquello? Se contaba que tenía cinco cápsulas y habían desaparecido. Dominado por el pánico se registraba febrilmente los bolsillos, metía el dedo en el ánima del arma, en el cargador... Nada, ni un tiro. El abatimiento, la desesperación empezaron a apoderarse de él. El holandés le tenía cogido.

De que manera se había servido para robarle los cartuchos, no podía explicárselo, pero el hecho era cierto. Estaba indefenso y caería a los balazos del monstruo como los otros dos que le habían precedido.

Un repentino deseo de saber lo que ocurría en el otro cuarto, le invadió y acercándose a la puerta separó algunas fibras de la estera y miró por la abertura.

El holandés permanecía sentado y en la misma posición en que le dejara, revólver en mano mirando fijamente a la puerta. No se había movido, al parecer, y Sandling iba a retirarse de su puesto de observación, cuando notó en la pared de enfrente unos puntos luminosos. Aquello le hizo pensar. La luz que los producía era su misma lámpara y aquellos agujeros en la pared estaban hechos a propósito pa-

ra poder ver por ellos lo que en el cuarto pasaba y eran lo suficientemente grandes para que por ellos entrara el cañón de un revólver o de una carabina.

Todo lo comprendió en un momento. Veía lo que iba a hacer el loco asesino.

Con rapidez, para no perder un momento, recogió el resto de su ropa y dejándola al alcance de la mano apagó la luz.

La lámpara chisporroteó un segundo y al mismo tiempo oyó el ruido de una persona que se mueve.

Aquello le hizo obrar más rápidamente. Sentía un temor que le causaba náuseas. Precipitadamente acabó de vestirse, es decir, de mudarse de ropa. El sudor corría por su rostro; sudor frío producido por el pánico.

¿Le estaría viendo el holandés por alguno de aquellos agujeros? ¿Podría ver con bastante claridad para apuntar y dispararle un tiro?

Sandling se dio cuenta entonces lo que significaba aquella frase que había pronunciado el otro al decir: "Buena puntería y eso que había mala luz".

El corazón le latía con fuerza. A cada momento esperaba ver aparecer la boca del cañón del revólver por uno de aquellos agujeros. Detrás de cada rendija, de cada agujero su imaginación adivinaba el ojo asesino.

Ya se encontraba vestido. Tiró a un rincón el traje mortaja.

Sin saber lo que hacer se dirigió a la puerta y miró por la abertura que había hecho en la estera, y con angustia observó el cuarto.

El holandés, había desaparecido. No supo qué pensar. ¿A qué obedecía aquello?

¿Había cambiado de plan el monstruo! La casucha solo tenía dos habitaciones y no estaba en ninguna de ellas. ¿En dónde estaba entonces? ¿A dónde había ido?

Examinó con atención el cuartucho y de nuevo se puso en su puesto de observación.

Había un pequeño rincón a un lado del tabique de separación, cerca de la puerta de paja y allí debía estar el holandés, esperando a que saliese de la habitación para acabar con él, si no podía hacerlo desde los agujeros, frente a los cuales quedaba el camastro. No era cosa de acostarse en él. Había que jugarse el todo por el todo. A grandes males grandes remedios.

Sandling comprendió que tenía que hacer de tripas corazón. El sudor le cubría el cuerpo. El terror iba a dominarle si no tomaba pronto una decisión.

A cada momento esperaba ver el fogonazo del disparo y sentir la bala penetrando en su cuerpo.

El tamaño de los agujeros de la maldita chaqueta, indicaba el grueso calibre del proyectil. Se sentía malo. ¿Iría a perder el sentido? ¿Iba a permanecer allí muerto a tiros como un perro?

—No, no puede ser; no me debo dejar matar tan ignorantemente. ¡Animo y sea lo que Dios quiera! y al darse ánimos a sí mismo empuñó el rifle pensando: Lo utilizaré como una porra y si puedo valerme de él antes de que dispare, de un culatazo le alzo el cráneo. No hay más remedio; tengo que atacar antes de que él me ataque.

Despacio, con nuevo cuidado, sin hacer el menor ruido, abrió la puerta de la estera. En la otra habitación reinaba el más profundo silencio. El cuarto parecía estar vacío.

Enarbolando el fusil con las dos manos dió un paso y escuchó... nada. Otro paso, igual silencio.

En la habitación no había nadie. Entonces se acercó a la puerta exterior. Había que salir por allí;

por allí podía encontrar la libertad... pero también la muerte.

Ya no podía retroceder; echó mano al pestillo y creyó sentir la respiración de un hombre en su rostro. Abrió la puerta, salió, el

LA FLOR

Al higo de la higuera un picotero
le comió el corazón;
y ahora, sin querer, el higo negro
se parece a una flor.

En la higuera me haré, después de muerto,
un higo blanco, amor;
y tú serás curruca o benteveo
o calandria o pinzón.

Y ha de llegar el día que en el huerto
me verás bajo el sol,
y picarás y picarás mi pecho,
hasta hacerme una flor.

José PEDRONI

GENEROSIDAD

Como el déspota con cuya caída sucumbe el orden que él impone, la ficticia opulencia de su marido murió con éste.

Por lo cual la viuda Zeta, disimulando su ruina bajo una enlutada austeridad, tal una emperatriz proscripta, escuchaba al obispo, su confesor y amigo, que la visitaba para decirla:

—Nuestro ilustre amigo el general Jota, me ha pedido consejo sobre su necesidad de nuevo matrimonio con una mujer apta para regir su casa, donde, como sabéis, suelen decidirse los destinos sociales, políticos y financieros de nuestro país. Así, considerando cualidades, su preferencia vacila entre vuestras hijas... Ahora bien: como mi consejo va a decidirlo, ¿podrías decirme, en caso de que consintierais, sobre cuál de ellas querríais ver fijada su oscilante voluntad?

Entre el tumulto de su ambición sublevada, la viuda Zeta recordaba esta confidencia que le hiciera, moribunda, la esposa del general:

—"Cuando nos casamos, ya él frisaba en los cincuenticinco. Aniquilado y depravado por su larga vida de soltero libertino, quiso envilecerme; y, tomando mi indignación por hipocresía, me odió... Mi dispepsia, primero, mi neurastenia luego, y, ahora esta tuberculosis de la cual agonizo, no han sido sino los disgustos, las humillaciones y los ultrajes íntimos que, para asesinarne, me ha inferido durante un año".

Por esto, la viuda Zeta, exaltada como una emperatriz proscripta ante la inminencia de su restauración, contestó así:

—Monseñor, mi hijastra sólo me tiene a mí en el mundo: si yo muriera quedaría desamparada, sin ningún apoyo moral ni material; mientras que blanca, mi hija, tiene a toda mi familia que la adora: su dote misma ha sido salvada de nuestro naufragio financiero... Mi conciencia, pues, no vacila en indicar que sea Carmen con quien se case el general Jota.

—Así se hará; pero es preciso que se conozca vuestra generosidad, para ejemplarizar — exclamó el obispo al despedirse.

Tal es el origen de esta frase proverbial:

—Tan generosa como la viuda Zeta.

R. PEREZ ALFONSECA

viento la cerró con tremendo ímpetu dando un ruidoso portazo, oyó un grito, huyó y a sus oídos llegó el ruido de una carcajada, pero ya estaba a varios metros de la casucha infernal, envuelto en la lluvia, corriendo como un poseído.

No veía por donde iba; la obscuridad era completa, pero no importaba; la cuestión era huir, meterse en la selva, poner distancia entre él y el monstruo; le pareció oír ruido de alguien que le perseguía. Cegado por la lluvia, sin alientos por la carrera, se detuvo un momento para respirar. Vió un fogonazo, sintió una detonación y apretó a correr gritando: "¡Erraste el tiro, asesino!"!; grito que se perdió en la selva.

—¿Se ha escapado el blanco?, preguntó al holandés, un enorme negrazo que apareció, no se sabe de dónde.

—Ah, ¿eres tú, Matamula? Has oído el disparo?

—Sí, ¿pero se ha escapado el blanco?, volvió a preguntar entrando en la cabaña y mirando en todas partes.

—Sí, contestó gravemente el holandés. Se ha escapado. Dí a esos, que recorran los alrededores; que le den caza; que lo traigan vivo o muerto, porque volver ese, no vuelve por su gusto.

—¿Cómo no le mataste, mi amo?

—No sé, por tonterías; perdí el tiempo. Debía haberlo hecho. En cuanto se aproxime una rata hay que matarla, si no descubren la despensa y se lo comen todo.

—Pues, yo, descargué el rifle y quité los cartuchos.

—¿Y metiste mucho ruido?, no sé cómo no te oyó; para otra vez pon más cuidado.

El holandés sacó un gran cuaderno y empezó a hacer anotaciones y sumas.

Miró al negro y exclamó con satisfacción:

—¡Oye, este mes pasado ha sido magnífico, el mejor de todos! Más de cuarenta y tres onzas de oro en polvo y pepitas.

—Muy bueno, mi blanco, dijo el negro mientras preparaba algo que comer. Pues hay mucho más en el arroyo. Allí hay mucho, mucho oro.

—Pues hay que alejar a las ratas de estos sitios.

En cuanto aparezca una... ¡zás!

—Oye, Matamula, mañana mismo arreglar la barrera del baobab, y sobre todo lava bien y prepara el traje ese para el primero que venga por aquí. Que no se te olvide.

EN LA BARBERIA

El cliente (enfadado).—¡Me ha cortado usted!

El oficial.—No, señor; ha sido un poquito nada más.

El cliente.—¡Caray! ¡Pues si le parece a usted poco, córteme la cabeza y cuélguela en la percha!!

VERDAD CIENTIFICA

—Diga usted, doctor; ¿es verdad que las mujeres viven más que los hombres?

—Sí; sobre todo las viudas.

ADIVINANZA

—¿En qué se parece un hombre a un aeroplano?

—En que el hombre sesos tiene en la cabeza, y el aeroplano se-sos tiene en el aire.

Abriendo las rutas de Oriente

Cómo llevó a cabo Vasco de Gama su expedición a la India

¡Colón se había equivocado!

Es verdad que había encontrado un nuevo mundo, pero no había traído jengibre, ni clavo, ni nuez, moscada, ni canela. Los naturales, con sus cuerpos de cobre desnudos, pintados con fantásticos colores, no prometían un mercado muy rico.

"Después de todo nuestro Rey Juan tenía razón", murmuraron los ricos comerciantes de Lisboa que vieron con inquietud que Colón realizase su aventura patrocinado por los reyes de España.

El activo y joven Rey Manuel no esperó más. Planeó una expedición comercial a lo largo de la ruta marcada por Bartolomé Díaz, designando como comandante a un hombre joven, arriesgado, Vasco de Gama de nombre.

El primer portugués de la expedición de Vasco de Gama que pisó el suelo de la India, resumió el propósito de su Rey y, sin intentarlo, formuló uno de los más grandiosos lemas de la historia marítima. "¡El diablo te lleve! ¿Qué te ha traído aquí?", exclamó un indígena. "Los cristianos y las especies", respondió el portugués.

El almirante portugués y trece hombres de su tripulación que llevaban pendientes y otros adornos, se dirigieron a Calicut rodeados de hombres hasta entrar en los bellos jardines de un palacio donde las fuentes murmuraban entre los árboles. Llegaron hasta una especie de anfiteatro donde les sorprendió ver telas brillantes como el arco iris y gemas preciosas.

El Zamorín estaba echado sobre un diván de terciopelo verde. Con la mano izquierda sostenía una escupidera de oro macizo.

Los visitantes portugueses que habían aprendido durante las primeras horas de la mañana el saludo real, lo hicieron de una forma ostentosa.

Esclavos silenciosos trajeron agua para los sedientos viajeros a los que habían instruido de que no era limpio tocar el borde de las vasijas con la boca. Pasaron los pajes plátanos y melones. Mientras tanto, los portugueses no podían apartar la vista del Zamorín. Este era pequeño, de tez oscura, metido en una túnica blanca. Al lado de la túnica llevaba bellos anillos de oro con rubíes de gran tamaño. En uno de los brazos, más arriba del codo, llevaba tres brazaletes con piedras preciosas. Alrededor del cuello llevaba un collar de perlas tan grandes como nueces. Era doble, una de las vueltas le llegaba a la cintura. Vasco de Gama se dio inmediatamente cuenta de que no era la ostentación de un pueblo bárbaro; aquel lujo era la evidencia de un comercio floreciente con Persia, Arabia y las costas africanas.

EL ZAMORIN RECHAZA LOS REGALOS

El Zamorín preguntó de una forma bastante seca, que era lo que quería Vasco de Gama. Este pidió una audiencia privada. El Zamorín y el comandante portugués se retiraron a una cámara pequeña, pe-

ro no menos lujosa y el monarca se echó sobre otro diván cubierto con telas doradas. Gama extendió una carta al Zamorín.

Llegó el momento de ofrecer los inevitables regalos. Gama había reunido todo lo mejor que poseía. Cuatro gorras encarnadas, seis sombreros, cuatro sargas de coral, una caja con azúcar, dos barriles

la fuerza y buenas intenciones de su monarca y el Zamorín puso su firma en la carta. Pidió el Zamorín su pluma de hierro y escribió en una hoja de palma la siguiente carta al Rey de Portugal:

"Vasco de Gama, un caballero de tu Corte, ha llegado a mi país, de lo que me congratulo. Mi país es rico en jengibre, canela, pimienta y piedras preciosas. Lo que pido, en cambio, es oro, plata, corales y tela escarlata".

Probablemente ningún otro explorador consiguió en tan poco tiempo tanto para él y para su país. Después de su segunda expedición toda la juventud quería irse en las caravelas que salían para la India.

LA NIHILISTA

Tenía la faz de posesa,
el ojo inyectado de un odio asesino.
De todo dolor fué profesa,
y hermana del can del camino.

Los hombres por malos odiaba,
veía el Caín sin que viese el Abel,
no supo que un hombre Francisco de Asís se llamaba,
ni que hubo una reina cual Santa Isabel.

Inútiles manos que nunca vendaron la herida,
ni el gesto trazaron en cruz de las siembras sagradas;
crispadas blandieron la daga homicida
o bien aventaron las hojas de ideas airadas.

¡Euménide esclava!, su antorcha prendida
incendios produjo queriendo alumbrar;
de "días de ira" formóse su vida,
¡las cárceles fueron su hogar!

Su verbo fué llama
de lívidas cóleras y ciego rencor,
su voz en la ardiente soflama
gritó al exactor.

Los campos del trigo sembró de cizañas,
dió pasto a chacales en vez de a corderos
y vió como en ella cebábanse todas las sañas
y como mordían su carne los dientes más fieros.

Pudiendo ser bella cual son las "piedades"
lo fué como el ángel del mal.
Dolor concibiendo dió a luz sus maldades.
Por Kempis leyó "El Capital".

Cruzó por la vida sembrando amarguras
la paría profesa de todo dolor;
al ázimo pan de su alma faltó levaduras
de amor...

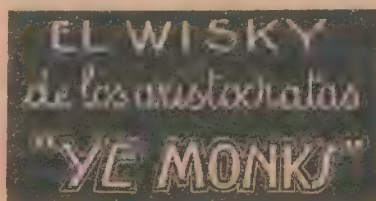
Antonio MARTIN MAYOR.

de aceite y uno de miel. El Zamorín no se impresionó. Preguntó que esperaban encontrarse allí: ¿piedras u hombres? El más pobre comerciante de la Meca traía mejores ofrendas. Dijo que el Rey de Portugal no debía tener educación ni conocer la cortesía al mandarle aquello. Gama afirmó que aquellos regalos no eran de su Rey, sino suyos.

Gama le dijo que el barco y los regalos que traía para él, se habían ido a pique en una tormenta. Fué un buen embajador. Si sus credenciales y regalos no eran muy buenos, supo persuadir al Zamorín de

LA PARTIDA DE LA EXPEDICION

Una multitud excitada, muchas especies y esclavos, marineros nobles y desocupados. Algunos gritaban, las mujeres lloraban. Vasco de Gama había pasado la noche en vigilia y oración en la capilla de los navegantes. Un gran tumulto se produjo cuando el pabellón real fué alzado sobre el palo mayor del "San Gabriel". Este iba mandado por Vasco de Gama y el "San Rafael" por su hermano Paulo. Otro barco más pequeño iba mandado por Nicolás Coelho. Todos ellos llevaban provisiones. Cada uno lle-



vaba mercancías. Los hombres no llevaban armas de fuego, pero iban equipados con espadas, hachas y lanzas. Algunos llevaban armaduras; la mayor parte escudos.

Los joyeros, los mercaderes de especies, los negociantes en tela, cuchicheaban cerca de la nave capitana, cuando un caballero joven de pelo alborotado, de barba negra, subió a bordo. A todos les pareció una temeridad que aquel hombre desconocido como explorador mandase una exploración de tal importancia. Algunos le defendían: "Verdad es que no ha hecho exploraciones, pero se ha distinguido luchando con los piratas franceses y los infieles africanos. Dicen que no teme a Dios ni al Diablo".

La flotilla descendió por el Tajo. Se detuvo en Canarias. De allí pasó a Cabo Verde, de donde partió el 3 de agosto para emprender la travesía más larga de su tiempo. Por mares desconocidos; sin mapas; un viaje de cuatro mil millas. ¡Noventa y seis días sin ver tierra! Lucharon contra vientos contrarios y fuertes tormentas. Después, impulsados por vientos del oeste, se dirigieron a las costas del Sur de África. El 7 de noviembre divisaron tierra. Vasco de Gama la llamó Bahía de Santa Elena. Allí fueron rodeados de hotentotes adornados con conchas, con anillos en las orejas, que se abanicaban con rabos de zorros atados a palos. El 15 de noviembre continuaron su viaje dirigiéndose al Cabo. Lucharon con vientos contrarios. Pocos días después llegaron a la Bahía de Mossel. Más hotentotes le recibieron con una banda de instrumentos de madera y bailaron ante ellos. Los portugueses también les ofrecieron una danza a bordo de los barcos, al son de las trompetas. Hasta el austero Vasco de Gama, tomó parte en la fiesta que se organizó. Los portugueses les dieron gorras encarnadas y cascabeles. Los indígenas les regalaron brazaletes de marfil, signo evidente de que había muchos elefantes.

Continuaron el viaje, llegando más allá de donde había llegado Díaz cuando dió la vuelta al Cabo. Se desencadenó una espantosa tormenta, las embarcaciones eran arrastradas por el viento; las olas eran imponentes; iban a perecer. El piloto de Gama dijo que era necesario dar la vuelta hacia el Sur. Gama dijo que no volvería hacia atrás y que tiraría por la borda a todo el que se lo propusiese.

A bordo del "San Gabriel", Vasco de Gama amenazaba a los marineros, trabajaba incansablemente, se le veía, en los sitios de mayor peligro. Algunos marineros murieron de extenuación. Gama dijo que podían morir un centenar, pero que él daría la vuelta. Los hombres gritaban, invocaban la protección de los santos, blasfemaban. Se sublevaron. Gama reunió a los jefes de la sublevación y a los pilotos, y les dijo que bajaran la sentina a firmar un documento con el cual probar al rey que era imposi-

ble seguir adelante. Los encerró, los amarró; tiró sus instrumentos de navegación por la borda, diciendo que sólo Dios le guiaría a las costas de la India. Cuando calmó la tempestad, el "San Gabriel" había perdido el palo mayor; la ración de agua quedó reducida y la comida era guisada en salmuera. Las estrecheces aumentaban.

El día de Navidad llegaron a unas costas que denominaron Natal. Anclando a la desembocadura del río que nosotros llamamos Limpopo, los expedicionarios pudieron observar que allí abundaba el cobre; todo el mundo llevaba brazaletes y adornos de este metal. Continuó la expedición hacia el norte pasando el cabo de las Corrientes, en enero de 1498.

Los mahometanos hacían del mar Arábigo el Mediterráneo del sur de Asia, en los puertos de Persia, Arabia e India. Gama se dirigió hacia allí. Su primera escala fué en Kilimane. El puerto siguiente fué Mozambique. Llegaron a Mombasa cuyo rey mandó a Vasco de Gama una oveja, limones, caña de azúcar y un anillo. De allí pasaron a Malindi. La ciudad empavesada; todos los barcos con banderas. Los marineros estaban entusiasmados y dieron gracias a Dios que les había guiado hasta aquél país. Fueron recibidos con la mayor cortesía. Toda la corte fué a ver a la expedición. Un emisario del rey acudió a saludar a Gama que le regaló una sarta de corales. Se concertó una entrevista; Vasco no quería bajar a tierra; el rey tampoco quería subir a bordo. El rey llegó al borde del muelle lujosamente vestido. El bote estaba brillantemente engalanado. Gama se acercó. Le regaló al rey una espada y una caja esmaltada, que

contenía una lanza de hierro y un escudo trabajado con hilo de oro.

En mayo de 1498 llegaron a Calicut, diez meses y medio después de haber salido la expedición de Lisboa.

EL VIAJE DE REGRESO

Jurando vengarse de los árabes salió Vasco de Gama de Calicut el 4 de agosto de 1498; siguió la costa hacia el norte. Se dirigió por el mar Arábigo. Tardaron casi tres meses en cruzarlo. Vieron al fin las costas de Mogadishu. Se puede comprender como Gama al encontrar hostilidad disparó su cañón contra la ciudad y hundió a las embarcaciones del puerto. Dirigiéndose hacia el sur encontró ocho barcos árabes a los que atacó, hundiéndolos uno. Llegó de nuevo a Malindi donde fué magníficamente recibido. A fines de febrero llegaron a Zanzibar. Cerca de Mozambique tuvieron que abandonar el "San Rafael" porque no había ya bastantes hombres. Los otros dos barcos doblaron el cabo de Buena Esperanza el 20 de marzo. En abril el barco mandado por Cristóbal Coelho se dirigió a Portugal. El "San Gabriel" se dirigió a las Azores por enfermedad de Paulo Gama que murió al día siguiente de desembarcar en la Isla Tercera. Después de guardar duelo durante diez días a su hermano Paulo, Vasco de Gama salió para Lisboa. Había perdido a su hermano, la mitad de sus barcos, las dos terceras partes de sus hombres, pero había logrado su propósito.

Una tumba y un poema. Murió Vasco de Gama el día de Nochebuena de 1524, en Cochín, a consecuencia de un furúnculo en el cuello.

EL BANQUETOFILO

¡Qué curioso es el tipo del banquetista que asiste a los banquetes puesta la vista en figurar con pelos y con señales en las listas que insertan de comensales!

Hoy, que a cualquier amigo dan seis banquetes por haberse curado de los juanetes, por publicar charadas en *El Madroño* y hasta por el destete de algún retoño, el ignito asistente goza "un espanto" aunque el pobre se arruine de comer tanto.

En el furor corriente del banqueteo, esto le proporciona gusto y recreo a un Clemente Ruiz Porras de Sanquirico, que no pierde banquete grande ni chico,

y se coloca cerca del festejado para que le publiquen fotografiado, o remite una carta de más de un pliego para que en los papeles se diga luego:

"Se adhirieron al acto Ruiz (don Clemente), los Quintero, Linares, y Benavente..."

Pero Ruiz no es dichoso, pues no consigue ver nunca realizado lo que persigue.

Tras los doce banquetes a que ha asistido, ha buscado su nombre, mas no ha salido; no ha hecho de él referencia más que un diario:

"La Voz de los chorizos de Candelario", y en las fotografías,

LAS CIRUELAS

I

—Buenos días, señor maestro.

—Muy buenos los tenga usted, señor cura. ¿Ocorre algo? ¿A qué se debe el honor de verle a usted por la escuela?

—Muy fácil; todos los días vengo siendo víctima de una ratería a la que quiero poner coto. Ha de saber usted, señor maestro, que el mes pasado el ciruelo que tengo en la rectoría, inclinábale ante el peso del fruto: más de quinientas ciruelas pendían de sus hojas; yo no he cogido ninguna sea debido a que me gustan muy maduras y hoy, al cortárlas, he visto que no quedaban más que cincuenta y tres.

—¿Y sospecha usted que el autor del hurto es un alumno mío?

—¡Oh, desde luego!... Varias veces he visto una sombra rondar.

—Descuide usted, entonces,

II

Durante toda la mañana, el señor maestro anduvo preocupado en busca de un método que le permitiera descubrir al ladrón. Mil ideas distintas cruzaron por su mente y las mil las rechazó por una o por otra causa. La más lógica, la de dirigirse a sus discípulos para preguntarles: "¿Quién de ustedes es el que le roba las ciruelas al señor cura?", la desechó ante la certeza de que el miedo al castigo, dejaría la pregunta sin respuesta.

Por turno fué acercándose a todos sus alumnos, esperando leer en sus caras—el espejo del alma—quién era el pertinaz ladronzuelo. Pero fué inútil.

Hasta que cuando la clase iba a terminar, al maestro se le ocurrió una idea:

—Hijos míos — dijo a sus alumnos—, el señor cura ha estado esta mañana a quejarse, a darme cuenta de que uno de vosotros se dedica a sustraer las ciruelas del hermoso árbol que tiene en la rectoría. Esto es lamentable. Así pues, al culpable, no voy a imponerle más castigo que una pequeña mortificación. El que sea, debe— a no ser que prefiera no volver a poner sus

pies en la escuela—ir, cuando salga de aquí, a casa del cura y coger una ciruela que, pendiente de un hilo rojo, colgará de su cuello. Y por espacio de una semana deberá conservar pendiente de su garganta este collar acusador. Es el único castigo que le impongo.

III

Estaba el señor maestro regodeándose con su idea, y absorto en la lectura de una gramática, cuando Pedrín llegó a la escuela. Al maestro le pareció observar que Pedrín llevaba el collar infamante. Y ya se disponía a echarle una buena reprimenda cuando Juanito penetró con un collar análogo al de Pedrín.

—¡Hola, hola! — se dijo el maestro —. ¿En qué quedamos?... Porque si ha sido el uno bien claramente se ve que no ha podido ser el otro.

Reflexionaba acerca de ello, cuando el señor cura entró rápidamente en el local. Venía hecho una furia.

—Señor maestro—gritó enérgicamente—¡esto es un escándalo! Esta mañana, como le dije, tenía cincuenta y tres ciruelas. Pues bien: ¡ya no me queda ni una! Acabo de examinar el árbol y he podido convencerme de ello. ¿Es este el modo de educar a la juventud?

Parsimoniosamente, para lucir mejor su triunfo ante el señor cura, el maestro buscó con la vista a Pedrín. Y vió como en derredor del pecho de todos los alumnos — que acababan de entrar en la escuela, mientras él charlaba con el abate—, lucía un hilo rojo del que iba pendiente una ciruela.

¡Sólo cinco discípulos no lo llevaban puesto!

Y cuando el maestro iba a ir hacia ellos, para felicitarles, estos vinieron hacia él y le dijeron:

—Señor maestro: no crea usted que nosotros somos más hipócritas que nuestros compañeros. Pero es que como las ciruelas que había en el árbol no eran más que cincuenta y tres, y somos cincuenta y ocho alumnos, nosotros nos retrasamos un poco y cuando llegamos, ya no había ninguna.

MAX Y ALEX FISCHER

inoportuno,
siempre media cabeza
le tapa alguno,
o le deja el artista
fuera de foco,
cosa que al pobrecillo
le vuelve loco.

¿No es curioso este tipo,

caros lectores?
Pues, por esos hoteles,
¡cuántos señores
banquetófilos danzan
como el borrico
de Clemente Ruiz Porras
de Sanquirico!...

Juan PEREZ ZUÑIGA

El cráneo del "hombre de Nebraska", resulta que es el cráneo de un cerdo.

Como se recordará, en los primeros meses de 1927 fué hallado en unas excavaciones hechas en Nebraska un cráneo que presentaba numerosas singularidades.

No se trataba del cráneo de un hombre y tampoco del de un gorila, al parecer, sino del cráneo de un vertebrado superior, de una especie próxima a la de los monos antropoides.

El cráneo fué traído a Nueva York y entregado a Mr. Guillermo Gregory, director del Departamento Antropológico del Museo de Historia Natural.

Mister Gregory hizo que una comisión de sabios estudiara el cráneo, y dicha comisión, tras largos y luminosos debates, declaró categóricamente que se trataba del cráneo de un hombre-mono, especie intermediaria entre el hombre completo y el mono superior.

Se redactó un informe en el cual los sabios en cuestión afirmaron que se tenía ya el "missing link", o sea el anillo que faltaba de la gran cadena de antepasados del hombre actual.

Mister Gregory colocó el cráneo en una vitrina, y en los inventarios del Museo lo hizo figurar como valiendo un millón de dólares.

Pero hace pocos días un telegrama de Nebraska decía que, habiendo continuado las excavaciones en el mismo paraje donde fué encontrado el cráneo famoso, se había tropezado con otros 20 cráneos semejantes a aquél, pero mucho mejor conservados.

Estos nuevos cráneos fueron sometidos al estudio de otra Comisión de sabios, y acaba de hacerse público el informe de los mismos. Se trata de cráneos de cerdos, de una especie desaparecida, que vivió en la tierra hace miles de años, muy interesante para los zoólogos, pero no para los antropólogos.

Y como no hay manera de sostener que el cerdo, por milenario que sea, pueda figurar entre los antepasados del hombre, Mr. Gregory, todo desolado, ha retirado el cráneo de la vitrina y le ha dado de baja en el inventario.

La corbata y los comunistas

Hace algún tiempo el periódico "Pravda", de Moscú, publicó un artículo sobre la corbata como prenda burguesa, e inmediatamente las opiniones se dividieron en el partido comunista.

El elemento joven del partido es enemigo de la corbata, que considera como un prejuicio burgués y una librea de esclavitud.

En numerosas reuniones los jóvenes comunistas de Moscú y otras capitales han votado órdenes del día condenando el empleo de la corbata. Además ha habido un mitin anticorbatista, en el cual uno de los oradores dijo, entre otras cosas:

COSAS DEL MUNDO

"El empleo de la corbata es el primer paso en la senda que lleva el aburguesamiento del espíritu.

Un obrero comunista organizado y consciente se pondrá una corbata, y después, para lucirla, irá al "cine". A la salida del "cine" se comprará una jaula con un canario. Después aprenderá a bailar, e inmediatamente se borrará de las listas del partido.

Los verdaderos revolucionarios franceses de la época jacobina eran denominados "sin calzones", y es preciso que los verdaderos revolucionarios rusos de la época soviética sean denominados "sin corbata."

Otro orador dijo:

"Es necesario que el Consejo Supremo de Comisarios del Pueblo

fensa de la corbata, y en ella dijo:

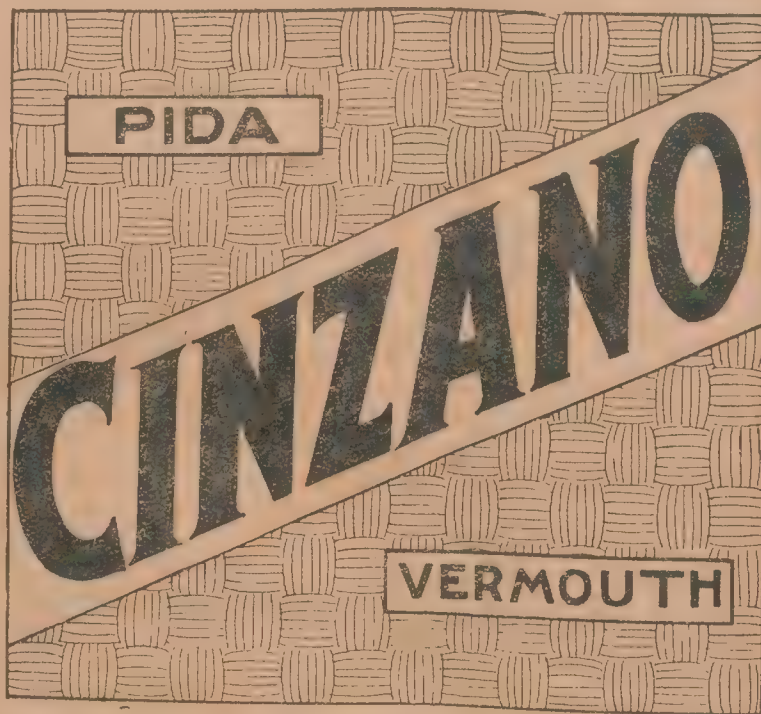
"Somos discípulos de Marx, y en todas las fotografías que de Marx he visto, éste llevaba corbata.

La corbata y la lucha de clases no son incompatibles.

Además, téngase en cuenta que Lenin usó corbata siempre, y que, sin embargo, llevó al proletariado ruso a la victoria."

En Moscú y Lenigrado ha habido ya muchas riñas entre partidarios y enemigos de la corbata.

Hace varios días, un grupo de comunistas jóvenes recorrió las calles de Moscú, y se dedicó a quitar las corbatas a quienes las llevaban. Los agraviados invocaron el auxilio de la Policía, pero ésta se mantuvo neutral.



Germana, la curandera, cura al juez que la había procesado. Y éste, agradecido, sobresee la causa.

Hace dos meses, una mujer que se hacía llamar Germana de Ruan, pero que en realidad se llama Germana Beghin, de cuarenta y cinco años de edad, llegó a Nancy y alquiló un lujoso piso en el número 62 de la avenida de la Garene. Se había dedicado al ejercicio ilegal de la Medicina, y acudían a ella centenares de enfermos procedentes de todos los puntos de Francia.

Germana decía que había descubierto una substancia de la cual tomaba algunos miligramos todas las mañanas, y que gracias a ello su cuerpo disponía de un fluido cuyas maravillosas emanaciones le permitían curar todas las enfermedades. Cada cura se componía de tres imposiciones de manos sobre

la parte afectada, y costaba 500 francos.

Los médicos de Nancy, viendo que se quedaban sin clientela, la llevaron a los tribunales; pero se encontraron con que Germana se había asegurado los servicios de un médico, el doctor Camilo Ferté, y como dicho médico no se separaba de Germana durante las horas de la consulta, aquéllos tuvieron que renunciar a su querrela.

Desconsolados, los médicos de Nancy realizaron una investigación en Lyon, de donde procedía Germana, y supieron cosas muy curiosas.

En dicha ciudad, la curandera había practicado también ilegalmente la Medicina, y un juez la procesó; pero resultó que este juez padecía violentísimos ataques de reumatismo, que habían resistido a todos los tratamientos, y ella le curó en menos de dos semanas, y entonces el juez, agradecido, sobreseyó la causa.

En Nancy los enfermos que querían que Germana les curase llegaron a ser tantos, que se interrumpía la circulación en la calle durante las horas de consulta, y los comerciantes se quejaban de la permanencia de las "colas" e hicieron intervenir al jefe de Seguridad, M. Robert.

Este visitó a Germana, y se ignora lo que ella le diría; pero el caso es que salió convencido de que la curandera era un prodigio, y, lejos de proceder contra ella, mandó a varios agentes para que cuidaran del orden en las horas de consulta.

Para convencer a los incrédulos, Germana disponía de una carta del juez de Lyon, en que le daba las gracias por haberle curado el reumatismo; de un cabo de gendarme retirado, que sostenía que había sido curado por ella de un cáncer en el estómago, y de un joven dependiente de comercio, que también se decía curado por Germana de una oftalmía congénita.

Días pasados el doctor Camilo Ferté rió con Germana porque ésta no le pagaba el tanto por ciento de los beneficios líquidos que habían convenido.

Enterados del caso, los médicos de Nancy presentaron una nueva demanda.

Un comisario sorprendió a Germana cuando, sin médico alguno, en el gabinete de la consulta se dedicaba a poner las manos sobre los enfermos para curarlos así magnéticamente.

Apercibidos ésto de lo que ocurría, promovieron un gran escándalo, y quisieron agredir al comisario, el cual tuvo que reclamar el auxilio de la fuerza pública.

La Policía, ha practicado un registro, en el domicilio de Germana, y ha descubierto centenares de cartas, muchas de ellas firmadas por personas altamente respetables, y algunas hasta por hombres ilustres. Lo más notable es que entre estas cartas había no pocas de médicos que consultaban a Germana acerca de la dolencia que ellos padecían.

La curandera ha ingresado en la cárcel; pero dice que pronto tendrán que ponerla en libertad, porque es inútil impedir que la humanidad doliente se beneficie de las virtudes milagrosas que ella recibe cada mañana con la droga que injiere, y cuyo secreto se niega a revelar.

Quién era "La horrible duquesa".-

Una curiosa figura de la historia

Se conoció a Margarita de Carinthia por el apodo de "Maultashe" que en el idioma vernacular de su tiempo significaba bofetón, por el que le dió uno de sus primos, Wittelsbach, durante una riña de chicos, y que treinta años después, fué motivo o disculpa para que la duquesa Margarita desheredase a aquellos parientes y dejase el Tirol y el resto de sus vastas posesiones a sus primos los Habsburgo.

Margarita, duquesa de Carinthia y condesa del Tirol, la fea, la horrible duquesa nació el año 1318 y fué hija única del llamado rey de Bohemia y duque del Tirol, y una de las más ricas herederas de Europa, a la que a la edad de doce años casaron con el príncipe Juan hijo del verdadero rey de Bohemia.

Pronto se cansó de su joven esposa y un día de noviembre, al regresar éste de una expedición cinégetica se encontró cerradas las puertas del castillo donde vivían, por orden de la duquesa, que se había aprovechado de la ausencia del príncipe para arrojar de sus estados a todos los cortesanos bohemios. Al pie del castillo recibió la noticia y la orden de que siguiese el camino de los desterrados, lo que le aconsejaban lo hiciese sin perder más tiempo.

Como el príncipe Juan había perseguido cruelmente al hermano bastardo de Margarita, Alberto, comprendió que su esposa tomaría represalias y sin aguardar a que se le repitiera la orden se ausentó rápidamente.

Luis de Bavaria, jefe del Sacro Romano Imperio, que desde hacía tiempo codiciaba los vastos territorios de Margarita y que había intrigado sin tregua para separar a los dos esposos, no tardó en aprovecharse del descalabro del príncipe Juan y al momento hizo aparecer en escena a su hijo Luis, Margrave de Brandemburgo, fuerte y hermoso mancebo a quien presentó como prometido de la horrible Margarita, lo que provocó un conflicto entre el emperador y la duquesa con el Papa, única persona que podía anular el matrimonio.

El emperador se burló de la negativa pontificia y de su excomunicación y acompañado de tres obispos alemanes y fastuosa comitiva se dirigió a Tirol para celebrar con gran pompa el matrimonio de su hijo con Margarita, a pesar de las fulminaciones de Roma.

En pleno y severísimo invierno se emprendió la marcha a través de las montañas cubiertas de nieve, arriesgada empresa llena de peligros y dificultades.

Se encontraba la expedición a la vista del gran valle de Merán, cuando una avalancha arrastró al jefe de los dignatarios episcopales, el Obispo de Freisnigla, que con algunos de sus acompañantes y sus respectivas cabalgaduras perecieron bajo la nieve.

Insuperable temor se apoderó del resto de los obispos y sacerdotes que vieron en aquél accidente

un castigo del cielo y dominados por el pánico se negaron a desempeñar la sacrilega función que el emperador les exigía.

El impetuoso monarca no cejó en su empeño y llegó hasta la corte de Margarita y poniendo la punta de la espada en el pecho del capellán del castillo le obligó a que

llamas, desastres que provocaron una persecución contra los judíos de los que pocos quedaron con vida.

Antes de que el hijo que Margarita tuvo de su matrimonio llegase a la mayor edad, ya se había cansado de su segundo marido, y al empujar su hijo las riendas del gobierno, la cárcel primero y el veneno después, según opinión general, acabaron con los dos hombres y la "fea duquesa" volvió a quedar de soberana absoluta.

Al cabo de trece años de recuperar este poder, se vieron las consecuencias del sopapo que en su mocedad recibiera de su primo el de Baviera.

Otro pariente suyo de Viena, el

La vida está en la actividad

Debemos, ante todo esforzarnos en conservar en alto grado, la salud perfecta, que florece en la alegría. Los medios para ello son: evitar todos los excesos, todas las emociones violentas, todos los esfuerzos mentales excesivos y demasiado prolongados; son precisos un rápido movimiento cotidiano, durante un espacio determinado de tiempo, los baños fríos y frecuentes.

Sin movimiento, sin trabajo, no es posible conservar la salud; todos los procesos vitales requieren, para que se desarrollen normalmente, el movimiento, tanto de las partes en que se realizan, como del organismo todo. En todo el interior del organismo reina un movimiento, rápido e incesante. El corazón late con violencia e infatigablemente; el pulmón bombea sin cesar como una máquina a vapor; los intestinos accionan constantemente; todas las glándulas succionan, y aún el cerebro tiene un movimiento doble a cada pulsación y aspiración.

Cuando, como sucede con un sinnúmero de personas de vida completamente sedentaria, falte el movimiento exterior casi del todo, se produce una incongruencia o una desproporción clamorosa y dañina entre la quietud exterior y la del tumulto interno.

A. SCHOPENHAUER

uniera en matrimonio al hermoso Luis y a la horrible "Maultashe", en medio de las protestas del pueblo que veía en aquella ceremonia un sacrilegio ultraje a Dios y a su representante en la tierra y temían la cólera divina lo que se confirmó, pues durante tres años plagas de langostas, hasta entonces desconocidas en el país, arrasaron la comarca, acabando con las cosechas, inesperadas inundaciones arruinaron los distritos más ricos y florecientes; un terrible terremoto causó miles de víctimas; la terrible Peste Negra acabó con las tres cuartas partes de la población y por último tres principales ciudades del Tirol fueron pasto de las

enérgico duque Rodolfo IV de Habsburgo, al enterarse de la repentina muerte del joven heredero, se las arregló, para que por marchas forzadas, a través del Krimler Tanern, en medio de los rigores del invierno, llegase a Bogen a los trece días de la muerte del príncipe, adelantándose así a que llevasen a cabo las ambiciones de los bávaros que también codiciaban la herencia de Margarita.

El inaudito esfuerzo del Habsburgo tuvo su premio, pues, el día 26 de enero de 1363, es decir, al siguiente de su llegada, Margarita entregaba a su primo Rodolfo los estados de Carinthia y de Tirol, arreglo que fué firmado por cator-

LA CARTA

—Quiero—suplicó Zeleika a Ismed el sabio—que me escribas una carta en la que hables a mi bienamado de todo lo que sufro al verme lejos de él.

—¿Hace mucho que se fué?

—Dos días.

—Entonces vamos a la playa. Sobre las arenas escribiré la carta que quieres enviar, y el viento se encargará de llevarla. ...

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

ce de los principales nobles tiroleses entre los que figuraba Hans de Fundsberg.

La fealdad de Margarita, su boca enorme y horrible era proverbial y de ella existe un retrato en el Castillo de Windsor, pintado un siglo más tarde de haber muerto la duquesa, por Leonardo de Vinci, dibujo que se supone copiado de un cuadro contemporáneo de la "Maultashe" pintado por Matsys.

A pesar de su extremada fealdad fué casada dos veces y tuvo admiradores o amantes por docenas.

Entre amigos

—¿Qué tal pasaste la noche?
—Peluca...
—¿Cómo Peluca?
—Sí. Soñé dos veces: bisoñé...

Radiomania

—Mi invento es asombroso, amigo Gutiérrez. Consiste en un pequeño receptor que no pesa casi nada y se puede llevar en el bolsillo del chaleco. ¡Y no es esto sólo! ¡Lo inaudito es que con el receptor en cuestión atraigo a Roma!

—¡Bravo, amigo Hidalgo! ¡Pero yo he inventado otro receptor que pesa mucho; pero con el que puedo fácilmente, no ya atraer a Roma, sino atraer a las romanas!...

Adivinanza

—¿Cuál es el oficio más alegre que hay en el mundo?

—El de barandero, porque siempre ba-rriendo.

Continuación de "El maniquí"

—Dile que se vaya, Luis—gritó la enferma.—¿Qué hace ahí ese hombre? Yo sólo te quiero a ti... sólo quiero a mi marido. Perdóname... fué el lujo, el maldito lujo: necesitaba dinero, mucho dinero; pero amor... sólo a ti.

Enriqueta lloraba mostrando su arrepentimiento, y aquel hombre lloraba también, débil y humilde ante el desprecio.

Luis, que tantas veces había pensado en él con arrebatos de cólera, y que al verle había sentido impulsos de arrojarse sobre él, acabó por mirarle con simpatía y respeto. ¡También la amaba! Y la comunidad en el afecto, en vez de repelerlos, ligaba al marido y "al otro" con una simpatía extraña.

—Que se vaya, que se vaya—repitió la enferma con una terquedad infantil; y su marido miraba al hombre poderoso con expresión suplicante, como si pidiera perdón para su mujer, que no sabía lo que decía.

—Vamos, doña Enriqueta—dijo desde el fondo de la habitación la voz del cura.—Piense usted en sí misma y en Dios; no incurra usted en el pecado de la soberbia.

Los dos hombres, el marido y el protector, acabaron por sentarse junto al lecho de la enferma. El dolor la hacía rugir; había que darle frecuente inyecciones, y los dos acudían solícitos a su cuidado. Varias veces se tropezaron sus manos al incorporar a Enriqueta, y no las separó una repulsión instintiva; antes bien, se ayudaban con efusión fraternal.

Luis encontraba cada vez más simpático a aquel buen señor, de trato tan llano a pesar de sus millones, y que lloraba a su mujer más aún que él. Durante la noche, cuando la enferma descansaba bajo la acción de la morfina, los dos hombres conversaban en voz baja, sin que en sus palabras se notara el menor dejo de remoto odio. Eran como hermanos reconciliados por el dolor.

Al amanecer murió Enriqueta, repitiendo: ¡perdón, perdón! Pero su última mirada no fué para el marido. Aquel hermoso pájaro sin seso levantó el vuelo para siempre, acariciando con sus ojos el maniquí de eterna sonrisa y mirada vidriosa; el ídolo del lujo que erguía cerca del balcón su cabeza hueca, sobre la cual con infernal fulgor centelleaban los brillantes heridos por la azulada luz del alba.

LA MUÑECA

Así como los pájaros hacen un nido con todo, las niñas hacen una muñeca con cualquier cosa.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades y al mismo tiempo uno de los más encantadores instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, volver a desnudar, volver a vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, figurarse que cualquier cosa es alguien; todo el porvenir de la mujer está ahí. Al mismo tiempo que piensa y charla, al mismo tiempo que hace envoltorios pequeños y pequeños mantillas, corsés y almillas, la niña se vuelve joven, la joven se hace casadera y la joven casadera llega a ser mujer. El primer hijo es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y enteramente tan imposible como una mujer sin hijos.

Víctor HUGO

El máximo por qué

¿Por qué te veo en mis sueños?
¿Por qué te quiero tanto?
¿Por qué con gran constancia
te dedico mis actos?
¿Por qué tu bella imagen
la veo en todos lados,
cual si ella compendiará
la virtud y el pecado,
lo ínfimo y lo grande,
lo óptimo y lo malo?
¿Por qué las melodías
de tu voz de soprano
las oyen mis oídos
desde hace muchos años
y siempre se embelesan
cual si escucharan algo
que fuera muy divino,
muy célico, muy santo?
¿Por qué el sutil perfume
que exhala tu rosado
cutis de terciopelo
lo aspiro desde antaño
y siempre me deleita

como si fuera algo
que desdenara al tiempo
y burlara al espacio?
¿Por qué nunca te olvido?
¿Por qué te quiero tanto?

Porque eres la quimera,
porque eres lo soñado,
porque eres el deseo
porque eres el encanto;
porque eres lo intangible,
porque eres lo vedado,
por eso yo te quiero,
por eso yo te amo,
por eso yo te adoro,
por eso te idolatro;
porque nunca te he visto,
porque nunca te he hablado.
¡Por esto, solamente,
puedo quererte tanto!

JOSÉ PAVIA R. JAEN

Curiosidades de las joyas

Propiedades atribuidas a las más importantes.

En todos los tiempos, joyas espléndidas han realizado la hermosura de la mujer, que a veces ha vendido su alma por ellas. De estas piedras, la esmeralda se considera como símbolo de claro juicio y sabiduría, y se cree que comunica esas cualidades a quien la lleva.

Se han hecho muchas investigaciones científicas para probar la verdad acerca de esas antiguas leyendas, referentes a las piedras preciosas obteniendo resultados curiosos.

Se dice que el rubí cura la eczema y también que comunica coraje y vigor. El tinte ideal para el rubí es el conocido por "sangre de paloma". La forma cabuchón es la más antigua y conocida.

Uno de los más grandes que se conocen pertenece a la corona de Gran Bretaña. Su historia se pier en la antigüedad. Se conoce como el rubí del príncipe Negro, quien lo obtuvo del viejo y ciego rey de Bohemia, al ser éste muerto en una batalla, cuando el príncipe tenía quince años.

Desde entonces ha formado parte de las joyas de la corona. Ocupa el centro de la frente, entre los ojos, en la vieja corona de Inglaterra. Enrique V la usó en Agincourt, sobre su casco, y se dice que a ella debió el salvar la vida.

Desafiado entonces para sostener un combate cuerpo a cuerpo con el duque de Orleans, fué derribado de rodillas por un golpe que, a no ser por la piedra, hubiera partido en dos su cabeza. El rubí lleva la señal del golpe.

Los zafiros tienen también virtudes curativas. Actualmente un célebre médico afirma que pueden curarse ciertas enfermedades con las piedras preciosas. Ordena por ejemplo, "agua de zafiro" (que no es otra cosa que agua destilada, en la que ha permanecido durante siete días un gran zafiro) para la curación de las hemorragias internas.

En la corona de Inglaterra hay también un zafiro histórico.

Eduardo, el Confesor, usó la piedra engarzada en un anillo. Jaime II se la robó y la llevó a Francia, pero el cardenal de York, hermano del joven Pretendiente, a quien Jaime se la dejó, devolvió la joya a la casa reinante. Se encuentra ahora engarzada en la corona y forma el centro de la cruz.

No es posible mencionar piedras preciosas sin hablar del Koh-i-noor. Procedente de la India, del tesoro de un rajá reinante, fué regalado a la reina Victoria de Inglaterra.

Ha sido siempre una joya femenina. Trae buena suerte a las mujeres y mala a los hombres. Además, cualquier nativo, en un bazar, os dirá: "Quien posea el Koh-i-noor, posee la India". Sería interesante comprobar la verdad de esta afirmación.

Es curioso y extraño el comprobar cómo la joya de Canning ha

cumplido su profecía. Representa un tritón; una perla barroca forma el torso de un hombre; la cola y la cabeza están engastadas con piedras preciosas. Tiene un brazo levantado, que esgrime una espada incrustada con piedras preciosas.

No es precisamente artística, pero sí interesante. Fué arrancada del cuello de una princesa hindú y llegó a ser propiedad de lord Canning. Siempre había pertenecido a la hija de un rey, y en la India se daba como seguro que volvería nuevamente a poder de una princesa. Lord Canning la dejó a su nieto, el excéntrico lord Clauricard, quien a su vez la legó a lord Lascelles, esposo de la princesa María.

En algunos países consideran al ópalo mensajero de mala suerte; pero no ocurre así en Alemania. Allí se tiene por piedra afortunada. Otón, el Sabio, dió una a cada uno de sus hijos.

Los ópalos son más sensibles que cualquier otra piedra. Se dilatan y se contraen bajo ciertas condiciones y frecuentemente se caen de sus engarces, por esa causa.

Un joyero experto siempre asegura sus ópalos con ganchitos. Hay ópalos nebulosos para las rubias y ópalos de fuego para las morenas, y es alucinante la historia de los maravillosos ópalos negros, que pertenecieron a una famosa bailarina. Fué envenenada y estrangulada para quitárselos; pero no bien la vida abandonó su cuerpo, se apagó el fuego de sus hermosos ópalos.

Hoy día se falsifican casi todas las piedras preciosas, habiéndose llegado a un grado tal de perfección que resulta sumamente difícil distinguir las verdaderas de las falsas.

Ebelmen obtuvo, hace algunos años, resultados verdaderamente sorprendentes. Mezclando 30 partes de magnesia, 25 de alúmina, 35 de ácido bórico y 1 de clorato potasio, colocaba la substancia resultante en una mufia por espacio de ocho días, obteniendo así rubíes perfectos de 5 milímetros de lado.

Las esmeraldas se obtienen mezclando óxido de plomo, sílice, potasa, alúmina, óxido de cobre y cromo. La mezcla se somete a un calor muy elevado y después se deja enfriar lentamente.

Para los záfiro, se substituye el óxido de cobre por el de cobalto. Las amatistas se obtienen con la misma mezcla que la empleada para las esmeraldas, cambiando el óxido de cobre por el peróxido de manganeso y el de cromo por la substancia llamada púrpura de Casius.

Estas imitaciones y otras con que la ciencia ha ido enriqueciendo su vasto campo de experimentación dan excelentes resultados y no sería aventurado predecir un día en que las piedras preciosas habrán perdido por completo su valor.

I

La Trini, era una moza retrechera y juncal como pocas; la llamaban la andaluza, porque había nacido en Sevilla, en el barrio de Triana, y tenía de esa mágica tierra del sol, las flores y la alegría, la gracia más pinturera y fascinadora.

En el barrio limeño de Polvos Azules, se la tenía por la diosa y la maga, porque entre todas las provocativas mozas, ella era, la que se llevaba de calle a los mozos más garridos.

Por ojos, tenía dos luceros brujos, que parecían dos enormes y deslumbradoras estrellas negras y fosforescentes, escondidas pilluelamente entre aquellas diaboléscas ojeras de un azul violáceo, guiñando siempre, burlones, como jugando al escondite y al "pillame si eres capaz".

Cuando se reía, y se reía siempre, porque era una castañuela loca, nerviosa y retozona, entre las rosas frescas, como capullo mañanero húmedo de rocío, de sus gordezuelas mejillas se apuntaban apenas, coquetuelos e insolentemente tentadores, unos hoyuelos que hacían poner carne de gallina, a los más austeros frailes del cercano convento de Capuchinos.

Sus padres, tenían una carpintería y con eso y con lo que ella ganaba de bordadora, iban tirando a remolque de la pesada carreta de la vida.

—¿Y para esto, hemos pasado el charco?... ¡Valiente canongía! — Solía malhumorada de su aperreada suerte, exclamar, la chiquilla a veces, a lo que su madre, respondía maliciosa.

—¡Pues chica, si tú, no te avienes a casarte con el chino, para largo le queda al buey el arar, porque desengañate, los Marqueses que en Lima dejó Pizarro, no están para cargar con el mochuelo de una pobre, por más retrechera que sea. Ya se acabaron las Perricholis, y dinero busca dinero!...

—¡Con el chino, con el chino!... No se ha hecho la miel para la boca del asno! ¡Qué lástima, que usted no sea soltera, a ver si tenía estómago para cargar con esa lechuza, porque mfe usted, que tié gracia, creer, que una se ha acostado con un hombre, y despertar al día siguiente, conque ha dormido con una calabaza enana, con unos ojos cincunflejos como ojaes mal hechos y una boca de sapo como la de un jurel! ¡Amos, madre que usted y padre han estado de juerga y me quieren atufar con su vino! ¡Primero me quedo para vestir imágenes, antes que presentarme en España, llevando por marido a un Buda. ¡Valiente mamaracho! ¡Y para eso, hemos venido de España!

¡Mardita sea mi suerte y el tío zanahoria esaborío de Colón, que hizo la diablura de descubrir a este país. Bien se conoce, que era un guasón que se las traía!

¡Esta es una jugarreta del pillo de San Antonio, pues yo le pedi novio, y me ha largao un pepino amarillo. De esta hecha, lo voy a tener remojándose cabeza pa abajo, hasta que me haga el milagro!

Y ambas, madre e hija, terminaban por reír su malhumor...

II

Sorteando las encrucijadas callejuelas tortuosas y leyendescas de las riberas del caprichoso Rimac, esa noche plateresca, de luna ple-

Como San Antonio le buscó novio a la Trini.

Por Javier Fernández Pesquero

na, iba Federico Hannesmann, en busca de aventuras y ensoñaciones, de que tan ávida era su fantasía.

Tal vez buscaba la poseía bruja de algunos aterciopelados ojos negros de limeña, sin inquietarle, el fantasma de su sombra, larga muy larga, que, como un fúnebre embocado, se le adelantaba cuando no se chafaba a la pared.

Tarde de la noche era y este ya mediada, cuando, después de dejar

que interrumpiendo el silencio de esa calle, reclamaba auxilio, más aún; socorro; vocecilla, que venía muy apagada, pues parecía salir de una tumba.

Detúvose al instante, y dióse, desorientado, a ubicar fijamente el sitio de donde salían aquellas imprecaciones y súplicas, hasta que no sin gran esfuerzo, logró adivinar, más que convencerse de inmediato, que ahí, bajo sus pies, en

EN TU ABANICO

Tus labios son un panal
y mis besos las abejas,
por eso — cuando los dejas —
sobre ellos van a posar...

Y así, del rojo clavel
que hace un panal de tu boca,
ya sea mucha o ya sea poca —
se están llevando la miel...

Isidro ALVAREZ.

atrás, Mercaderes, las Mantas y otras calles centrales, repiqueándose aún en sus oídos el risotero charloteo de los galanes, que al pie de las rejas morunas y de los balcones volados y floridos, al son de sus violines y guitarras, daban la jaranera serenata a las provocadoras damas de sus amores, se internó, nuestro mozo, hacia los pretilos del puente.

Bajaba cuesta abajo por el barrio chino, tan solo alumbrado por la luz azogada de la luna y adormido en sepulcral silencio, apenas profanado por el rumoreo cadencioso y soñoliento del agua parlera del cercano río, cuando de pronto, sus pies tropezaron al borde de una de esas tienduchas cerradas, en el barrio asiático, con la voz rabiosa, angustiada, de una mujer,

esa puertecilla vieja y carcomida, había una rejilla, apenas perceptible a ras del suelo polvoriento, y desde ella salían esos lamentos, rabiosos más que suplicantes.

Encucillóse lo más que pudo su humanidad alta, y acercó su rostro a esa rendija, tratando de descubrir en la oscuridad de boca de lobo de aquel agujero, alguna lucecilla, que le permitiese descubrir a la que gritaba, y tras no pocos esfuerzos desesperados, al fin, logró escuchar claramente, a aquel bulto negro, que imperceptiblemente alcanzó a ver moverse, y después de aplicar su boca a la abertura y su oído, consiguió, entenderse con aquella que pedía auxilio, y tras de convencerse de que, consigo había traído su pistola automática, siguiendo las instruccio-

MIREMOS A LO ALTO

Si yo no pudiese elevar la mirada; sentiría la tristeza de los ciegos, el peso de los encorvados. ¡Qué satisfagan todos los seres las aspiraciones de remontarse, porque todo tiende a subir! Cuando inclino una vela, se dobla la llama para elevarse; el pino que en el acantilado nace horizontal de una gruta se retuerce para levantar la copa; el humo, esencia de las cosas que arden; la esperanza, latido de las vidas que no se apagan, se elevan también hacia la altura región de lo grande. Allí reside la luz que todo ilumina, el agua que todo lo fecunda, el espacio sin linderos, las estrellas sin número; y encima la divinidad, mientras que aquí, en lo bajo, todo es pequeño, hasta el hombre, gusano de la tierra que, si quiere subir a una colina, llega jadeante.

FRATES y SÚREDA.

nes, que la prisionera le diera entre desesperación y gritos nerviosos, se resolvió a tentar suerte.

Probó a forzar la cerradura de la vieja puertecilla del tenducho, y poniendo todo el brioso empuje de sus fuerzas, logró, que uno de los tableros carcomidos, se desclavara y cediese, y por esa estrecha abertura, a duras penas, consiguió, entrar en la tienducha.

Ya adentro, buscó a tientas la llave de la luz eléctrica, y logrando encender, lo primero a que se dió, fué a clavar de nuevo la abertura que le sirvió para entrar, y después de registrar minuciosamente la destartada piecilla atiborrada de estantes, cajoneras y mostradores llenos de sedas maravillosas y mil artículos de marfil traídos del lejano y misterioso Oriente. Cerciorado de que nadie escondido entre esos recovecos lo acechaba, y obedeciendo las instrucciones, que le diese la voz misteriosa, pasó detrás del mostrador y registró, hasta que al fin descubrió un botoncillo como el de un timbre eléctrico, y al oprimirlo, su alegría no tuvo límites, pues al instante, una tabla de las del piso delante del mostrador por la parte de afuera, cedió hundiéndose hacia abajo, y después de apalancar el botón con dos gruesos clavos que a mano halló, saltó el mostrador, se asomó a aquel sótano oculto, y logrando al torrente de luz que de la tienda bajaba al fondo del subterráneo, descubrir a la que pedía auxilio y animado y aconsejado por ella, se dispuso a descender como pudiera.

Como, que por más que buscó, no encontró escalera para bajar, desdobló, sacándola de la estantería, una gran pieza larga de seda blanca, y sujetando fuertemente una de las puntas al mostrador, echó el resto al sótano como escalera de seda, y por ella se deslizó hasta salvar los apenas dos metros de profundidad, logrando poner pie en suelo firme, en el preciso momento, que a él se tomó angustiada, bravía y resuelta, Trini, la hermosa y hechicera Trini, la desdeñosa amada por el rico mandarín y jefe de los chinos de Lima, el antiguo Mandarín del fenecido Imperio Chino, Li-Chouung, quien había sido, el que encerrase a esta paloma en su madriguera.

Federico, atónito, no comprendía lo que veía.

Sedas negras y amarillas bordadas con profusión de oro y piedras preciosas trapizaban las paredes, el techo y el suelo de aquel diminuto subterráneo, cuyo pavimento además estaba alfombrado con riquísimas alfombras de terciopelo.

Todo alrededor estaba contorneado de divanes adosados a las paredes recamados de rasos y oro; una ingeniosa combinación de luces eléctricas de colores, desgranaba su pedrería sobre el oro de los dragones y basiliscos bordados al realce, con ojos de rubíes y esmeraldas fosforescentes; al fondo, sobre un modo de altar, de mármol negro y brillante recamado de arabescos jeroglíficos de oro, plata y piedras relucientes, se quemaban en caprichosos pebeteros, braserillos y candelabros de plata, y oro, cincelados, numerosas velitas rojas y verdes orladas de papellitos rojos, amarillos y azules, mientras los lampadarios como lenguas de sangre y oro, perfumaban con fuertes aromas, trastornadores y enervantes. Delante de los diva-

nes mesitas de nácar y sándalo, taburetes de máfil y plata, sostenían, valiosos narguiles de oro, y largas pipas con extensas gomas que salían de vasijas de bronce y máfil, exhalando el azulado humillo del opio volátil, allí, en ellos quemado.

Como un fantástico ídolo profanado, derribado estaba sobre la sedosa alfombra, el chino Mandarin L. Choung, vestido con zapatillas rojas, ancho pantalón azul, y amplia casaca de seda bordada de oro y pedrería, y adornándole su huesosa garganta amarilla como su rostro cadavérico y horrible, un precioso y relampagueante valioso collar de riquísimas esmeraldas; el birrete de seda negra, con pluma azul, caído bajo su trenza negra y larga, le servía de almohada.

Horrible, y enloquecedor como un macabro fantasma, estaba aquel hombre; su rostro anguloso y huesudo como el de una calavera apenas cubierto el hueso pronunciado en los pómulos puntiagudos por aquella apergaminada piel amarilla, parecía más ocre, con el negro de sus bigotes de largas guías caídas como colas de ratón.

Tenia vaciadas y sangrientas las órbitas y los ojos desmesuradamente abiertos colgando como coágulos horribles sangrantes fuera de las cuencas y sobre las mejillas amarillas teñidas de sangre, aún brillaban fosforescentes; por la comisura de sus labios exangües, aún burbujaba una mueca horrenda de espanto y glotonería sensual, y tendido, cara arriba, jadeante, semejaba un monstruo debatiéndose impotente en su agonía rabiosa.

La hermosa y hechicera Trini, destrenzado y deshecho su cabello, como manto negro caíale sobre sus espaldas y pechos desnudos, desgarradas sus ropas, casi desnuda de cintura arriba, plegadas sus manos caída a los pies de Federico, enloquecida de terror, lo urgía a gritos que la ayudase a huir de allí.

Federico, después de tranquilizarla, encaramóse de nuevo por aquella improvisada escala, y desde arriba ordenándola se atase esa envoltura a la cintura fuertemente y se aferrase a ella, la izó; y después de ella, arreglarse como pudo su desnudez, desclavando ambos la tabla de la puerta por donde había entrado Federico, salieron a la calle, y guiado por ella, corrieron ambos calle abajo y dando un rodeo por las márgenes del río, subieron Polvos Azules arriba, no tardando en llegar a la casa de la Trini, donde hallaron a sus padres, y hermanos acongojados por la inesperada ausencia de la muchacha.

III

Librados los primeros trasportes de alegría por la vuelta de la chica, aún que turbados y avergonzados por el estado en que venía, a esas altas horas de la madrugada, y en compañía de tan buen mozo, pero un desconocido, una vez, que la muchacha acompañada de la madre se vistió en su dormitorio con nuevas prendas, salió, y a instancias de todos, dió comienzo al relato de la odisea de que había sido víctima, comenzando así:

—Iban a dar las nueve de la noche, cuando me dí cuenta, de que el hilillo de oro con que terminaba de bordar el trabajo urgente, que debía entregar sin falta a primera hora de la mañana siguiente, se me estaba terminando, y no pudiendo alcanzar a llegar antes de

cerrar, a las tiendas del centro, por estar muy distantes, y temiendo, que si demoraba más, la única tienda cercana que tenía de ese material, que era la del chino Li Choung, también se cerrase, corrí hacia allí.

Llegué en el preciso momento, en que el chino comenzaba a cerrar la puerta, al verme llegar y solicitarle, que me vendiese rápido lo que precisaba, pasó dentro del mostrador y mientras yo elegía el hilillo de oro, riéndose, muy zalamero, volvió a la carga de siempre, ofreciéndome, si yo quería hacerme su mujer, los lujos y riquezas que pondría a mi dispo-

se me acercaba el odioso chino elegantemente vestido y tratando de abrazarme, asegurándome que de allí no saldría sin ser antes de él.

Entonces, como yo lo insultara y me resistiera, comenzó la lucha; viéndome perdida en brazos de ese energúmeno, apelé a una estratagema, le prometí ser suya si me soltaba, pero él, más astuto, viendo mi asco, me aseguró que sería suya por buenas o malas, y comenzó a perseguirme, hasta que viéndome indefensa y desamparada, pues a mis gritos nadie acudía, cuando ya comenzaba yo a desfallecer, recordé con feroz alegría que con la prisa no me había quitado el de-

ABROJO DEL CAMINO

¡Oh pena aciaga que en instantes vienes
A inocularme ese dolor que tienes!
Que en mis horas de paz, terca, serena,
Me apartas la melena
Para hablarme al oído;
¡Oh, pena aciaga que en instantes vienes!

Pena que a mi alma dejaste desnuda
Sin bellos tules de azulado etéreo;
Pena sañuda,
De zarpa aguda,
De gesto altivo y de mirar vipéreo.

Guardas por siempre tu fatal cadena,
Pena maldita, incontrastable pena.
Vienes temprano, entre los limbos tersos
Conjuntamente con los rayos de oro;
No sé si vienes a anunciar que adoro,
O que se burlan porque yo hago versos.

Siento que saltan con furor mis sienes
Cuando tu paso en mi interior detienes;
Espina del camino, zarza, abrojo,
Que en mis horas de paz, terca, serena
Me apartas la melena
Para hablarme al oído;
Deja que te ate el placentero olvido;
¡Oh, pena aciaga, que a amargarme vienes!

Enrique Valerio MARTINEZ.

sición y piropeándome, me obsequió unos bombones, que dijo, recién acababa de recibir de la china. Yo echándolo, a la broma, comí los dulces y seguí riéndome de sus cosas, buscando el oro que necesitaba.

De repente, sentí un malestar como un desmayo, arrojé el dulce de la boca, y tapándome la cara con una mano, con la otra me apoyé en el mostrador para no caer y en ese instante el chino, válido de que yo no lo viera, dió un portazo y cerró la puerta de calle.

En el momento mientras dirigiéndome a la puerta lo increpaba para que me abriera, sentí que el suelo sobre que estaba de pie, cedía, y dando un grito me ví en el suelo del sótano, y la trampa se volvió a cerrar sobre mi cabeza.

Grité en aquella oscuridad, pero mis gritos se ahogaban en ese sótano, y al poco rato, se alumbró el subterráneo, quedando yo asombrada de aquel lujo y espantada con esos ídolos y animales fantásticos, y cuando aún no me reponía de esta impresión, siento, a mis espaldas, que como una aparición, riendo siempre mefistofélicamente,

lantar, y en uno de sus bolsillos traía las finísimas tijeritas de bordar, y con ellas si tenía coraje y acierto, podría defenderme de esa fiera.

Simulé, un desmayo y estar vendida, y en el momento en que el feliz y triunfador, me abrazaba y besaba con sus besos viscosos, yo tomé las tijeras y las hundi furiosas varias veces adentro de sus ojos dejándolo ciego y caído sin sentido, viéndome así libre de sus brazos.

Entonces, horrorizada, grité por varias horas hasta que vinistéis y me librásteis.

Y la hermosa Trini, esgrimía, las tijeritas salvadoras aún tintas en su sangre.

A los pocos días de esta aventura, los vecinos de Polvos Azules, supieron que la hermosa Trini, acababa de desposarse con un americano hijo de alemanes, rico y buen mozo, y con él se marchaba a Europa.

Y aquella noche Trini, al volver de la iglesia lo primero que hizo fué sacar a San Antonio de la tinaja de agua en donde lo tenía hacía tiempo sumergido de cabeza.

CASO EXPLICADO

Un cazador se dirige al campo cuando, al pasar por la casa del guarda, le sorprende el perro, dándole un mordisco. El cazador se indigna, dispara contra el perro y le mata.

Al oír la detonación, sale la mujer del guarda, y se pone a insultar al asesino:

—¡Animal! ¡Bestia!... ¿No podía usted haberle dado un golpe con culata de la escopeta?

—¡Señora; eso hubiese estado muy bien, si él me hubiera mordido con el rabo!

VIDA CONYUGAL

El señor.—¿Va a salir mi mujer, Rosa?

La doncella.—Sí, señor.

El señor.—¿Y sabes si voy a salir con ella?

TENIA RAZON

Entra un paleta en un restaurant y después de sentarse llama al camarero y le dice:

—¿Me quiere usted dar de comer?

—¡Cómo no, señor! exclama el mozo.

Le sirven el cubierto, y una vez que ha concluido con el último plato se levanta y se dirige hacia la puerta.

El camarero le cierra el paso y le reclama el importe del servicio, a lo que el paleta responde:

—¡Rediez! ¿No le dije que si me quería dar de comer y usted me dijo que sí? ¡Pa pagarlo no hubiera yo preguntado nada!

DESTINO SEGURO

—¿Por qué pones "Personal" en el sobre de esa carta que escribes a Durand?

—Porque quiero que la abra su mujer.

EN LA PELUQUERIA

El oficial (después de terminar de cortar el pelo a un cliente).—¿Qué se pone en la cabeza el señor?

El cliente.—El sombrero.

LE MATO EL PUNTO

Decía un viejo comerciante a un dependiente suyo:

—Aquí donde usted me ve, llegué a Buenos Aires, hace cincuenta años, descalzo de pie y pierna.

—¡Toma, y yo, hace veinticinco que vine completamente en cueros.

—¡¡¡!!!

—Sí, señor, cuando nací.

EN SIERRA NEVADA

El turista.—¿Y la mortalidad es muy grande en estas alturas?

El cicerone granadino.—Fijese si serán puros los aires, que para inaugurar el cementerio de ese pueblo tuvieron que matar a uno.

EN LA CONSCRIPCION

—De manera que usted es corto de vista?

—Sí, señor. No veo casi nada. (El médico de Sanidad Militar coge una bandeja y la pone junto a los ojos del soldado.)

—¿Qué tengo en la mano?

—Una moneda de diez centavos.

Conocimientos útiles :

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Las torceduras y dislocaciones se curan bañando la parte lastimada en agua muy caliente y envolviéndola con un trozo de franela. En seguida se calienta un poco de extracto de hamamelis de Virginia y se rocía con él la franela. Luego se bate una clara de huevo con un pedazo de alumbre hasta que se forme una especie de gelatina, y se aplica a la torcedura empapada en unas hilas que se renuevan cada vez que se sequen.

Para trazar inscripciones en los clichés fotográficos de modo que las letras aparezcan en blanco en la prueba positiva, se venden lápices especiales; pero su manejo resulta difícil, porque hay que escribir al revés. El procedimiento que vamos a indicar, es, en cambio, muy fácil. Se escribe lo que se desee en un trozo de papel con tinta de copiar, y se aplica la inscripción sobre la gelatina del cliché, humedecida; se apoya fuertemente, se retira el papel con suavidad y queda transportada la inscripción.

Se pueden emplear también caracteres tipográficos y tinta de imprenta. En este caso, hay que imprimir las letras en papel muy satinado y aplicar la inscripción fresca a la gelatina, frotando el papel por el reverso.

El agua caliente como bebida es muy apreciada en China, y debía serlo entre nosotros, porque no es mala de tomar, produce la secreción mejor que la fría y es siempre un buen estimulante.

Tomada al tiempo de acostarse y de levantarse, alivia mucho a las personas que tienen síntomas de gota.

Para escribir sobre tela.—Cuando se escribe sobre una tela que no está previamente preparada, la tinta se corre, y muchas veces se emborronan todas las letras. Para impedir esto se barniza la tela con bálsamo del Canadá disuelto en trementina; puede añadirse un poco de aceite de ricino, pero sólo unas gotas, pues si se pone mucha cantidad no se secaría nunca. El barniz no debe estar demasiado espeso; siempre conviene probar antes en un pedacito de la misma tela. El hilo fino es el tejido más a propósito para esta preparación.

Calzado impermeable.—He aquí una nueva receta que da buenos resultados, y es fácil de hacer:
Aceite de linaza frito . . . 1/2 litro.
Sebo 240 gramos.
Resina 120 —
Cera 180 —

Se funde todo a fuego lento y se aplica al calzado.

Para sacar brillo al cobre se emplean unos polvos compuestos de 8 partes de creta colada y una parte de flor de azufre, todo ello molido lo más finamente posible. Con un trapo de lana previamente metido en estos polvos se frota vigorosamente el cobre y queda tan brillante como el oro.

Los zapatos de raso blanco se limpian colocándolos sobre un paño blanco limpio, y frotándolos cuidadosamente con salvado con la mano. Después se quita el salvado que quede adherido, con un cepillo suave.

Para destruir los pulgones.—La mejor receta consiste en el empleo de la siguiente mezcla: 900 gramos de sosa cáustica; tres litros de parafina; 230 gramos de jabón blanco y 45 litros de agua de lluvia. Se disuelve el jabón blanco en

cuatro litros y medio de agua hirviendo; mientras el agua está todavía caliente, se añade la parafina y se agita hasta que la mezcla forme un líquido espeso.

Empleado en pulverizaciones, es muy eficaz contra los huevos de todos los pulgones y de los ácaros. La mejor época para eso es durante el desove, momento en que los huevos de ciertos insectos y de algunos ácaros son más fáciles de atacar, y también porque el árbol no corre en esta época el peligro

de sufrir daño alguno con el empleo de un líquido cáustico.

Téngase cuidado de proveerse de guantes de caucho para realizar esta operación.

Las manchas de agua en los muebles, que dan a éstos un aspecto tan feo, son muy fáciles de quitar. No hay más que mezclar aceite de linaza y trementina, por partes iguales, y aplicar la mezcla sobre las manchas con un trapito suave, frotando con él sin mucha fuerza. Después se quita la mezcla con una rodilla que esté bien limpia.

Para quitar las manchas de la seda si son de poca importancia, se aplica al tejido una mixtura compuesta de 50 gramos de borax, 14 gramos de jabón, medio litro de alcohol, 14 gramos de carbonato de magnesio y 2 gramos de yema de huevo. Un instante después de haber aplicado esta composición a la mancha, se lava con agua caliente, y después se aclara con agua fría.

Antes de emplear la receta con una prenda que valga, conviene probarla con un trozo de seda inutil.

Las manchas en la franela blanca son difíciles de quitar. Lo mejor es mezclar, a partes iguales, yema de huevo y glicerina, y aplicarlo a las manchas media hora antes de lavar la prenda.

Estrellas policromas para fuegos artificiales.—Para obtener los distintos colores de estas estrellas, deben emplearse las sustancias siguientes:

Blanco: 9 partes de salitre, 3 de azufre y 2 de antimonio. Encarnado: 20 partes de nitrato de estroncio, 12 de clorato de potasa, 11 de azufre, 2 de carbón, 2 de antimonio y una parte de mastic. Azul: 20 partes de clorato de potasa, 14 de carbonato de cobre azul, 12 de azufre y una de mastic. Amarillo: 20 partes de clorato de potasa, 10 de bicarbonato de sosa, 5 de azufre y una de mastic. Verde: 12 partes de nitrato de barita, 28 de clorato de potasa, 15 de azufre y una de mastic. Violeta: 9 partes de clorato de potasa, 4 de nitrato de estroncio, 6 de azufre, una de carbonato de cobre azul, una de protocloruro de mercurio y una de mastic.

Se hace un lacre transparente muy bonito mezclando 6 partes de goma laca, 7 de trementina espesa, 8 de almáciga y 4 de blanco de cinc.

Aguafuertes del zoológico

AMISTAD

¡Oh, imperscrutables secretos del corazón de un ganso! ¡Oh, insondables misterios del amor platónico!

Una lagunita límpida, una tipa de fresca sombra, un cañaveral que invita a formar el nido, cuatro hermosas gansas disponibles, es el ideal humano para la felicidad de un ganso. Pero así ni lo piensa un cándido palmípedo de Sebastopolis, un día sultán apacible de ese pequeño y delicioso harem, el que cuando, hace ya ocho meses, vió entrar a su recinto a un joven tapir, abandonó todas las delicias de su mundo gansuno, se presentó al recién llegado y con su rápido y destemplado cloqueo dijo al semitrompudo huésped: Yo soy tu Oreste, tú eres mi Pilades.

¡Oh, qué cuadro aquél! El paquidermo parecía no querer entender; las cándidas esposas con estridulos sollozos imploraban a su señor que regresara al hogar acuático y mientras el tapir meditabundo y a lentos pasos media su nuevo recinto, Oreste, con pasitos acelerados para alcanzarlo, volvía a repetirle al oído la desarmónica nenia: Tú eres mi Pilades, tú eres mi Pilades.

Si para el ganso esa simpatía y afecto fraternal fué el clásico "coup de foudre", para el tapir, en cambio, fué una molestia soportada con cierta impaciencia al principio, con cierta resignación más tarde y como un deber sin mayores molestias al presente. Y entendámonos: todo eso porque no hay que creer que el ganso ha ido a buscar el amparo del tapir viéndole así grandote sino que, sabiéndose poseedor de dos alus, cree que estas son protectoras y porque en su cuerpo desgarrado palpita un magnánimo y quijotesco corazón de ganso que le hace creer que el honesto y plácido paquidermo necesita de los constantes desvelos, y de la abnegación de una amistad a toda prueba; seguramente debe correr en sus venas alguna gota de sangre de los salvadores gansos del Capitolio.

Hay que verla ahora a esa pareja: Pilades, echado duerme; Oreste vela. Si durante el sueño un guardián echa al recinto un manojo de forraje verde, Oreste picotea al amigo dormido hasta que éste comprende y va a saborear el delicado bocado antes que otros animales lo desfloren y lo pisoteen.

¡Ay de la gansa que se arrime al forraje mientras que el tapir come!; pues el amor conyugal ha desaparecido completamente ante ese heteróclito y desperejo afecto fraternal. Como el tapir, naturalmente, no usa servilleta, el ganso se preocupa de suplir los servicios higiénicos de tal admiñículo y del palillo de dientes limpiando la boca de su gran amigo de todo resto de verdura.

Los gansos no son muy amigos del agua como podría suponerse; gustan estar a la orilla y se contentan con uno o dos baños diarios (no me explico como todavía no hay regresión o atrofiamiento de sus membranas palmípedas) mientras que el tapir goza con prolongadas inmersiones; y aquí viene el gran sacrificio de Oreste: Pilades, jugueteón, salta al agua, vuelve a salir, se zambulle y el pobre ganso todo despatarrado, centuplicando con sus cortas piernas todos los movimientos de su hermano alocado.

Pero al fin, tanto desvelo, tanto sacrificio, tanta abnegación, son recompensados con el desperdicio de las migajas del ejercicio hidrogimnástico; pues para el tapir el baño es un lavante, abre las puertas de sus ricas despensas y Pilades, al fin, compensa los desvelos del amigo: Oreste come bombones.

Clemente ONELLI



EL PRINCIPE Y LA COCOTTE. — La Corporación Argentino Americana de Films estrenará, muy en breve, la producción extraordinaria, del programa Optimus, "El Principe y la Cocotte", entretenida comedia que, a una excelente dirección escénica y un asunto interesante y bien tramado, une un destacado conjunto de artistas, tales como: Ducey Doraine, Willi Fritsch, Robert Scholz, Condesa Sibille Lerchenfeld, Adolphe Engers, Hans Alberts, Albert Pauli, Herman Pichat, Frits Kemps y Leopold Ledebour.

El lujo y la variedad de los escenarios son otros tantos motivos de interés, pues, la acción se desenvuelve ya en medio de las pompas de la vida cortesana, ya en la pobreza; entre el mundanal bullicio de la vida galante o en las nevadas regiones de blancura inmaculada.

Su asunto gira alrededor de un joven príncipe de una casa reinante, alegre y despreocupado, y una hermosa bailarina, entregada a todos los placeres de la vida galante, hasta que su corazón abre a los llamados del verdadero amor, y, después de múltiples penas y angustias sin cuento, cuando se apresura al sacrificio de sus sentimientos a la dicha de su amado, ve realizados sus sueños que se resumen en breves palabras: amar por el amor mismo, elevándose por encima de los prejuicios y de la rancia nobleza, cuyo único mérito reside en viejos pergaminos.

LA SINFONIA METROPOLITANA. — Cuando en Berlín se anuncia el estreno de "La sinfonía metropolitana" todo el mundo se preguntaba: "¿qué será?"...

Las crónicas narran que durante toda una semana el público de la capital alemana estuvo bajo una fiebre de curiosidad intensa.

El título de "La sinfonía metropolitana" era de por sí enigmático porque no denunciaba su verdadera idiosincrasia. Y ante ese interrogante seguía el público berlinés, novelero por sí sólo, preguntando: "¿Qué será?"

Lo mismo le ocurrirá al público porteño. Esta película impresionante será estrenada a fines del corriente mes en los cines centrales y su presentación ha de causar el mismo asombro que causó en Berlín, en París, en Londres y en todas las grandes capitales europeas donde se exhibió.

"La sinfonía metropolitana" tiene el desarrollo más original que jamás se haya presentado en película alguna. El método exótico empleado en su confección encierra el peligro de volverse loco el espectador, pero no loco de verdad sino de mentirijilla.

Notas cinematográficas

El director que animó esta sin igual producción nos ha presentado algo inconcebible y extraordinariamente impresionante.

Y el público lector ante esa descripción, sin descripción, preguntará, uniéndose su impaciencia a la impaciencia de todo Buenos Aires: "¿Qué será?"

LOS ONCE DIABLOS. — "Los once diablos" se titula la próxima película que estrenará la Cinem. Juan Prebst en el curso de este mes.

El fútbol como deporte esencialmente popular, deporte que en millones de aficionados despierta un interés cada día más acentuado lo que implica deducir que la película "Los once diablos" aguijonará la curiosidad de nuestros deportistas y de los que no lo son.

LA VIDA PRIVADA DE ELENA DE TROYA. — Trátase de un espectáculo que reserva al espectador muchas sorpresas. Se trata de una obra cinematográfica originalísima; la conjunción de un ar-

MOTIVO

Mientras el verso claro de una fuente
dice, soñando, su canción de cuna,
para dormir su pena, en él se engarzan,
los ópalos nevados de la luna.

NO TEMAS NUNCA

No temas nunca confesar tu mal
pues vive el alma que te hará feliz:
El dorado pañuelo de un tragal
no enjuga el llanto de una tarde gris?...

Carlos María PODESTA.

Aparecen en este espectacular film los once futbolistas más destacados de los equipos alemanes actuando como actores consumados interpretando distintos roles en la acción dramática que forma la trama de la obra.

Indudablemente que el eje de "Los once diablos" es la presentación de un colosal match internacional de fútbol donde tiene lugar la exhibición de esos once ases del mundo deportivo europeo. Este partido fue uno de los más sensacionales realizados en estos últimos tiempos, lleno de incidencias emocionantes que hacen de esta película una de las más importantes en este género casi único.

Es la primera producción cinematográfica donde aparecen los nombrados puntales del fútbol alemán.

Está realizada por uno de los "metteurs en scene" más reputados Zeltan Cerda, maestro de los maestros en el varonil deporte y que el arte mudo no tiene secretos para él.

gumento de comedia humorística jovial, divertidísima y de una reconstrucción histórica admirable por la grandiosidad de la presentación, su extraordinaria belleza decorativa y la propiedad luego de los vestuarios.

Gira el asunto alrededor del rapto de Elena por París, causa de la guerra entre tirios y troyanos pero los legendarios personajes están vistos por sus lados íntimos; es decir, es el reverso de la epopeya homérica.

María Corda, la inteligente y bella actriz personifica a Elena de Troya, Lewis Stone a Menelao Ricardo Cortéz a París, George Fawcett a Eteoneus Tom O'Brien a Ulises, Mario Carillo a Ojax, Alice Wite a Adrasta, Gordon Elliot a Telémaco, Emilio Borgatti a Sarpedon, además de otros conocidos actores que desempeñan papeles de importancia.

Se trata, pues, de uno de los más brillantes repartos. La dirección es del afamado Alejandro Corda.

ARGUMENTO: Menelaos es un rey pacífico, en cambio sus tres generales, Ulises, Aquiles y Ajax buscan guerras para no quedar inactivos. Estos, a raíz de que la industria de los tejidos pasa por un mal momento, debido a que Elena, la reina, compra todos sus trajes en Troya y el ejemplo es seguido por las demás mujeres del reino, ven la oportunidad para guerrear contra los troyanos. Menelaos hace grandes esfuerzos para evitar esa guerra, cuando las cosas se complican con la llegada del hermoso París, príncipe de Troya.

París viene en busca de la más hermosa mujer del mundo, que le ha prometido por esposa a Afrodita agradecida porque éste le dió la manzana de oro en la disputa por el cetro de la belleza con las diosas Tetis y Hera.

París, faltando a todos los deberes políticos y sociales y traicionando la confianza del pacífico rey de Esparta, rapta a Elena.

Esparta pide a Menelaos la guerra contra Troya para vengar la ofensa.

Entretanto, Elena que con París se ha establecido en la capital de Troya sufre las primeras desilusiones amorosas. Ronca exactamente igual que Menelaos y tiene otros defectos parecidos. París por su parte, encuentra que Elena no solamente es una cabeza hueca y una caprichosa insoportable, sino que, es capaz de gastarse en un día los tesoros reales.

Así que, cuando París se entera, de que Menelaos al frente de los espartanos viene a reclamar a su esposa Elena, se alegra muchísimo: él le devolverá a la casquivana mujer. Pero... los generales troyanos, cedidos de guerras llevan a Troya a la pelea, contra todas las razones de París.

Elena se siente muy alagada por todo lo que ocurre a causa de ello más al último, ante la sangre derramada en los combates se ofrece a volver al lado de Menelaos. Pero, los generales de Menelaos no quieren saber nada: la guerra debe proseguir y ahora Elena queda fuera de la cuestión.

Se produce la famosa artimaña del "Caballo de Troya".

La ciudad se rinde. Los generales persuaden a Menelaos que Elena debe morir.

Intenta ejecutarla pero no se siente con fuerzas y se la lleva a su casa.

Elena decide ser humilde y buena esposa, mas llega Telémaco, hijo de Ulises. Menelaos ve otra guerra en perspectiva, pero decide que no se derrame más sangre por causa de su casquivana mujer.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 379

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 3 a 4

U.T. 0-428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.00	3.70
Tapas sueltas	" " " 8.00	3.00
" " " grande	" " " 9.00	2.00
" " " chico	" " " 6.00	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

EL PENDULO EN MOVIMIENTO

Sabemos perfectamente que si llenamos completamente de agua una copa de vino ordinaria y la cubrimos con una hoja de papel fuerte, para evitar la introducción de partículas de aire, el papel se adhiere de tal modo a la copa, o mejor dicho, al líquido, por efecto de la presión atmosférica, que podremos invertirla sin riesgo de verter una sola gota. He aquí una explicación muy curiosa de este principio:

Sujétese el hilo al cartón atravesándole después de hacerle un nudo a la punta, y tápese bien el agujero con cera para evitar la entrada del aire.



Una vez preparado el aparato, puede colgarse del techo por medio de un calvo y hacerle oscilar con fuerza, sin miedo de que se caiga la copa. No solamente se puede hacer la experiencia con una copa de vino o de licor, sino que después de algunos ensayos se debe intentar con una copa o vaso de agua grande y con algunas monedas dentro del agua.

Para aumentar la adherencia debe frotarse previamente con alguna sustancia grasa el borde de la copa.

Un consejo: Para que la experiencia salga barata no deben usarse copas de cristal.

N.º 1 — JEROGLIFICO

500 500
100 0
NOTA NOTA

N.º 2 — CHARADA

—No se *tercia* cuarta de verme con *prima segunda* cuarta; es que estoy empleado.

—¿Dónde?

—En una *todo*.

N.º 3 — JEROGLIFICO



N.º 4 — CHARADA

—Pero, *prima prima*; que no *prima segunda* que una persona de tu *prima terci* vaya en tal rocin.
—¿Rocín, eh?; pues es un verdadero *todo*.

N.º 5 — COMPRIMIDO

ARTICULO
PRONOMBRE

N.º 6 — JEROGLIFICO



N.º 7 — MAMIFERO

Niega Tres Veces

N.º 8 — CHARADA

Le gritaban a Reinoso:
Prima-dos-tres a su hijo, pero hágalo presuroso, pues hay un *todo* espantoso y va a perecer de fijo.

N.º 9 — SALGO DE PASEO

Nota Nota Nota
Aragonesa
Santo

N.º 10 — FRASE CRIOLLA



N.º 11 — NOMBRE DE MUJER

NOTA 40 AÑOS

N.º 12 — CHARADA

Todo, estoy en un *atado*, y aunque yo te quiera bien, como a mí me apretan en tal *atodo atodo* a *Todo*

N.º 13 — JEROGLIFICO



N.º 14 — COMPRIMIDO

LLIZ
P

N.º 15 — JEROGLIFICO

PRI NOTA
PRI NOTA

PENSAMIENTOS

Lo más dificultoso de conseguir en la vida es callar lo que no debe decirse. — Aristóteles.

La bondad es la fuente de todas las virtudes. — Palingenio.

Los reyes degradados por la mano de la muerte, se presentan sin corte ni séquito en la historia, para sugerir el juicio de los siglos. — Bossuet.

Siempre he creído que si se obligase a la educación, se conseguiría reformar el linaje humano. — Leibnitz.

Los hombres nada tienen por útil si no es dificultoso; la facilidad les parece sospechosa. — Montaigne.

El porvenir de este mundo a la Cruz pertenece, y el día de su triunfo será el día de la libertad. — Herculano.

Un hombre corriente puede enamorarse como un loco, pero no como un tonto. — La Rochefoucauld.

La venganza es el placer de las almas bajas y pequeñas. — Juvenal.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.º 44—Martirio.

„ 45—Relamido.

„ 46—Tresillo.

„ 47—Imperial.

„ 48—Luisa.

„ 49—La esclava domina al amo.

„ 50—Carabela.

„ 51—Calderón de la Barca.

„ 52—La verdad ante todo.

„ 53—La economía es la llave de la abundancia.

„ 54—Cuidados ajenos matan al asno.

„ 55—Chacarita.

La aparición de un solo ejemplar del gusano europeo que ataca al maíz en una mazorca de un maizal del Illinois, Estados Unidos, ha producido tal alarma, que el Gobierno Federal ha votado un crédito de 10.000.000 de dólares para combatir al pequeño insecto.

Hay que tener en cuenta que la cosecha de maíz en aquel país representa un valor de 2.000.000 de dólares y que ese grano es el alimento principal del ganado bovino, del porcino y de las aves.

El gusano del maíz amenaza dejar a los yanquis sin cerdos, sin jardín, sin gallinas, sin huevos y sin otros muchos alimentos; pero este bichito es uno de los cientos de gusanos, gorgojos y escarabajos que constantemente atacan a los alimentos de la Humanidad.

Noche y día por todo el orbe, en los bosques, en los campos, en huertas y jardines, el mundo de los insectos compite con el hombre para arrancar a la Naturaleza sus productos nutritivos. Afortunadamente, la mayor parte de los insectos que comen los alimentos que sirven al hombre para nutrirse tienen un enemigo que les ataca fieramente. Sin la ayuda de estos insectos, amigos del hombre, éste perdería la batalla en poco tiempo y la raza humana moriría de hambre.

La peor catástrofe que podría venir en el mundo sería que los insectos que hoy existen viviesen todos cinco años. El globo terráqueo se cubriría de ellos; las selvas desaparecerían, todas las flores, todas las hojas, todas las hierbas serían devoradas en poco tiempo. En cinco años no quedarían un vegetal, y hombres y animales morirían por falta de alimento.

La ciencia ha consagrado sus energías a la preparación de insecticidas varios, a envenenar sus alimentos y destruir sus huevos con gases venenosos; pero todos sus esfuerzos serían inútiles sin la asistencia de insectos amigos. Por eso, ahora se procuran por todas partes falenas, escarabajos, avispa y otros insectos que se alimentan de los enemigos del hombre, y esos insectos se crían en grandes cantidades y se les pone en contacto con los dañinos para que hagan las funciones que ni con insecticidas ni venenos se ha logrado conseguir.

La falena, llamada gitana, destruyó no hace mucho bosques enteros; no quedaba un árbol vivo en muchas leguas a la redonda en ciertas regiones de los Estados Unidos.

Se gastaron inútilmente cientos de miles de dólares con drogas para combatirla.

Los entomólogos estudiaron aquella mariposa, su país de origen, sus enemigos, y, encontrados éstos, importaron a la América del Norte un escarabajo que comía los huevos de la gitana, otro que atacaba a su oruga y un himenóptero que ponía los huevos en el interior de las larvas, y los gusanos, al nacer, se comían el ser que les había servido de incubadora. Hoy día la falena gitana, aunque no desaparecida del todo, es un enemigo de poca importancia. Sin la ayuda de esos insectos, el hombre hubiera perdido la batalla y todos los bosques del país.

La langosta ha destruido cam-

pos y sembrados desde los tiempos más remotos y no ha habido manera de combatirla; pero ahora el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos se propone acabar con esta plaga, mezclando huevos de un gusano parásito con un cebo apetitoso para la langosta. Estos gusanos abundan en Virginia, donde hay un laboratorio de experimentación. Uno sólo de estos animalitos pone más de 500.000 huevos en una sola postura.

Los hemos llamado "gusanos",

Uno de éstos, atacado por el nematodo, muere sin poderse reproducir. Se introduce en su cuerpo y allí come y crece hasta que la langosta muere. Estos nematodos, diminutos al nacer, llegan en su pleno desarrollo a medir de 25 a 30 centímetros.

La langosta se reproduce de una manera asombrosa; pero a medida que se aumenta su número, aumenta igualmente el de los nematodos, y el resultado es que aquéllos mueren y sus enemigos siguen reproduciéndose; pero la nueva ge-

le sirven para devorar al enemigo y penetrar en su cuerpo.

Si no fuera por la guerra sin tregua que los animales se hacen unos a otros, hace miles de años que el hombre hubiera desaparecido de la tierra.

Si las moscas no tuviesen enemigos, bastarían diez mil de ellas para poner una cantidad de huevos cuya masa sería tres o cuatro veces más grande que el edificio del Banco de España de Madrid.

Cien mil mosquitos, libres de los ataques de sus enemigos, depositarían en un solo año suficientes huevos para cubrir con ellos toda la superficie de océanos y mares de nuestro globo, y una sola colonia de ciertas orugas, en las mismas condiciones, es decir, libres de enemigos, no dejarían una sola hoja en el planeta en el término de diez años.

Volviendo al gusano del maíz, diremos que se cree fué llevado de Europa a los Estados Unidos, probablemente de Hungría a Italia en unos cargamentos hace unos años. Desde entonces se ha desarrollado de tal manera, que once Estados de la Unión se encuentran infectados con la tal peste.

Este perjudicial insecto se ha reproducido dos veces al año, lo que explica que en tan poco tiempo se haya extendido por comarcas tan extensas y distantes.

Este insecto se introduce dentro de las mazorcas y por las raíces, y allí permanece durante todo el invierno. Pequeños agujeritos en el tallo o en la mazorca indican su presencia.

Durante el invierno, estos gusanos tienen de dos a tres centímetros de largo. Su cabeza es negra o de un pardo muy oscuro, y la parte superior del cuerpo varía desde el pardo al rosado. Cada anillo tiene unas manchitas circulares de color oscuro. La parte de abajo del cuerpo es de color de carne. Al acercarse el buen tiempo, abril o mayo, empieza mostrar actividad y a comer de la planta.

En mayo, el gusano taladra un túnel hasta el exterior para procurar una salida a la mariposa cuando ésta se forme. Luego cierra la puerta con una especie de película de seda y vuelve a su escondite, donde construye su capullo. Allí, convertido en crisálida, permanece hasta fines de junio, en cuya época sale una mariposa de brillantes colores. Estas mariposas, que no tienen más de tres centímetros de ala a ala, pueden volar hasta treinta y más kilómetros en un día.

En julio, la hembra pone, por término medio, unos 350 huevos como mínimo, y a los diez o doce días aparecen las pequeñas larvas. Al principio se alimentan con hojas de las plantas cercanas; pero al poco tiempo empiezan su destructiva labor abriendo agujeros en el maíz.

La naturaleza destructora de este insecto ha llegado a alarmar al Canadá, y sus autoridades han puesto en la frontera una especie de lazaretos, en donde se someten a inspección todos los vehículos procedentes de los Estados Unidos.

El año pasado se inspeccionaron dos millones y medio de autos y no los dejaron penetrar en el territorio del dominio hasta asegurarse que no llevaban nada que pudiese contener uno solo de estos animales.

INSECTOS AMIGOS Y ENEMIGOS DEL HOMBRE

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MÉJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PENA 216

U. T. 35, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Soblieu (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27.

U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

pero la palabra no es adecuada: son "nematodos".

Estos animales abundan muchísimo más que los insectos. Las cucullas que se suelen ver en el vinagre son nematodos; la triquina que se encuentra en la carne del cerdo es otro nematodo. El bichito que en los trópicos se mete dentro del cuerpo humano por la piel y llega hasta los intestinos, donde chupa la sangre del paciente, es otro nematodo, y nematodo es, igualmente, el pequeño ser que en Filipinas penetra en el cuerpo del hombre, obstruye los vasos linfáticos y produce dolorosas deformidades. Pero hay cientos de miles de especies tan pequeñas, que no se pueden ver sin ayuda de una lente o de un microscopio, y hay, en cambio, otros que miden más de un metro. El nematodo que ahora se estudia es uno que se alimenta de la langosta. Pone sus cientos de miles de huevos bajo tierra, y en el verano, las crías se comen a langostas y saltamontes.

neración muere a su vez, pues no encuentra ya saltamonte con que sustentarse.

Entonces la langosta vuelve a reproducirse, libre de enemigos, y eso explica las plagas que de tiempo en tiempo destruyen los campos, y que hasta ahora no se habían podido explicar.

El laboratorio citado incubaba de estos nematodos y tiene siempre millones de ellos destinados a emprender la batalla en el momento deseado.

Los huevos de nematodo son tan pequeños como los gérmenes de las bacterias; los hay por todas partes, y se encuentran en el polvo del aire que respiramos. Cuando uno de estos huevos cae en el vinagre, aparecen esas cucullas que hemos visto con frecuencia.

Algunos de estos animales son muy curiosos. El nematodo "cobra" lleva en la parte delantera de la cabeza una especie de coraza sólida con una boca y dientes que

TEATROS

"EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL" EN EL MARCONI

El estreno de una comedia de Jacinto Benavente determina siempre una nerviosa expectativa en el público culto. Las personas capaces de aquilatar el ingenio primoroso del admirable comediógrafo español, saben que se prometen un regalo para el oído al ir a escuchar los diálogos de los personajes benaventinos. Y nunca salen defraudados. Benavente es un mago del diálogo y el diálogo es el alma del teatro. Se ha dicho hasta el cansancio que las obras de Benavente pecan de exceso de palabras, en detrimento de la acción, que según algunos es lo principal en la literatura escénica. Si estos últimos tuvieran razón, habría que reconocer que el talento de Benavente revolucionó la preceptiva dramática, como modificó en la escena española la orientación eche-garayesa desde que estrenó "El niño ajeno". Sus diálogos, con ser sencillos, reflejan en todo momento la calidad espiritual del escritor. Hombre lleno de substancia medular, observador fino y atento sin despreciar nada. El fenómeno más trivial le inspira una ironía y la situación menos interesante porque atraviesan sus personajes, cobra interés al pasar por su ingenio que sutiliza las cosas y sorprende infinitos matices. A veces sus personajes hablan de tonterías pero estas tonterías son expresadas tan bellamente, que dejan de ser tonterías. Es el secreto del artista.

En "El demonio fué antes angel", estrenada en el Marconi, por la compañía de Concepción Olona, procura demostrar que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. Y lo demuestra admirablemente, presentando el caso de una mujer casada, noble y delicada, que se enamora del hombre a quien procura la dicha con otra mujer. Una escena entre las dos mujeres que encierra el segundo acto, vale toda la obra, si ésta no abundara en otros valores de los que participan todas las producciones del autor de "Los intereses creados". En "El demonio fué antes angel" no se resuelve el conflicto, quizás porque no tiene solución alguna, tratándose como se trata de espíritus en que priman la delicadeza, el sacrificio y otras virtudes humanas que vencen el egoísmo y aureolan a los personajes de una sutil belleza moral, que pocas veces se encuentran en los seres de este mundo y, menos, en estos tiempos.

El público de la noche del estreno paladeó las excelencias de la obra y aplaudió a las actrices Sras. Olona, Consuelo Nieva y Carmita Domenech y al actor Catalá, los cuales se desempeñaron con verdadero acierto.

"EL CORRALON DE MIS PENAS" EN EL NACIONAL

Todo el que por obligación o curiosidad siga de cerca el desarrollo de las temporadas de sainete en Buenos Aires, tiene que sentir una particular simpatía por el señor Alberto Vacarezza. Sus obras tendrán muy relativo valor literario, adolecen de cierta monotonía, tendrán defectos y convencionalismos, pero están siempre dotadas de un sello personal e inconfundible y de características que hacen de su conjunto un teatro

aparte de todos los demás saine-tes.

"El corralón de mis penas" no es de las piezas afortunadas del autor de "Juancito de la ribera", y hasta podría tacharse de cierta similitud con "La malquerida" de Benavente. Y sin embargo, convenció totalmente al público. Ello se debe a que los personajes de esta obra, como todos los de Vacarezza, tienen vida y dicen cosas que no son simplemente las que convienen al desenvolvimiento de una treta más o menos interesante, sino que los diálogos están tomados de la realidad tan certeramente y son tan expresivos en su pintoresca fraseología, que aunque no fueran verídicos merecería la pena que lo fueran. Y es posible que en muchos casos no sea Vacarezza el que saca de la vida diaria los personajes de sus obras, pero lo cierto es que muchos tipos de la calle dicen las mismas cosas que los personajes de este autor. Ello bastaría para dar una impresión de verismo, que es lo que impresiona más favorablemente en el género teatral que cultiva Vacarezza.

"El corralón de mis penas" fué interpretado por la compañía Car-cavallo con el acierto con que sabe hacerlo. Desde luego, la parte cómica es la que predomina y la que obtiene más eficaz desempeño y en ella se destacaron Olinda Bozán, Gregorio Cicarelli, Francisco Bus-to y Félix Mutarelli.

La citada actriz cantó el inevitable tango con muy buen gusto, recibiendo calurosos aplausos incluso los del presidente de la Nación, que aunque no sea una opinión muy autorizada en la materia habrán halagado a la artista.

PIERINA Y PEPE

Los ases del Liceo siguen dando con éxito las tres piezas que hasta ahora constituyeron el repertorio de la temporada, a saber: "La clase media", "Mi tía está chiflada" y "La chica del Far West". En todas ellas tienen lucimiento los dos capos citados, Zárate y demás elementos que constituyen un conjunto muy eficaz para el género chico en una de sus formas más nobles y que goza de mayor aprecio en el público.

Se da como primer estreno, en los pronósticos de secretaría, una pieza de Eleodoro Peralta titulada "Babilonia en Mar del Plata", a la que el autor atribuye carácter simbólico. No creemos mucho en esto de los simbólicos dentro del teatro que suele cultivar el señor Eleodoro Peralta, pero puesto que él lo afirma habrá que cerrar los ojos, apretar los dientes, meter las manos en los bolsillos y creerlo, mientras no se demuestre en la escena lo contrario.

Esperemos pues hasta el estreno.

UN GROTESCO

Con este adjetivo sustantivado designa, como subtítulo, a su nueva producción "Stéfano", el señor Armando Discépolo, la que constituirá el primer estreno del Có-mico.

Nos parece un poco vago y aventurado eso de llamar "grotesco" a secas, a una pieza de teatro. Podrá ser un drama grotesco, un poe-

ma grotesco, una comedia, un sainete, un auto de fe o cualquier cosa grotesca, pero resulta de una exagerada extravagancia la denominación incompleta a que nos referimos.

Como ello no afecta al fondo del asunto y creemos a Discépolo capaz de hacer algo bueno, aplazamos todo otro comentario para el número próximo.

TEATRO PARA REIR

Indudablemente la temporada del Smart es una de las más divertidas. Hay mucha variedad en el espectáculo, pero siempre a base de risa y alegría. Allí todo se toma a broma, desde las escenas más cómicas hasta los momentos más dramáticos, pasando por los patos y las rechiflas del auditorio. No hay nada que comentar en cuanto a las obras, porque cualquiera de ellas llena debidamente su cometido de hacer reír. Es una nueva forma de teatro alegre y despreocupado, que prescinde en absoluto del qué dirán.

Estrenóse allí últimamente "Gringo pero buen sastre" de Antonio Botta, en el que todo responde a la graciosa antítesis que encierra el título. En esta obra el actor Ruggero luce a maravilla sus grandes aptitudes para el disparate escénico y a su lado pugnan inútilmente los demás elementos de la compañía.

Es de esperar que no desmerezca de las anteriores producciones la nueva pieza cuyo estreno se anunciaba para estos días con el título de "El nene Liberato" y cuyos autores son los señores Mario Folco y Juan F. Mazzaroni.

POR LO DE CASUAX

Con mucho público sigue dándose en el Nuevo "Palabra de vasco" que debidamente aligerada en algunas escenas ha llegado a imponerse como un éxito muy estimable. El simpático tipo de vasco que encarna Casaux, con su talento de siempre, constituye el principal atractivo de la pieza.

Para la próxima renovación del cartel se anuncia un sainete de Rogelio Cordone y Carlos Golcochea titulado "Tuyo hasta la muerte", en el que se cifran muchas esperanzas de éxito, dados los antecedentes teatrales de los afortunados autores de "Aquí mando yo".

EN PREPARACION

"Así da gusto vivir" es el título de la revista llamada a constituir la primera novedad de la compañía del Apolo. En el cartel de esta sala siguen figurando "Apolo revista" que se acerca las cien representaciones y "Las horas alegres" que es posible, alcance también ese número.

SOMBRA QUE BRILLA

Después de larga espera, estrenó la compañía Rivera-De Rosas-Franco la obra de González Castillo y García Velloso titulada "La sombra del pasado". Esta novedad se produjo a tiempo de entrar en prensa esta edición, por lo que aplazamos hasta la próxima el comentario respectivo.

MARIO - VALICELLI - ESCAR-CELLA

Todos estos apelativos, como lo sabe el lector, corresponden al título de la compañía criolla que se presentó inopinadamente en el San Martín, tan pronto como se le dieron los pasaportes a las bataclanas huestes que se habían adueñado del escenario. El conjunto no tiene grandes figuras, actuando todos los elementos en consonancia de valores. La noche del debut se estrenó "¿Dónde habrá una silla eléctrica?" de Mario Flores, pieza que no tienen mayores méritos y que el público recibió amablemente.

"PIO MUSSOLINI"

Fué acogida sin mayor entusiasmo, pero tampoco con desagrado el estreno de esta pieza, efectuado en el Mayo por la compañía San-juán. Los autores, Asenjo y Torres del Alamo, han construido una comedia discreta, sin pretensiones, que los elementos del Mayo interpretaron con agilidad, realizándola en las escenas lánguidas.

PARRA PREPARA...

...para cuando sea necesario la obra póstuma de Payró, "Alegría", que su autor le entregó pocos días antes de morir. Mientras tanto, "Una hija", el producto parraviciado de cómica factura, que gustó mucho.

ATENEIO

El intrépido José Gómez continúa su marcha ascendente en la bonita sala de la calle Cangallo. Parece que estrenará nuevas obras de Ibsen, desconocidas de nuestro público...

GRAND SPLENDID

"El velero yankee", producción Max Glückmann, será el acontecimiento del programa de esta grandiosa sala de la calle Santa Fe. Se trata de una notable película en la que actúan los creadores de "El barquero del Volga", Williams Boyd y Julia Faye, detalle que basta para acreditar la categoría del film.

Recordamos que los domingos se realizan reuniones sociales verdaderamente joyantes, en que participan las familias de la aristocracia.

CAPITOL

Las últimas novedades del cartel atrajeron bastante público a este prestigioso cine, preferido por mucha gente distinguida. En la semana los programas ofrecerán interesantes films.

GLORIA

Esta sala de Glückmann que administra el Sr. Sánchez, brinda diariamente a sus "habitantes" bellas producciones de todo punto atractivas, alternando las películas dramáticas con las cómicas. El cartel de esta semana es superior.

PARC

Siempre bien concurrido este salón de Palermo, ofrece en sus programas las películas que más gustan a las familias y es así que la temporada se desarrolla con crecientemente éxito.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — Traje sastre confeccionado en raso color rojo con cintura y bolsillos de paño liso rojo, en el mismo tono del raso. Gran cuello y puños de skungs. — 2. — Traje sastre de paño negro guarnecido con astrakán. Cinturón de gamuza negra y hebilla llana con brillantes. — 3. — Modelo Juliette Cortesien. — Abrigo confeccionado con paño "Diallaine", guarnecido con cordero esquilado beige.



*La misma
Naturaleza le da
sus cualidades*

HESPERIDINA es un aperitivo natural, puesto que su principal ingrediente se lo proporciona la misma naturaleza.

El sol, el aire y la lluvia maduran las jugosas naranjas cuyas ricas cáscaras, llenas de valiosas vitaminas y sales naturales, se emplean en la elaboración de Hesperidina.

De tan saludable elemento obtiene, pues, esta deliciosa bebida, sus inigualables virtudes estimulantes y digestivas y su rico sabor.

*"Una copa de Hesperidina
es una copa de Salud."*

HESPERIDINA

BUEN APERITIVO RICO LICOR

